

LEYES DEL UNIVERSO

(LA BIBLIA DE LOS FILÓSOFOS)

POR

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

TOMO TERCERO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

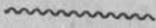
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

100150713

FLXX325

LEYES DEL UNIVERSO



LEYES DEL UNIVERSO

(LA BIBLIA DE LOS FILÓSOFOS)

POR

JOSE FOLA IGÚRBIDE



TOMO TERCERO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

Es propiedad de esta Casa Editorial



LIBRO OCTAVO



TEORIA ELECTRONICA

CAPITULO PRIMERO

ELECTRICIDAD Y MAGNETISMO

I

ACCIÓN CONCENTRATIVA

No puede haber vida orgánica sin la intervención de un Medio de acción concentrativo relacionándose por impulso contrario para establecer todo género de fenómenos y determinaciones.

Semejantes vínculos y relaciones se encuentran en todas las formas extensivas y en todos los modos de ser que ofrece la Substancia; pero tenemos que desvanecer la creencia, generalmente supersticiosa, de que se trata de una vida oculta, cuando hablamos de la vida interna.

Nada de eso. Las manifestaciones de este género de vida son tan patentes, que se ponen de relieve en la vida orgánica, acusando de continuo la forma cooperativa que presta a los seres organizados.

Es un ocultismo muy curioso este que, hallándose en descubierto a las miradas de los ojos, ha sabido rodearse, hasta hoy, de un impenetrable misterio a la vista del Entendimiento.

¿Hay manifestaciones ostensibles de este género de vida? Una de ellas se encuentra en los fenómenos magnéticos, cuyas causas siguen todavía ocultas para la Física.

Aunque estos fenómenos son del orden más elemental, vamos a explicarlos, para derivar de ellos luego la explicación que debe darse a los de categoría más elevada.

No hay movimiento alguno que no obedezca al impulso de una corriente de fuerza. Esta corriente la provoca el Medio en todos y en cada uno de los términos de su Evolución.

Pero el Medio no se traslada ni gira circularmente. Estos traslados y giros tiene que realizarlos siempre una fuerza determinada, obedeciendo a la Ley de adaptación que impone el referido Medio. Así se establece el movimiento de aquella fuerza, traducido en una corriente que impulsa o arrastra a otro cuerpo más denso que se opone en función contraria a su justa adaptación o irradiación.

Si cae una piedra es porque obedece al impulso de una fuerza que la arrastra en la dirección que se determina por la caída. Si giran los Planetas en torno del Sol, es porque hay un torbellino de fuerza que los arrastra. Si las trayectorias se hallan afectadas de la forma elíptica, es porque las órbitas impulsivas son también elípticas. El agua se dilata por una fuerza... El cuerpo es una fuerza... La forma es una fuerza... La idea es una fuerza, etc.

Pero todas estas fuerzas que hemos mencionado no son motrices *en sí*. Necesitan que las mueva el Medio para traducirse en corrientes que pueden ser de traslación y rotación.

Esto bien averiguado y nunca olvidado, cuando vemos que un cuerpo material atrae, en la apariencia, a otro de menor resistencia, de un modo inasequible a nuestras miradas, ¿qué debemos pensar? Que el cuerpo menor que se pone en movimiento para unirse al mayor lo hace solicitado por una corriente de fuerza. No hay que aceptar excepción alguna. La Ley tiene carácter universal.

Mas ¿cómo se genera esta corriente de fuerza que tal fenómeno magnético produce? Este es el problema.

Hasta ahora todas nuestras solicitudes se han encaminado a dar explicación del modo con que se verifican las irradiaciones de las fuerzas. Se forma un núcleo por acumulación de una substancia y esta condensación se hace contrariando la Ley de adaptación al Medio. Aquella fuerza condensada tiene menor extensión de la que le pertenece. El Medio tiende a irradiarla, y si no hay otra fuerza de resistencia que lo impida en todo o en parte, consigue su objeto en la misma proporción.

Irradiada la Fuerza en litigio, entra a formar parte de la Vida interna, ajustándose en serie a los términos propicios que la ofrece el Medio.

Se genera una corriente de fuerza concentrativa, y si se interpone algún otro cuerpo menor, que caiga dentro del radio impulsivo de dicha corriente, lo arrastra, pareciendo a la vista que es atraído y no arrastrado, sólo porque la fuerza impulsora

se hace invisible. Ejemplo: la atracción que parece ejercer sobre ciertos cuerpos el imán, y cuyo fenómeno es motivado por aquella causa y no por atracción de ninguna especie, que resulta absurda en todo caso.

Digamos, entre paréntesis, que la fuerza de atracción universal es una invención, como otras muchas, hijas sólo del desconocimiento de la Verdad.

II

FENÓMENOS MAGNÉTICOS

Así que ya hemos demostrado, no sólo la forma, pero también la Ley de las irradiaciones de las fuerzas con objeto de adaptarse al Medio hasta encontrar su natural equilibrio por sucesión armónica, se suscita en nuestro entendimiento una nueva y magna cuestión.

Después de irradiadas, ¿qué hacen en semejante estado las fuerzas? ¿Han terminado su trabajo? ¿Permanecen allí ociosas en eterno equilibrio adaptadas al Medio?

Cuestión es esta que iremos estudiando y desarrollando por etapas sucesivas, conforme lo vaya exigiendo el curso de nuestras investigaciones; mas por lo pronto vamos a contestar a las interrogaciones que hemos formulado, porque sin tal conoci-

miento previo no podría explicarse fundadamente las causas primeras de los fenómenos magnéticos.

Las fuerzas que se irradian al desposeerse de los lazos materiales que las retienen, adaptándose al Medio, no quedan allí estacionadas en perpetuo equilibrio.

Sébase por todos, definitivamente, que ninguna fuerza termina su trabajo hasta llegar a su total desenvolvimiento. El Límite se encuentra en la intensificación máxima, o sea en la Ley de Substancia, límite polar positivo de la Gran Escala del Medio universal.

De manera que toda fuerza perteneciente a otro estado cualquiera anterior, tiene que proseguir su trabajo necesariamente para evitar el estancamiento que produciría la paralización del giro universal de la Vida.

Hay estancamiento, pero con carácter accidental. El dolor del retraso por las imperfecciones que se producen en el Caos de origen, no puede evitarse desgraciadamente, y esto es lo que llena de amargura la existencia terrena.

Las fuerzas irradiadas en el Medio prosiguen su trabajo actuando a la inversa en relación con el orden que antes de irradiarse tenía su actuación o movimiento.

Este trabajo de las fuerzas irradiadas comprende a todos los estados y etapas de su desenvolvimiento, lo mismo en la Naturaleza que en el Medio luminoso y el espiritual de la Gran Escala; mas, por el pronto, estudiaremos sólo los trabajos que efectúa la fuerza natural irradiada, porque éstos son

los que explican aquellos fenómenos magnéticos de nuestra referencia.

¿Dónde se halla la causa que interrumpe el reposo y equilibrio de dichas fuerzas irradiadas a fin de que éstas puedan proseguir sus trabajos de intensificación?

Vamos a saberlo; pero antes es preciso que el lector se afirme bien en el hecho y la idea de que el campo de nuestro estudio ya no se encuentra en la esfera de nuestras habituales experiencias. Este campo ya no pertenece al Mundo que habitamos. Se halla fuera de nuestra apreciación sensible y hasta del conocimiento científico. Es el campo que sirve de punto de partida de derivación a todos los fenómenos que se atribuyen al ocultismo.

Nosotros hemos rasgado este velo misterioso que separaba los hechos sometidos a nuestra experiencia de aquellos otros que nos sorprendían actuando fuera de ella.

No hay misterios ni ocultismos de ninguna clase. Se trata pura y sencillamente de funciones opuestas que se derivan de orígenes invertidos. El telón maravilloso se ha levantado y ha puesto al alcance de nuestra contemplación racional a la escena oculta, desvaneciendo todas las supersticiones que se habían forjado a merced de la Ignorancia.

Y sin más consideraciones previas, volvamos a nuestra pregunta: ¿Dónde se halla la causa que interrumpe el reposo y equilibrio de las fuerzas irradiadas?

Naturalmente, la causa debe hallarse en un im-

pulso de acción contraria verificado por fuerzas de la misma intensidad, o sea por las fuerzas que se irradian. No puede ser de otra manera.

Las fuerzas que se irradian desplazan a las que ya están irradiadas, porque se produce un acúmulo que excede a la cantidad de fuerza única que puede hallar perfecta adaptación dentro de cada uno de los términos de la Gran Escala.

Y ocurre lo que debe ocurrir, que sobra fuerza, y esto rompe aquel equilibrio. Necesario es que se establezca uno u otro trabajo para eliminar a la fuerza sobrante.

¿Y cómo se realiza este trabajo? Por medio de la intensificación de dicha fuerza sobrante para que se interne en la referida Gran Escala y vaya a ocupar otros términos de la misma, sacando de reposo y equilibrio a las fuerzas adaptadas también en aquellos términos más internos, obligándolas a trabajar de igual modo, y así es como todas las fuerzas trabajan por orden sucesivo, de grado en grado, desde la superficie al fondo del Medio universal.

Pero este trabajo no podrían realizarlo las fuerzas irradiadas, si no se apoyaran en un elemento de resistencia, y he aquí explicada la necesidad de la Ley de oposición que ofrece la Materia, sin cuya intervención a ninguna fuerza viva le sería posible realizar ningún género de trabajo.

Así es que todo núcleo de fuerza natural en irradiación provoca otro de fuerza concentrativa que lo envuelve y cuya fuerza procede del Medio y de los términos ocultos de que hemos hecho mérito.

A esta fuerza de acción contraria, que se apoya

en el cuerpo material a la inversa, o sea actuando sobre él, en vez de actuar apoyándose a la directa sobre él, la denominamos fuerza magnética.

En rigor, tanto la fuerza que se irradia como la que actúa sobre el núcleo en irradiación, participan del mismo estado y naturaleza. Son fuerzas naturales ambas en el campo de acción que nos sirve de estudio. La diferencia en la calificación de magnética o no magnética estriba únicamente en sus diferencias de impulso y en la actuación opuesta que corresponde a sus orígenes contrarios.

Debemos advertir que si bien se contraponen estas dos fuerzas que podríamos llamar centrífuga y centrípeta por su relación inversa, la resultante que se opera por la función común es directa y en un todo proporcional no sólo a la cantidad de fuerza que se irradia, pero también a los grados de su intensidad.

Más comprensible todavía: Si la cantidad de fuerza en irradiación es n , la que procede de las fuerzas irradiadas en el Medio también es n .

No se desplaza en dicho Medio más caudal de fuerza que aquel que por el fenómeno de la irradiación rompe el equilibrio de las fuerzas adaptadas, obligándolas en aquella parte cuantitativa a entrar en movimiento.

Y no olvidemos nunca que el movimiento de toda fuerza supone la ejecución de un trabajo que la intensifica, y así es como se transmite a todo el Universo el movimiento general.

Ahora vamos a la especificación de los hechos concretos y ya experimentados.

III

EXPERIENCIAS

Si frotamos con un pedazo de franela una barrita de cristal y la acercamos a una esferita de medula de saúco suspendida de un hilo tenue, podemos observar que la esferita se acerca al cuerpo de cristal como si fuera atraída, pero que al punto que se establece el contacto se separa la tal esferita, como si la pretendida atracción cesara en aquel preciso momento.

La explicación de este fenómeno es muy sencilla.

Por medio del frotamiento hemos provocado una excitación de los núcleos componentes. Estos se desdoblan y producen una corriente de irradiación. Al punto se genera otra por las fuerzas irradiadas en el Medio de fuerza natural. Esta corriente es concentrativa o centrípeta, así como la de irradiación es centrífuga.

Colocada la esferita de saúco en el curso de esta corriente centrípeta, como aquélla no puede ofrecer mayor resistencia, cede al impulso concentrativo y es arrastrada hacia el extremo de la barrita de cristal. He aquí explicada la corriente magnética.

Al ponerse en contacto ambos cuerpos, la irradiación operada por nuestro frotamiento produce

otra del mismo género en el saúco, y el fenómeno de la aparente atracción ya no se produce, porque ambos cuerpos se rechazan entre sí por irradiaciones contrarias, como sucede con los cuerpos celestes.

Pero lo extraordinario es que frotando una barrita de lacre y aproximándola a la esferita de medula de saúco, aun antes de que en ésta se irradie la fuerza que en su seno penetrara cuando se efectuó el contacto con la barrita de cristal, se advierte que el lacre tiene otra clase de virtud, puesto que también parece que atrae a la esferita, cosa que ya no puede conseguir el cristal.

Esto indica que la corriente concentrativa que actúa, con acción contraria respecto a la fuerza, cuyo impulso se determina al concentrarse en la barrita de cristal, armoniza su impulso con la otra corriente de concentración que se genera a merced del frotamiento que hacemos en la barrita de lacre.

Por semejantes hechos se deduce que la fuerza alojada en la barrita de cristal y la fuerza alojada en la barrita de lacre son correlativamente opuestas entre sí, aunque de la misma naturaleza.

Nosotros no nos podemos salir de las modalidades que la Substancia ofrece, al pasar de unos estados a otros, serialmente, constituyendo la Gran Escala del Medio universal. Así es que repetimos que la *misteriosa* fuerza de dos funciones opuestas pertenece a uno de los modos de ser de la fuerza natural.

No se trata, pues, de una substancia nueva, y sí

sólo de una substancia que se halla dinámicamente afectada de dos impulsos contrarios.

Todo, al fin, se descubre, siguiendo este hilo de Ariadna de la investigación racional y científica que sirve de norma a nuestras investigaciones.

Los núcleos irradiados tienen giros diferentes. Si casan estos giros entre irradiaciones opuestas, la corriente se produce con una sola derivación o dirección. Si no casan, son dos las derivaciones magnéticas. En el primer caso se halla comprendido el fenómeno de la barrita de cristal respecto de la esferita de medula de saúco. El segundo caso comprende al fenómeno producido por la barrita de lacre en relación con la propia esferita.

IV

PRODUCCIÓN DE LA FUERZA ELÉCTRICA POR LA DINAMO

Prescindimos de todo género de aplicaciones. Nada nuevo podríamos decir en este sentido, habida cuenta de los prodigiosos métodos que ya se han dado en la aplicación y desarrollo de la fuerza eléctrica.

Nuestra labor se reduce exclusivamente a explicar las causas de producción de los fenómenos así eléctricos como magnéticos, de una energía que pone en manos del Hombre el gran talismán que

le convierte en un Hércules contra las resistencias que le opone la Materia.

La producción del flúido eléctrico por medio de la dínamo es uno de los descubrimientos que más enaltecen al entendimiento.

Para explicar las Leyes en que aquél se funda, tenemos que aceptar esta verdad previa: La fuerza natural que se irradia de un cuerpo sólo puede ser contenida por una red de partículas líquidas convertidas en vapor y conducida después por cañerías tubulares; pero hay una fuerza natural que se desliza por cables comunicantes y no por medio de tubos; luego esta fuerza se halla en orden dinámico opuesto al de aquélla.

Más concisamente: la fuerza que corre por el interior de las cañerías acciona del centro a la periferia. A la inversa: la fuerza que se adhiere a un cable es porque acciona de la periferia al centro. Son dos impulsos de orden recíprocamente contrario.

Establecido este hecho, ya podemos afirmar rotundamente que el flúido eléctrico se deriva de las fuerzas irradiadas en el Medio, las cuales actúan positivamente sobre los cuerpos de resistencia, así como las fuerzas en irradiación actúan negativamente sobre dichos soportes, conforme ya dijimos.

Ahora expliquemos la generación del flúido magnético, provocada por un electroimán o solenoide.

Sobre un ánima de hierro dulce se arrolla, formando un gran número de espiras a estilo de carrrete, un hilo de la necesaria longitud recubierto de seda, para evitar el contacto. Se hace circular una corriente eléctrica por dichas espiras y el hie-

rro se imanta, dando generación a una corriente magnética que actúa de extremo a extremo, con dirección que es directa o inversa, según las espiras se arrollan a la inversa o a la directa.

La corriente magnética se genera porque se efectúa la irradiación del fluido que se hace correr por las espiras. Esta irradiación se desarrolla por la intensificación de aquel fluido obligado a girar por las espiras y se verifica de la periferia al centro, porque esta es la dirección impulsiva que da generación al flujo eléctrico. Aquí advertimos que todo trabajo realizado por una fuerza la intensifica en mayor o menor grado, alterando su orden dinámico. Si es centrípeta, al trabajar sobre un cuerpo de resistencia se intensifica y se irradia en forma centrífuga.

Irradiándose por aquel trabajo de intensificación realizado en el carrete, se procura al punto, como ya sabemos, la corriente contraria en el Medio, y a esto se debe la producción de las líneas magnéticas.

Vamos a seguir el hilo de todas las derivaciones que se producen debidas a la fuerza de origen que pone en función a la dínamo.

Sea esta fuerza A o B. ¿Qué trabajo realiza? ¿Cómo se invierte su energía? Hace girar a la dínamo. ¿Con qué objeto? Con el de producir una excitación en los electroimanes por medio de un frotamiento adecuado. ¿Qué resultados produce este frotamiento? El mismo que se produce frotando con un pedazo de franela una barrita de la-

cre en el ejemplo que antes expusimos, pero con más alta energía.

Los núcleos que componen la materia sometida al rozamiento de la dínamo se desdoblán por aquel trabajo y se rompe la ponderación o equilibrio que los somete a la cohesión de dicho cuerpo material.

Las fuerzas vivas que de ellos se desprenden actúan como explosivos cuyo movimiento de irradiación se ajusta a la mayor o menor intensidad adquirida en relación directa proporcional.

Producida la intensificación de aquellos núcleos por el frotamiento de la dínamo, la explosión de esta fuerza irradiada genera otra que es proporcionalmente correlativa en el Medio con acción centrípeta o concentrativa o que actúa de la periferia al centro, así como su contraria funciona del centro a la periferia.

Esta corriente de fuerza concentrativa, como ya tenemos dicho repetidamente, se deriva de las fuerzas irradiadas en el Medio, y es la que produce los fenómenos magnéticos que estudiamos.

Ahora ya podemos explicar fácilmente cuáles son el origen y la naturaleza del flúido eléctrico.

El fenómeno que se produce al frotar la barrita de lacre nos sirve de punto de partida.

Ya hemos explicado la causa por la cual la esferita de medula de saúco se aproxima y adhiere al cristal, pareciendo que es atraída. He aquí la incógnita. Estas corrientes de fuerza generales en el Medio que se llaman magnéticas, son precisamente las que dan origen a la composición del flúido eléctrico actuando en forma centrípeta, por cuya

causa pueden ser recogidas y colectadas por la dinamo.

Como se ve, la electricidad y el magnetismo son una misma cosa con actuaciones diferentes.

La capacidad eléctrica que se atribuye a los cuerpos materiales en mayor o menor grado, es sólo capacidad de fuerza de irradiación más o menos excitable por un trabajo de descomposición química o por un frotamiento de orden mecánico.

El fluido eléctrico no se produciría si estas corrientes de irradiación producidas química o físicamente, no provocasen otras corrientes en el Medio, del mismo género de fuerza ya irradiada. Estas son y no aquéllas las que dan producción a la fuerza eléctrica.

De modo que se confirma una vez más que no hay determinación posible sin la concurrencia de dos fuerzas congéneres de contrario impulso, una que procede de la fuerza en irradiación de los cuerpos y otra que se genera en el Medio de las fuerzas ya irradiadas.

Todo fenómeno de fuerza, toda manifestación de vida se halla siempre entre esos dos orígenes contrapuestos. Cuando se irradia una fuerza sale del polo negativo. Cuando ya se ha irradiado y adaptado al Medio, se sitúa en el polo positivo; mas no para permanecer ociosa. La ociosidad no es permitida en el Universo. Las fuerzas irradiadas actúan desde su polo positivo a toda oscilación y cambio que se opera en el Medio donde se irradiaron. Estas oscilaciones y cambios son producidos como en los casos cuyo estudio hemos hecho, y entonces se generan las corrientes concentrativas de dichas

fuerzas irradiadas, que vuelven al polo negativo, abandonando accidentalmente el positivo, atándose a un cable de comunicación para circular rápidamente hasta irradiarse de nuevo, dando lugar a los fenómenos de la Luz.

No es posible de un modo definitivo, y sí únicamente de un modo muy transitorio, obligar a una fuerza ya irradiada, que se convierte en magnética por los motivos que acabamos de exponer, a que se encierre de nuevo en el polo negativo, después de haberse irradiado y situado en el positivo.

Químicamente puede lograrse su retención y acumulación en la forma ya conocida, pero en condiciones muy críticas y con amarres y cuerpos de mucha resistencia, y por consiguiente de mucho peso, y aun así a condición de que el tiempo no sea muy duradero. A la larga, toda fuerza acumulada rompe sus ligaduras y vuelve a ocupar su plaza en el polo positivo. He aquí el péndulo general de la Vida. Las fuerzas se mueven pasando de uno a otro polo alternativamente, con carácter más o menos accidental, nunca definitivo.

El calor se produce cuando el flujo trata de recobrar su Ley de extensión de un modo que dificulta la acción de su trabajo, y se produce la Luz cuando la resistencia se pone en tal equilibrio que ni rompe la cohesión del cuerpo material si éste se opone de un modo excesivo a la expansión que solicita el acúmulo de aquel fluido.

Por virtud del trabajo de evasión se intensifica el fluido y su acción hasta entonces concentrativa se convierte en fuerza que se irradia en todos sentidos y direcciones.

V

CUERPO DEL FLÚIDO ELÉCTRICO

La corriente concentrativa cuya producción hemos explicado, se genera por la fuerza de irradiación en los electroimanes; pero como se pone en contraste la acción de ambas corrientes, resulta que aunque domina el impulso concentrativo, se influyen una y otra recíprocamente.

Las partículas que pertenecen a los núcleos positivos en irradiación son detenidas y arrastradas por dicha corriente centrípeta, formándose por esta causa un cuerpo fluídico semimaterial impregnado de torbellinos de partículas.

El calor producido por la electricidad se debe a este aluvión de mínimos proyectiles que salen disparados de los cuerpos de resistencia donde se acumulan las corrientes de dicho fluído.

Tampoco hallamos justificada la división que se hace de la fuerza eléctrica en positiva y negativa. Sólo hay un género de electricidad bajo órdenes dinámicos opuestos que se relacionan contrariamente como los términos de todo movimiento circulatorio.

Esta sola diferencia en el giro de la circulación explica los efectos distintos que se producen por la relación que se establece físicamente entre la llamada electricidad positiva y electricidad negativa. Hay sólo electricidad que actúa a la directa y electricidad que actúa a la inversa.



CAPITULO II

FUNDAMENTOS DE LA TEORIA ELECTRONICA

Hemos dado explicación de la naturaleza que corresponde al flúido eléctrico y de sus fuentes de origen, prescindiendo del estudio de los efectos que tan admirables resultados de aplicación han producido.

La Verdad, en síntesis, es esta, a partir de sus Principios de origen:

Todos los cuerpos que afectan nuestra sensibilidad lo son de *Materia vivificada*. No hay ninguno de ellos absolutamente simple. Se hallan compuestos orgánicamente de núcleos de fuerza natural y materia en la forma que ya tenemos explicada.

En la descomposición de estos núcleos y en los desprendimientos de la fuerza natural que contienen, bien sea aquélla operada por fuerzas mecánicas o bien por acciones químicas, se encuentra explicada en parte la producción de todos los fenómenos eléctricos.

Decimos en parte, porque en un cuerpo material que fuera totalmente homogéneo o puramente sim-

ple, aislado de todo Medio concurrente, no se produciría ninguno de aquellos fenómenos.

Esto es tan racional, que huelga toda demostración.

No sólo los fenómenos eléctricos, pero también la Vida entera, no se produciría sin esa concurrencia precisa del Medio y el individuo.

Así es que todos los cuerpos tienen mayor o menor capacidad de producción eléctrica en condiciones varias, porque todos ellos deben su composición a un aglomerado de núcleos de cuyas formas de desdoblamiento o descomposición y del desprendimiento de la fuerza natural que poseen depende aquella varia capacidad.

Pero hay que desvanecer la idea general que se tiene respecto de la naturaleza del fluido eléctrico atribuyéndola a la virtud particular de los cuerpos, como si se derivasen de ellos mismos y no de otras fuentes de origen.

No es así. Los cuerpos no desprenden flujo eléctrico. Se han tergiversado los hechos. Determinan sólo en parte la producción de dicho flujo.

Diciendo que tienen mayor o menor capacidad radiativa para producirlo, nos ponemos en lo justo.

¿Y qué debe entenderse por capacidad radiativa? Aquí entra la función de los núcleos componentes.

Al descomponerse o desdoblarse éstos por una acción alterante mecánica o química, se desprende de ellos, como ya dijimos, la fuerza natural que contienen. Esta se irradia entonces para adaptarse al Medio conforme a su Ley de extensión y se produce una corriente que rompe el equilibrio establecido con el Medio, provocando otra de contra-

rio impulso, la cual se deriva de las fuerzas que se irradian y que en el Medio se establecen y ponderan.

Esta corriente, que trae dirección opuesta, actúa sobre el cuerpo material en irradiación, arrastrando con su impulso otros cuerpos cuya resistencia no supere a dicha acción impulsiva, pareciendo que aquel cuerpo *imantado* los trae y no la corriente derivada del Medio la que produce el fenómeno magnético.

He aquí explicada la generación del fluido eléctrico.

Cuando dicha corriente impulsiva actúa sobre el cuerpo en irradiación se llama *magnetismo*. Cuando invade dicho cuerpo y circula por su interior, se llama *electricidad*.

La variedad de los fenómenos eléctricos depende de la inmensa variedad de las formas de irradiación que se provoca en los cuerpos, motivada por la descomposición de sus núcleos componentes.

En la diferenciación de estos núcleos primarios se encuentra la causa de toda aquella variedad.

Los núcleos más materiales son aquellos que poseen menos fuerza viva o que la retienen con mayor persistencia; al contrario de lo que ocurre con los núcleos cuya propensión radiativa es mayor.

Pero estas causas de diferenciación comprenden a las dos formas del giro dinámico.

La fuerza viva contenida en los núcleos no se halla ociosa en la cárcel material que la retiene. Gira *en sí* con la velocidad, aunque se irradia al verse libre para recobrar su Ley de extensión. A ello la obligan las solicitudes del Medio. No hay

fuerza alguna en completo reposo en la Vida universal.

Este giro puede ser directo y puede ser inverso, y, naturalmente, causas distintas tienen que operar efectos también distintos.

Por este hecho las irradiaciones de los cuerpos que promueven las derivaciones concéntricas o centrípetas del Medio, producen en estas corrientes magnéticas direcciones dinámicas opuestas, conforme al giro directo o inverso de aquellos núcleos.

Por eso afirmamos que sólo hay un género de Electricidad con estas dos actuaciones diferentes.

No hay nada más comprensible ahora que los efectos distintos que ofrecen los fenómenos eléctricos pareciendo que atraen a unos cuerpos y que rechazan a otros. En rigor todo depende de las corrientes que se generan, ya en un sentido ya en otro.

Estas verdades tienen carácter general y explican todos los hechos cuya Ley se desconocía.

Vamos a ofrecer algunos ejemplos.

¿Por qué es un cuerpo mejor conductor que otro? Digamos al punto que esto depende de sus diferencias de capacidad radiativa.

Los cuerpos menos dispuestos a la irradiación de la fuerza viva que contienen sus núcleos, son también los que ofrecen mayor resistencia para dar acceso y circulación al fluido eléctrico. Son propiedades correlativas. Se dice que estos cuerpos guardan su electrización y que son malos conductores, y sin dar señales de poseer alguna propiedad ésta se localiza o bien no se extiende precisamente

por aquella resistencia que ofrece a la circulación del flujo eléctrico.

Tales diferenciaciones de capacidad radiativa en los cuerpos sirven de base a la diversidad y variedad de dichos fenómenos y han dado ocasión a que éstos sean descubiertos y analizados en forma tan extensa que bien puede afirmarse que no hay estudio físico tan completo como el que se ha hecho de la Electricidad, aun desconociendo sus verdaderas fuentes de producción.

Derivada una corriente del Medio, ésta invade todos los cuerpos comunicantes en proporciones que se hallan determinadas por la mayor o menor resistencia que éstos ofrecen a la invasión o circulación de dicha corriente.

Si en todos ellos hay un mismo grado de capacidad radiativa la invasión se efectúa por igual y se reparte entre todos ellos equitativamente.

Claro está que dos cuerpos cargados de electricidad de un mismo giro tienen que repelerse. Para que casen entre sí es necesario que la electricidad de uno de ellos funcione dinámicamente a la inversa en relación con el giro que trae la electrificación del otro.

Ocurre en este caso lo mismo que con los giros de las ruedas de engrane casadas adecuadamente: tienen que girar una a la directa y otra a la inversa para que pueda producirse el giro de ambas.

Las corrientes que se derivan del Medio se diferencian del mismo modo. Para unirse tienen que concentrarse, oponiéndose entre sí desde sus puntos de derivación. Para separarse han de invertir este orden.

Por semejante causa las derivaciones magnéticas que realizan el fenómeno aparente de la atracción han de oponerse entre sí, arrastrando a los cuerpos hacia el centro común. Si estas derivaciones siguen una misma dirección, aquel fenómeno se invierte y ha de resultar de repulsión necesariamente.

Esto demuestra la verdad de nuestras investigaciones. Los cuerpos electrizados obedecen a las corrientes que los invaden ya en dirección positiva ya en dirección negativa, sin que por esto pueda decirse que la electricidad participa de dos naturalezas, una positiva y otra negativa, a no ser que se sobrentienda que semejante calificación corresponde a la dirección y no al modo de ser del fluido eléctrico.

Por estos diferentes dinamismos y por su ponderación y relación pudo establecer Cuolomb la medida cuantitativa de la electricidad que invade a un cuerpo dado.

Faraday observó que la electricidad invade a los cuerpos por su superficie.

He aquí un nuevo testimonio de que la invasión se efectúa en sentido concentrativo, o bien de fuera adentro, en dirección opuesta al de la irradiación de los cuerpos, la cual se efectúa de dentro afuera.

¿Dónde ofrecen los cuerpos menor resistencia a todo acceso que proceda del exterior? En la superficie; no cabe duda.

¿Por qué la electrización de un cuerpo se acentúa por los extremos puntiagudos? Porque la corriente del Medio se esparce en todo cuerpo comunicante en relación con la resistencia que éste

le ofrece. Allí donde encuentra menos masa de materia en igualdad de capacidad radiativa, allí se dirige y acumula, hasta desbordarse si el cuerpo de retención no se opone con excesiva resistencia. Se produce el calor, que puede calificarse de descarga de la electricidad en pugilato constante con la fuerza material que trata de impedirla.

No hay fenómeno alguno que no pueda explicarse conocida la naturaleza del fluido eléctrico.

El imán natural ofrece uno de los casos más sorprendentes. ¿Cómo se ignoran en este caso las derivaciones magnéticas del Medio en actividad constante?

Para dar explicación de este hecho no debemos salirnos ni un punto de nuestros Principios de carácter general.

Si el imán ofrece una fuerza que parece de atracción constante, es porque se trata de un cuerpo material que se halla en constante irradiación.

En este caso los núcleos componentes no necesitan de estímulo alguno para desprender las irradiaciones de la fuerza viva que poseen, así como para producirlas en otro cuerpo de propiedades distintas hace falta provocarlas por otras fuerzas y acciones que pueden ser mecánicas o químicas.

En el imán se halla el término más progresivo de la serie determinada por los diferentes tonos de la capacidad radiativa que en general poseen los cuerpos.

Algunos irradian la fuerza viva de sus núcleos electrizándose por esta causa, actuando sobre ellos por medio del roce o frotamiento.

Otros necesitan de un estímulo mayor, y para és-

tos se emplea la dínamo, que es un alterante de los núcleos de gran energía.

Y he aquí que el imán no necesita de estímulo alguno y la irradiación de sus núcleos se opera espontáneamente.

Estas propiedades de imantación pueden transmittirse a determinados cuerpos empleando procedimientos adecuados.

En tales cuerpos la irradiación se produce por la acción misma de las derivaciones del Medio transferidas a merced del imán, que para este caso hacen de cuerpo transmisor o intermediario, empleando siempre una u otra fuerza.

Vencida la primera resistencia, las irradiaciones se suceden, dominando a las demás, así como el fuego que pasa de unas a otras materias. Así se produce el imán artificial.

La Verdad que hemos desarrollado fué presentada en parte por el profesor Hugues cuando dijo que cada partícula de hierro o de acero constituía un imán completo teniendo dos polos de nombre contrario y del mismo grado de intensidad, y que esta propiedad sería inseparable de la Materia.

Nosotros hemos averiguado que esta es la forma constitucional, no sólo del hierro y del acero, pero también de todo cuerpo de Materia que se halla vivificado por la fuerza que contienen los núcleos de constitución.

Pero en estas partes mínimas componentes sólo se halla uno de los factores de la producción del flúido, según ya tenemos significado.

Dice Hugues que las partículas forman una cadena magnética, orientándose por los polos con ob-

jeto de establecer la corriente y producir los efectos magnéticos polarizados sólo en los extremos.

Esta presunción débese a la idea general que se tiene de que la producción de tales fenómenos pertenece a la propia virtud de los cuerpos y no a una mutua concurrencia de fuerzas que actúan desde orígenes contrarios y que se ponderan para formar una fuerza de naturaleza mixta, la cual participa de los dos modos de ser de las fuerzas concurrentes: la fuerza de irradiación que se desprende por causas alterantes de los cuerpos materiales en cantidades variables y la fuerza que se deriva del Medio y que entra en movimiento como compensadora de aquellas corrientes de irradiación.

Esta reciprocidad es constante, hasta el punto de que una corriente que se desliza por el interior de un hilo de cobre produce en torno un campo magnético. ¿Cuál es la razón? La misma que ya hemos dado bajo otra forma.

Los núcleos componentes del cobre se excitan por el contacto del fluido que los invade y producen nuevas irradiaciones como si fueran estimulados por un frotamiento. Y como a cada corriente de irradiación corresponde otra magnética, fundamos así la producción de este doble fenómeno, que justifica con otros distingos los resultados que se obtienen por medio del solenoide.

Todos los cuerpos en irradiación, mundos, soles y estrellas, flora, gusanos y hombres, se hallan rodeados de una atmósfera de condiciones variables.

¿Cómo se producen estas atmósferas? Como los campos magnéticos: por el contraste armónico y

ponderativo de aquellas dos fuerzas de contrario impulso.

Por este orden pueden explicarse todos los fenómenos eléctricos tan admirablemente estudiados en sus efectos y aplicaciones por los maestros de la Física moderna.



CAPITULO III

LOS FENOMENOS HIPNOTICOS

I

NUEVAS DEDUCCIONES

Por el estudio que hemos hecho en el capítulo anterior, vemos que el Hombre no depende sólo del desarrollo de su fuerza *en sí*. Cooperan a su existencia otras existencias.

Vive en la Naturaleza en ponderación con el Medio. Respira porque la Atmósfera le abastece de elementos respirables y se alimenta con los productos de la vegetación y hasta con el sacrificio de muchos animales inferiores.

No hay manifestación alguna de su ser que dependa de su existencia exclusiva. Las células se hallan en constante irradiación. Los órganos trabajan recibiendo más fuerzas para enviarlas luego al acervo común más intensificadas.

Este trabajo no cesa aunque se haga más interno

y exquisito. No hay fuerza alguna, desde la Naturaleza esférica al Espíritu radial, que no se halle en ecuación con el Medio. Este en función directa; aquellas fuerzas en función inversa.

Nos hallamos en plena convivencia con las fuerzas irradiadas, formando la escala espiritual del Planeta.

Nuestras irradiaciones internas provocan las corrientes de concentración que invaden nuestro Espíritu en todos los términos de la escala y cuyas corrientes pertenecen a dichas fuerzas irradiadas.

Se repite internamente el hecho que ya hemos estudiado de los cuerpos celestes en relación con el Medio que los circunda. Las irradiaciones de las fuerzas influyen en los centros de irradiación y éstos intensifican a su vez a las fuerzas que los invaden concentrativamente. Se influyen recíprocamente.

II

PERTURBACIONES ORGÁNICAS

Los que se hallan mejor adaptados al Medio en todos los términos de su gran escala son los más fuertes.

Aquí se suscita otra cuestión. Siendo, como es, verdadero este Principio, en seguida se ve que la mayor o menor imperfección (nunca perfección) en el ajuste de las dos escalas (la del Medio y la

del individuo) puede afectar a todo el organismo, o bien sólo a ciertas partes determinadas.

Aquí hallamos la causa de las variadas manifestaciones que se observan, lo mismo en la salud que en el carácter y hasta en la moral de los hombres.

Hay individuos que están bien modulados de la Inteligencia y lo están mal de la Voluntad y del Instinto. Predominan en otros los afectos sentimentales. Quiénes son más conscientés. Quiénes lo son menos, etc., etc. La especificación detallada de estos hechos corresponde a las ciencias particulares de relación.

Lo que podemos aducir de carácter general, para no salirnos de nuestro objeto, es que la salud se debe a la mejor adaptación orgánica, cuando esta adaptación se ofrece sucesivamente en todos sus términos modulados, aunque el flujo de la Vida no alcance a términos superiores. Puede haber hombres muy robustos físicamente que tengan muy poca inteligencia, y otros que la tengan en alto grado disfrutando de muy poca salud. Lo mejor fuera disfrutar de ambas cosas, pero esto es casi imposible.

Además de estas irremediables imperfecciones, que pudiéramos llamar genésicas, tenemos ahora que considerar las que sobrevienen por los accidentes varios que ofrece la Vida.

El orden físico y el moral son dos órdenes correlativos. En rigor sólo hay un orden de causas y efectos que dan motivo a los trastornos que la salud del cuerpo y el alma experimentan.

La causa, en el fondo, sólo es una y es la misma siempre, y se funda en la perturbación que experi-

menta la escala individual en relación con la del Medio, que es imperturbable. El ajuste entre ambas se disloca o interrumpe de un modo que puede ser accidental o definitivo, local o general.

Pueden derivarse las causas perturbadoras de orígenes distintos, o por las vías que nos allega la sensibilidad (impresiones físicas), o por los senderos del Espíritu (impresiones morales). Toda causa que debilite nuestro armazón orgánico de modulada resistencia es un peligro para la Vida y un quebranto más o menos duradero para la salud.

Luego en este organismo puede haber roturas. En tal caso la Substancia en reversión o flujo vital se desparrama y se irradia en el término equivalente de su misma densidad, perteneciente al Medio, y en este caso falta vitalidad por la sencilla razón de que también se pierde o irradia la substancia vital.

Las perturbaciones de la escala individual son más graves en el cerebro que en ninguna otra parte del organismo. Aun en el caso de que no alteren la salud, pueden trastornar el juicio del paciente. Nada más sencillo que dar ahora explicación de la locura en sus variadas y múltiples manifestaciones. Todo, al cabo, viene a ser obra de la falta de justa ponderación entre aquellas dos escalas.

III

PRINCIPIOS DE CARÁCTER GENERAL

Cuantos hechos acabamos de exponer obedecen a este Principio de carácter general:

A todo núcleo de fuerza en irradiación a la directa corresponde otro de fuerza concentrativa a la inversa.

Por esta verdad resulta que todas las fuerzas en irradiación tienen una atmósfera que los envuelve, constituida por el cruce de las dos corrientes, la de irradiación y la de concentración.

El Planeta que habitamos tiene Atmósfera, por la misma causa, como ya estudiamos debidamente.

Pero con las atmósferas ocurre como en todos los términos de la Evolución: que no hay nunca un término único.

Las envolventes atmosféricas son del mismo grado que los dos torbellinos de funciones opuestas. Mejor dicho, establecen la ponderación de las dos corrientes diferenciales.

Apenas un cuerpo se sitúa en el radio de acción de estas atmósferas, como no entre en aquella ecuación de fuerzas, es arrastrado por la corriente concentrativa hacia el núcleo en irradiación, no impidiéndolo otra fuerza mayor.

Esta regla general no tiene excepciones.

Lo que hay es que nosotros nos empeñamos en

disociar los fenómenos semejantes de los Principios comunes a que obedecen apenas aquéllos se ofrecen a nuestra contemplación sin los mismos efectos que allega la sensibilidad.

En el caso del imán ya hemos visto que se trata de un pequeño Planeta en irradiación con su atmósfera correspondiente. A la corriente concentrativa la denominamos flujo magnético. Bien es verdad que también a la piedra que cae (digámoslo así) le adjudicamos la misma causa de atracción que situamos en el centro de la Tierra; pero en este caso ya no decimos que es magnética esta fuerza.

La diferencia entre las dos corrientes opuestas, la de irradiación de la piedra imán y la que procede del Medio, establece la diferencia que va entre la atmósfera magnética que los circunda y la Atmósfera de la Tierra: la atmósfera magnética es más pura que el Aire; pero los fenómenos esencialmente son los mismos.

La frase poética “la mariposilla se siente atraída por la Luz”, es perfectamente exacta, invirtiendo los términos; diciendo que es arrastrada hacia la Luz por el torbellino de fuerza concentrativa de función contraria. ¿Cuándo cae sobre el foco en ignición pereciendo allí abrasada? Cuando se aproxima tanto que el radio de acción se sobrepone a su fuerza viva.

El grado de mayor exquisitez de estas atmósferas se encuentra en el cruzamiento de una irradiación espiritual con la fuerza del mismo género que procede del Medio.

En este caso a la fuerza que nos solicita ya no la calificamos de flúido magnético. Ya no decimos

que es magnetismo; decimos que es encanto, pero en el fondo la Luz sigue siendo la misma. La *atracción* que sentimos hacia una mujer hermosa es el impulso que ejerce sobre nosotros la corriente espiritual concentrativa.

¿Por qué el encanto de una mujer hermosa no nos atrae a todos los hombres del mismo modo? Porque nosotros también tenemos nuestra atmósfera espiritual y no todos somos positivos o negativos en relación con la atmósfera que produce aquel encanto.

Metafóricamente, la mujer es la esferita de saúco y los hombres, unos somos barritas de lacre y otros barritas de cristal, por la acción eléctrica que ejercen entre sí.

¿Por qué una belleza que nos *atrae* mucho nos desencanta al primer contacto? Por la misma causa que opera aquel fenómeno de separación de la esferita de saúco de la barrita de cristal después de haberse dado el primer beso.

Todavía es de mayor exquisitez la aureola magnética que se forma en torno de las obras de Arte.

Suele decirse: ¡Qué fuerza tiene esa obra! ¡Qué ambiente!

Y están muy lejos de creer cuantos profieren semejantes exclamaciones que aquel ambiente es real.

De paso debemos decir que no hay nada que sea irreal. Los más famosos estéticos llenan sus obras de lagunas dando plaza en sus juicios a lo irreal.

Por semejante abuso se ha descalificado, en cierto modo, a la Realidad cuando no es meramente objetiva.

Y, sin embargo, con la Realidad acontece lo mis-

mo que con las fuerzas: se halla en razón inversa de su materialidad u objetividad. La Realidad subjetiva perteneciente a las fuerzas del Espíritu es mucho más intensa y pura que la Realidad que se hace palpable de la manera más tosca y grosera a nuestros sentidos.

Apenas un fenómeno se escapa a nuestra inquisitiva sensibilidad, ya dudamos de su Realidad, como si ésta desapareciera de nuestro crédito por arte de magia. ¡Medrado andaría el Universo si no tuviera más grandeza que la que se ofrece a nuestros sentidos!

Pues bien; con la Atmósfera que se genera en torno de las obras de Arte ocurre lo mismo. Adquirimos una vaga idea de que aquella belleza tiene ambiente, pero en el fondo opinamos que ese ambiente artístico lo creamos nosotros *in mente*.

No es así. Aquella Atmósfera es real en su modo de ser real. Claro que la que se forma en torno de un electroimán pertenece a otra modalidad de la Fuerza, pero ambas se subordinan a un Principio común de generación.

Allí en la obra de Arte hay formas moduladas de un modo cuya génesis se debe a una alta inspiración.

La forma artística tiene una dirección espiritual. Nunca olvidemos que no hay movimiento ni dirección sin corriente de fuerza. Allí, pues, en la obra de Arte hay una fuerza espiritual retenida por un cuerpo de resistencia que está en la forma luminosa. Y esta forma se halla también a otro cuerpo resistente que ya es material. Pero como estas condiciones contravienen a la Ley del Medio que orde-

na que sólo por accidente pueden transmigrar las fuerzas de un medio a otro, se opera en las fuerzas emigrantes una irradiación que es de fuerza natural en el carrete eléctrico y es de fuerza espiritual en la obra de Arte.

Establecida la irradiación se hace precisa la intervención de otra fuerza concentrativa del mismo orden, y del cruzamiento de ambas fuerzas de contrario impulso sale la Atmósfera, que de tal modo subyuga a los espectadores de las obras artísticas, situados en el radio de acción de aquella fuerza espiritual concentrativa, que atrae a las almas arrojadas hacia el prodigioso imán que se oculta en el fondo de tal obra privilegiada.

Mas para esto es preciso que el alma que quiera sentirse subyugada sea como el acero respecto del imán. Ocurre aquí como en todos los demás casos. Un pedazo de madera no experimenta las influencias de la Atmósfera magnética y no se mueve. No gira impulsado hacia el imán.

Hay que tener receptibilidad artística para que se haga efectivo el magnetismo espiritual, y esto no necesita demostrarse; pertenece al sentido común.

IV

EL HIPNOTISMO

¿Qué es el hipnotismo? Un caso particular, más complejo, del Principio que hemos establecido en los capítulos anteriores.

El llamado *magnetismo animal* no difiere en su esencia de los fenómenos anteriormente observados, y si se quiere aún es menos exquisito que aquellos que se producen en las obras de arte, tanto más intensos cuanto es más elevado el exponente de la inspiración que las produjo.

En el sueño natural el organismo humano reposa. La circulación del flujo vital se suspende de un modo que es natural y espontáneo. Se trata de reparar a las fuerazs orgánicas que se desgastan con el trabajo que realizan.

En este caso la inervación cerebral se corresponde con el total descanso de la máquina orgánica. No hay, pues, irradiación ostensible de las fuerzas concurrentes.

Mas supongamos que esta misma inervación cerebral se opera a virtud de cierta predisposición orgánica del sujeto, sometido a tal experiencia, sin que se hallen en reposo las demás fuerzas orgánicas... Entonces el estado de aquel sujeto se hace anormal.

El flujo de la vitalidad no suspende su curso, y como esta corriente no se consume en el natural trabajo del Espíritu, porque éste se halla inervado, sobreviene la irradiación de esta fuerza improductiva, porque es de saber que a ninguna fuerza le es permitido holgar en el Universo.

Como por regla general los sujetos hipnóticos lo son por defecto de Voluntad, la irradiación se efectúa en este término de la espiritual escala.

Al punto se genera la corriente concentrativa de fuerza magnética muy intensa o del mismo or-

den que aquella que se irradia en el sujeto hipnótico.

La Voluntad hipnotizadora se sitúa en el radio de acción de la atmósfera envolvente, y esta Voluntad es como el acero arrastrado hacia el imán. Se adhiere a la Voluntad dormida por el sueño hipnótico como las limaduras de hierro sobre la piedra imán, y esta Voluntad viva suple a la Voluntad inerte.

La sugestión se explica ahora fácilmente. El organismo del sujeto hipnótico se halla normalmente regido por una Voluntad endeble, casi nula en ciertos individuos aptos para el desarrollo de estos fenómenos.

Súbitamente, la máquina orgánica siente la influencia de una Voluntad superior. Se impresionan vivamente todos los resortes y palancas por los cuales se traducen en acto las decisiones volitivas, y luego, aunque salga de su sueño el sujeto hipnotizado, la Voluntad imperante es la otra y no la suya, que no tiene fuerza para sobreponerse al mandato sugerido. Y la sugestión se realiza hasta creyendo el sujeto que es obra suya voluntaria.

A partir de las verdaderas causas que dan generación a estos fenómenos, el hipnotismo ya podrá estudiarse más profundamente descartándole de las exageraciones y ocultismos que lo encubren.

Pertenecen al orden de los fenómenos magnéticos, pero en otro grado.

Aquí, como en todos los casos, el Medio suple al defecto de toda fuerza que se pone en irradiación, no teniendo libertad para realizarla por completo.

Como actúa a la inversa su acción es concentrativa. En rigor, en el ejemplo de sugestión hipnótica que hemos ofrecido se hallan incluidos, en menor grado, todos aquellos individuos de escasa voluntad que se sienten subyugados por los enérgicos imperativos de la voluntad ajena, sin haber necesidad siquiera de apelar al sueño hipnótico.



LIBRO NOVENO



TEORIA DE LA VISION

CAPITULO IV

NATURALEZA DE LA LUZ

I

MOVILIZACIÓN DEL ENTENDIMIENTO

Los hombres de algún entendimiento abdican con sobrada frecuencia del derecho que tienen a pensar conforme a lo que la Razón exige y de la cual se hallan más o menos dotados.

Si no se ejercita un Don tan precioso, ¿para qué sirve? Dios otorga esas facultades a fin de que se haga de ellas el uso que tienen señalado.

Su destino es que funcionen y no que huelguen. No se puede razonar con el corazón ni sentir con el cerebro, pero hay muchos que se entregan dócilmente a las transmutaciones de orden funcional, confundiendo los órganos, creyendo que los sentimientos salen del cerebro y las ideas del corazón.

A la Verdad se llega por medio directo haciendo

mover un poco a la Razón, entendiendo que no se trata de dar movimiento a las ideas adquiridas ni a las afirmaciones que se hacen en los libros, sino a la Razón con facultad libérrima y con campo ilimitadamente abierto para relacionar, comparar, penetrar y deducir de los hechos observados la esencia pura o, digamos, la esencia lógica. Decimos esto porque muchos creen que piensan y descubren grandes y profundos arcanos haciendo girar su memoria a estilo de cinta cinematográfica. En este caso la Razón no funciona. Se trata sólo de un fenómeno de repetición contemplativa.

Movilizando la Razón sin atarla con nudos demasiado fuertes a las ideas adquiridas, ésta ofrece la esencia lógica que se apetece, pero exige que los raciocinios se enlacen unos con otros, de manera que el fin del más simple acabe donde empieza el más complejo, y así es como se llega a la Verdad sin que pueda el error inmiscuirse para desnaturalizarla u obscurecerla.

Hacemos este exordio para preparar el ánimo del lector, porque nuestros inquirimientos sobre el modo de ser de la Luz han de sorprenderle acaso por su excesiva novedad, aunque esta sorpresa se amigore mucho si nos ha seguido en todo el curso de nuestras investigaciones.

Ya sabemos que la Luz es un modo de ser de la Fuerza o Substancia que calificamos de segunda Potencia.

Esta fuerza es como la cara de un círculo: no tiene cuerpo y por eso es incorpórea. Es la energía productora de todas las fuerzas. Las imágenes que vemos en el fondo aparente de los espejos deben su

composición a las partes mínimas de dicha fuerza luminosa.

Pero ésta fuerza, como todas las otras que corresponden a la escala completa del Medio universal, modula en sus grados de densidad y, por consiguiente, también en sus formas.

Desde el círculo a la esfera se pasa por Evolución, al igual que desde la forma incorpórea se pasa al cuerpo de la fuerza natural, que ya es esférico.

Estas modulaciones de la forma van acompañadas de los grados de inversión de la Luz desde su estado más intenso o puro hasta que se convierte en fuerza natural.

Para que bien se nos entienda, queremos decir que la fuerza luminosa llega a su apogeo en el círculo, pues esta naturaleza incorpórea va siendo menor por grados. La Luz va tomando cuerpo, grado por grado, produciéndose los siete tonos de color típicos con los términos transitivos que los enlazan, moduladamente, hasta formar la escala del Iris.

Pero hay que desvanecer una creencia generalmente arraigada de que la forma y el cuerpo son una misma cosa. El cuerpo pertenece a la Materia. La forma pertenece a la Luz.

Y como cada fenómeno sólo puede tomar determinación adaptándose al término equivalente, del mismo modo de ser substantivo en la Escala del Medio universal, resulta que no puede verse en la Atmósfera ni aun en la gran Esfera que calificamos de Naturaleza. El fenómeno de la visión sólo pue-

de producirse en el Medio luminoso en cualquiera, o en muchos a la vez, de los términos que constituyen la serie que enlaza a dicha fuerza luminosa con la fuerza natural, por los mismos trámites de fuerza con que se pasa por Evolución de la Luz a la Naturaleza.

Aquí nos encontramos que la Luz sólo puede manifestarse en el Medio luminoso, y de ningún modo en la Atmósfera que nos envuelve en sus primeros grados de densidad, porque hay que advertir, como ya demostramos, que la Atmósfera está viva como nosotros.

Todo parece indicar que son los ojos los que ven, por más que resulte muy extraordinario que las manchas se vean en los cuerpos objeto de la visión y no en los ojos, como si el defecto orgánico de éstos se trasladase milagrosamente a dichos cuerpos, afectándolos de imperfecciones que no tienen. Pero bien; los ojos se comunican con el cerebro por medio de los nervios que llaman ópticos. Esta comunicación es interna. Interrumpiéndola por cualquier accidente, el fenómeno de la visión ya no se verifica. Si aquéllos se lesionan, aunque los ojos queden intactos y conserven todas sus ochocientas mil fibras y fibrillas... los ojos ya no ven. La ceguera es completa.

¿Qué consecuencias se deducen de lo hechos anteriores? Que la visión se opera por una corriente de fuerza que pasa al través de los ojos y se transmite por aquellos nervios al cerebro. Claro es que si en los órganos de transmisión hay algún defecto debe este defecto influir en el curso de la corrien-

te haciéndola modular en consonancia hasta dar producción a los resultados diferentes en la contemplación de la imagen.

II

CORRESPONDENCIA DE CADA COSA CON SU SEMEJANTE

Del cuerpo de los objetos se pasa a la forma de los objetos. Una cosa es el cuerpo y otra la forma. Aquél puede afectar a un volumen; la forma no puede ser voluminosa. El cuerpo es a la esfera como la forma es a la superficie de un círculo. Pretender que una esfera sea incorpórea es un absurdo. Las cosas corpóreas participan de tres dimensiones. Las formas sólo pueden tener dos dimensiones. Así es que la Ley no puede ser corpórea. ¿Cómo es que se ven las formas de bulto en las imágenes de la visión? Por la Ley de la perspectiva. Cada tono de luz diferente se halla en un término o círculo diferente del Medio, lo mismo que los primeros y segundos términos que nos ofrece la pintura.

Correlativamente observamos que la Luz no se genera en la Naturaleza, porque cada cosa engendra a su semejante. La corriente productora del fenómeno de la visión tiene que viajar desde el Medio natural o Naturaleza al Medio luminoso. Para eso se formó nuestro organismo: para que

sirva de escala graduada que desde un Medio comunica con otro. Fuera de esa vía orgánica la fuerza natural no puede penetrar en el reino de la Luz, y para conseguirlo tiene que transformarse, porque el Espíritu no admite visitas de ondas que no lleguen hasta él desenvolviéndose de un modo progresivo.

Debe saberse que cada fenómeno se opera en su Medio de la misma naturaleza. Para bañarse hay que inmergirse en el agua. El Medio en este caso es el mar. Para respirar hay que hacerlo en el ambiente propicio, en el Medio atmosférico. Y por la misma imprescindible necesidad el fenómeno de la visión sólo puede operarse en el Medio luminoso que se halla más hondo o interno que la Naturaleza. No pueden hacerse mezclas, como generalmente se cree. No se puede poner Luz donde hay Aire, ni Aire donde hay Luz, ni es posible respirar en el Medio luminoso, ni ver en la Atmósfera. El Espíritu humano se ha desconcertado porque no tenía noticia de esta forma de ser graduada del Medio universal que se repliega *en sí* ofreciendo sus distintas etapas en su mismo lugar. No podía nadie caer en la cuenta de que en cualquier punto que se designe de la Atmósfera hay fondo, pero no a estilo de fondo de gruta, ni de cisterna, ni de hoyo, sino dentro del aire mismo, con giro de mayor a menor densidad de la substancia.

Cada ser vive en su Medio propicio. Así es como hay orden en la Creación y no se mezclan y confunden los elementos orgánicos de la Vida en todos sus términos de acción y esferas de habitabilidad. ¿Quién impone este orden? La Evolución del

Medio universal. No hay substancia de grado B que pueda ocupar un término A. La adaptación se exige por grados de la misma densidad. Las dos fuerzas, la que pertenece al individuo y la que corresponde al Medio, tienen que ser de la misma naturaleza. No siendo así la diferencial produce un movimiento en la fuerza individual que tiene que girar o moverse hasta ocupar su puesto, como no se halle retenida por un cuerpo de resistencia. Entonces gira sobre este cuerpo de resistencia, como ocurre con la fuerza eléctrica que circula por el cable en solicitud de su Medio propicio.

Esto es tan racional que no puede tener discusión de ningún género. ¿Cómo sería posible poner orden en el Universo con la inmensa urdimbre de seres que lo pueblan? ¿Cómo podrían las fuerzas de substancias y modos de ser tan varios organizarse, si cada una de ellas no se rigiera por un módulo de acción que la separa convenientemente de la que corresponde a otros módulos? ¿Cómo es posible que la Luz circule por la Atmósfera externamente, siendo de menor densidad que el Aire? Hay que fijarse bien en que las corrientes de fuerza más densa se superponen a las corrientes de fuerza de menor densidad. Las más intensas penetran a las más densas, produciendo fenómenos que son internos en relación con los fenómenos que se deben a las fuerzas más densas, que son externos. No todo el Universo es como la palma de la mano. Los prodigios de la Vida se encuentran en el fondo, sólo que no son perceptibles para nuestros sentidos, que reciben sensaciones exteriores, o de la Naturaleza, que es nuestro medio externo. ¿Cómo

se penetra al fondo del Universo? Por la vía del cerebro.

Tampoco es posible mover las ideas en la Atmósfera ni el Medio luminoso. Hay que internarse y llegar hasta el Medio espiritual. Sólo allí puede operarse el giro de las ideas.

Por desconocer estos hechos no ha podido orientarse hasta ahora la Razón humana. La noción falsa que se tiene del Espacio ha contribuído principalmente al engaño común,

De derivación en derivación hemos llegado a estos precisos términos: La fuerza se transforma. La fuerza emigra de un medio a otro medio. Desde la Atmósfera pasa a otro medio más intenso y puro. Este es el medio luminoso. ¿Dónde se halla este medio, arriba o abajo en la Atmósfera? Ni arriba ni abajo. En el fondo interno. En el giro *en sí*. ¿Por qué sendero se pasa de un medio a otro medio? Por el único que ofrece la propia realidad de los hechos. Los ojos aparecen en lo externo para recibir las ondas que provienen del medio corpóreo. Estos mismos órganos se hallan en comunicación con el cerebro. Su disposición orgánica se adapta a la modulación que ofrece la escala del Medio universal, que comprende a todos los medios relativos. Las ochocientas mil fibras y fibrillas indican claramente que se trata de realizar en la fuerza que penetre al través un desdoblamiento.

¿Cómo es que la Atmósfera aparece iluminada a nuestros ojos? Al parecer sólo. Nosotros no vemos por fuera. Vemos por dentro.

La atmósfera está oscura durante la noche. ¿Cómo se ilumina durante el día? Aquí está el espe-

jismo sensacional. La atmósfera no se ilumina nunca. Durante el día permanece envuelta en las sombras exactamente lo mismo que en completa nocturnidad. No puede haber Luz en ella en ningún caso. El espacio que nosotros vemos iluminado pertenece a otro medio. Por eso vemos por dentro y no por fuera. ¿Dónde está la Luz en la Atmósfera oscura? En el fondo. He aquí el gran secreto. Se penetra dentro de la Atmósfera y hallamos al Medio luminoso. Se penetra dentro del Medio luminoso y llegamos al Medio espiritual. Todos estos medios se compenetran *en sí*; mas para llegar hasta ellos hay que establecer las vías de comunicación. He aquí el prodigio que realiza el organismo humano. ¿A nosotros nos parece que vemos por fuera? Esto no es ni puede ser una objeción, porque también nos parece que el Sol es el que gira en torno de la Tierra, y no es así.

La parte mínima de la fuerza natural es la partícula de forma esférica. La parte mínima de la Luz se corresponde con la forma del círculo. Por giro de inversión la Luz se condensa en la fuerza natural. Por giro de reversión, la fuerza natural se irradia en fuerza luminosa. Recalcamos bien estos distingos para que se comprenda que no es posible que ningún cuerpo en la Naturaleza sea luminoso, primero porque la Luz corresponde a otro medio, y segundo porque es incorpórea.

Los agentes naturales no influyen en ella, y esto puede demostrarse. Lo mismo se ve, haciendo sol, en verano que en invierno. Ni el frío ni el calor impresionan a la Luz. Puede leerse un libro del mismo modo, por lo que al fenómeno de la visión

se refiere, con el termómetro bajo cero, que señalando una temperatura muy alta. El Sol más o menos caliente no hace a la Luz más o menos intensa.

¿Y las plantas? ¿Y las flores? ¿No se desentumecen y regocijan al amanecer el día y asomar el Sol? Nadie puede ponerlo en duda. El Sol es el Padre de la Vida en la Naturaleza, como que desprende oleadas de fuerza vivificante que reaccionan y desentumecen todos los cuerpos. Su influencia benéfica alcanza lo mismo a los que tienen vista que a los que están ciegos. La apreciación o no de la Luz no impide que las ondas de fuerza solar ejerzan en los organismos los más saludables efectos. Son tónicas, reconstituyentes y microbicidas. No hace falta que sean luminosas para esto. ¿Quiénes son los favorecidos? Los organismos que tienen la aptitud necesaria para aprovecharse de aquellas influencias. Esto es lo que regocija a las flores, haciendo que abran algunas sus capullos y que el girasol se vuelva como para contemplar al llamado Astro del día.

Ahora asoma por allí una mariposilla. Vuela y revuela al través del ramaje sin tropezar con las ramas. He aquí un ser que se aprovecha de la Luz. ¿Y por qué? Porque tiene organización adecuada. Por los ojillos de la mariposa penetran las ondas de fuerza natural. Aquella es la vía que conduce al medio luminoso. Allí es donde se forman las imágenes, pero de ningún modo en los pétalos de las flores, que viven en la Naturaleza. Para llegar hasta la Luz hay que ponerle alas a la flor. Hay que animarla dotándola además de unos ojillos como dos perlitas. En una palabra, es preciso cambiar

de organización, elevándola a un término superior, y así es como la flor puede recibir las influencias de la Luz después que se ha convertido en mariposa.

III

ERRORES CONCEPTUALES

Terminantemente hay que optar por una de estas dos cosas: O sale la mirada de los ojos, llegando hasta los objetos para verlos, o sale de los objetos una emanación de fuerza, la cual penetra por los ojos para que puedan ser vistos aquellos objetos.

Aparte de la observación racional y física que supone la realización de un hecho tan estupendo como es el de que pueda existir una fuerza que accione al revés de como accionan todas las fuerzas en la Naturaleza, cuya corriente se halla siempre en dirección contraria a la que establece su origen como punto de partida... Aparte de esta absurdidad, repetimos, si la Substancia que ha de darse a conocer no viene a nosotros para que la conozcamos, se comprende en seguida que de hecho no es posible el conocimiento, ya que tampoco se lleva a cabo la comunicación.

Por manera que hay que aceptar irremisiblemente el segundo término de aquella lógica disyuntiva.

Esto es, hay que aceptar que sale de los objetos una emanación de fuerza, la cual, penetrando por los ojos, se introduce en la cámara cerebral para entrevistarse con el Espíritu, quien así puede tomar conocimiento de la visita.

Empleamos estas formas gráficas y hasta casi pedestres de expresión, para que se nos entienda bien. Queremos despojar al fenómeno de la visión de todo misterioso subjetivismo. En la Ciencia de la Verdad no hay cábalas ni brujerías de ninguna especie. Todo es claro y sencillo, sin ocultaciones sofisticadas ni enredos sobrenaturales.

Los ojos no ven. ¿Cómo habrían de ver los ojos si no está en ellos la clave del conocimiento? Cada fenómeno corresponde a su fuerza. ¿Para qué, entonces, serviría la substancia que se conoce *en sí* elementalmente primero, para luego, elevándose, conocer a los demás?

¿Qué son los ojos? Vamos a decirlo. Son órganos reversores de aquellas emanaciones de fuerza que salen de los objetos. A la cámara cerebral donde se elabora orgánicamente el conocimiento no puede llegar ninguna onda de fuerza, como no sea desdoblándose, desde la esfera al círculo y desde éste al radio, por orden de extensibilidad geométrica.

Además, el fenómeno de la visión sólo puede operarse en los términos seriales que corresponden al Medio de fuerza luminosa, para que cada fuerza se corresponda con su semejante, porque son infinitas las plazas que existen en el Universo y tienen todos los seres que ocuparlas ordenadamente, Ley que no podría llevarse a debido cumplimiento,

si cada ser y cada cosa no estuvieran siempre ocupando el lugar estricto que les pertenece.

Sentados estos Principios de buena equidad y armonía, contraemos el compromiso, como es justo, de explicar las verdaderas causas que dan motivo a la producción de tan sorprendentes fenómenos.

IV

LAS IRRADIACIONES DEL ASTRO SOLAR

¿De dónde sale la fuerza natural que se irradia en todos sentidos y direcciones, o sea esféricamente? De todos los núcleos grandes y pequeños en ignición.

El Astro solar es un núcleo grande (núcleo de núcleos microorgánicos) y nos envía su fuerza por medio de ondas potentes. Sale del cuerpo del Astro arrastrando con su impulso inmensos aluviones de núcleos de Materia y fuerza viva; pero es Ley de armonía universal que la Materia no se esparza y derrame por la Naturaleza, sino que pertenezca al Planeta o mundo de donde se deriva.

Por esta Ley los núcleos materiales que la fuerza natural en irradiación arranca del cuerpo del Sol, siendo lanzados como mínimos proyectiles en ondas esféricas, se ven detenidos por las corrientes concentrativas de impulso contrario, formando con estos núcleos detenidos en su curso de irra-

diación la Atmósfera solar que modula en consonancia con la mayor o menor intensidad que poseen aquellos núcleos arrebatados por las explosiones de dicha fuerza natural.

Pero las ondas más puras de esta fuerza no detienen su curso. Atraviesan las regiones siderales y al traspasar nuestra Atmósfera, cuya Ley de formación es idéntica a la del Sol, como ya estudiamos oportunamente, arrastra también en sentido de la periferia al centro las partículas de aire ya irradiadas, y por consiguiente débiles para resistir la impulsión diurna de aquellas ondas solares, y son arrastradas y disparadas hacia la Tierra lo mismo que si fueran proyectiles, perseverando en la imagen expresiva que antes hemos empleado y que les cuadra admirablemente.

Estos proyectiles son los que producen el calor fecundo que el Sol extiende sobre todo el hemisferio terrestre, donde se hace sentir la benéfica influencia de aquellos disparos que desentumecen a las plantas, alegran a los pájaros y expansionan y regocijan a cuantos sobre la Tierra viven.

Esta granizada de invisibles y mínimos proyectiles impulsados por las ondas de fuerza natural que el Sol envía, chocan contra todos los cuerpos sobre los cuales consiguen hacer blanco, y los encienden, provocando en ellos una combustión que ya no es, naturalmente, como la del Astro solar, ni remotamente tampoco como la de cualquier otro foco en ignición.

Advertimos que nosotros entendemos que entra en combustión todo cuerpo o núcleo excitado del cual se irradian ondas de fuerza natural.

Por ejemplo: un cuerpo envuelto en sombra no se halla en combustión sensible porque no hay excitación en los núcleos que lo componen y no se irradia la fuerza natural que contienen.

Pero este mismo cuerpo recibe la descarga de aquellos mínimos proyectiles y ya se excita. Podríamos decir que ya arde.

Entonces se irradia también su fuerza natural en ondas, las cuales se esparcen en todos sentidos y direcciones, desprendiéndose esta fuerza natural de los núcleos que la contienen y que son los componentes del cuerpo atacado.

Y ¿cómo se desprende de tales núcleos excitados la fuerza natural que contienen? Esto parece no hallarse conforme con las verdades que hicimos observar al tratar del desarrollo que obtienen los núcleos merced a fuerzas de gran energía capaces de domar la resistencia de la envoltura natural que forma el cuerpo de cada núcleo.

Al contrario, las confirma y ratifica de un modo esplendoroso.

Cierto es que la invisible granizada de proyectiles que cae en ondas de fuerza solar sobre dichos cuerpos no tiene la suficiente energía para operar la descomposición de las partículas materiales, a fin de que pueda irradiarse parte del caudal de fuerza viva que los referidos núcleos contienen.

Y con semejante afirmación, ¿dónde está la confirmación esplendorosa que prometemos? En pocas frases se encierra.

Los núcleos microorgánicos no descomponen sus partículas al recibir el choque de aquellos mismos proyectiles; pero... *vibran*.

Recordemos cuanto dijimos en el capítulo que trata de la Ley de las vibraciones. Sólo es la Materia simple la que vibra. Las demás fuerzas no vibran. Se irradian.

Pues bien; el núcleo que se excita vibrando desprende también parte del caudal de la fuerza viva que en su seno contiene, pero en cantidad mínima. En ráfagas que luego pasan apenas termina la excitación o vibración de que se halla poseído.

Tales vibraciones pueden sucederse unas a otras uniformemente si los choques de los invisibles proyectiles no cesan.

Cuando estos choques terminan, la vibración no acaba bruscamente. Siguen los núcleos oscilando en relación de tiempo con la mayor o menor vibratibilidad en que se hallen colocados los núcleos puestos en vibración.

Por manera que la combustión de los cuerpos atacados por las ondas del Astro solar es muy delicada y exquisita. Se produce únicamente por las excitaciones que se operan en las partículas de Materia simple, las cuales repercuten entre sí con tanta velocidad que apura todos los cálculos de los físicos.

Pero aquí debemos hacer caso omiso de los admirables estudios que ha hecho la Física moderna en igual sentido, para ocuparnos sólo de los hechos cuya Ley de causalidad ha escapado a la investigación de la Física.

Se han producido dos irradiaciones consecutivas que son diferentes y tienen distintos orígenes, pero que se relacionan entre sí.

La irradiación solar produce la vibración de las

partículas de Materia simple que dan composición a los consabidos núcleos, sometiéndolas al choque o bombardeo de las otras partículas, que son arrebatadas a la Atmósfera por el impulso de las ondas de fuerza natural que del cuerpo del Sol se derivan.

Y esta vibración es causa de que se desprendan de los núcleos o cuerpos bombardeados otras ondas de irradiación también de fuerza natural, pero más intensas o exquisitas que aquellas otras que del Sol proceden, hasta el punto de hacerse tan imperceptibles que no solamente escapan a nuestra percepción sensible, pero también a los más potentes instrumentos auxiliares.

El resultado, en síntesis, nos conduce a esta verdad de carácter general: Todo cuerpo atacado por las ondas de la irradiación solar, entra en vibración y desprende nuevas ondas de fuerza natural más intensas que las anteriores y las cuales se irradian de un modo imperceptible en todos sentidos y direcciones.

V

LOS FOCOS EN IGNICIÓN

Los fenómenos que se producen por las ondas de fuerza natural que se desprenden del Astro del día se repiten con ligeras variantes en todas las irradiaciones que salen de los cuerpos en estado ígneo,

como las ondas que vierten los focos eléctricos, materias incandescentes y cuantas formas de combustión se producen por el fuego.

Las variantes entre las irradiaciones del Sol y las que se derivan de cualquier otro cuerpo en estado ígneo, dependen sólo de la menor energía con que se irradia la fuerza de estos últimos.

El bombardeo en el segundo caso resulta muy atenuado y los proyectiles no salen de la Atmósfera, sino de los propios cuerpos ígneos.

Al entrar en combustión estos cuerpos, los núcleos componentes se descomponen en cierto grado por la acción del fuego y desprenden parte de la fuerza natural que aprisionan.

Esta fuerza se irradia, mas para salir de su cárcel material tiene que hacer un gran esfuerzo y arrastra en su explosión millones de núcleos, los más intensos o que menos resistencia ofrecen, y las partículas materiales componentes de dichos núcleos son, en este segundo caso, las que hacen oficio de proyectiles bombardeando los cuerpos que les sirven de blanco.

Y ocurre como antes, a saber: que los cuerpos bombardeados entran en vibración y los núcleos componentes desprenden también sus ondas imperceptibles de fuerza natural, produciéndose por esta causa una segunda irradiación, muy distante de ser tan enérgica como la que se produce por estos mismos cuerpos cuando son bombardeados por los rayos solares.

Por el estudio que hicimos en el ya citado capítulo "Ley de las vibraciones", sabemos que los raudios de onda de las vibraciones se hallan en rela-

ción proporcional inversa con los radios de onda de las irradiaciones, y como el radio de toda onda en irradiación se determina por la raíz cuadrada de los grados de intensidad de cada onda, se deduce al punto por aquella relación inversa que a mayor intensidad en la fuerza de irradiación corresponde un radio menor en la onda de la vibración.

Por esta relación que une a las irradiaciones con las vibraciones, han sido engañados algunos físicos de los más ilustres atribuyendo a las variantes vibratorias los cambios observados en los fenómenos producidos por el calórico y la Luz, así como si estos cambios se operasen a merced de aquellas vibraciones y no al contrario.

A nuestro objeto principal sólo incumbe haber averiguado con la mayor certeza que la causa de tales vibraciones no obedecía sólo a la fuerza natural desprendida de los focos en ignición, sino a los proyectiles materiales que acompañan a tales irradiaciones, los cuales hacen vibrar con sus choques a las partículas de la propia materia simple que forman parte integrante de los núcleos componentes de los cuerpos sacudidos por tal granizada de proyectiles.

Estos disparos son invisibles para la óptica de nuestra mirada, mas no para la de nuestro Espíritu, y la prueba es que se hallan sometidos a nuestra inspección mental y podemos analizarlos y estudiarlos con mayor claridad todavía que si se hallasen al alcance de nuestra apreciación sensible.

El caso es que se reúnen en número tan considerable aquellos proyectiles y son tantos los aluviones y ráfagas de la fuerza natural que los impulsa,

que bombardean todos los cuerpos que encuentran dentro de su radio de acción, produciendo en ellos mayor o menor efecto en relación con la distancia que los separa del punto de partida donde se verifica la explosión.

Es decir, que si dichos proyectiles son disparados por un foco en ignición, abrasan la carne con su bombardeo a poca distancia y la calientan sólo desde más lejos, hasta convertirse en alterantes beneficiosos para activar las funciones de los órganos y en metralla microbicida que los limpia y desinfecta en muchos casos, como ocurre con las irradiaciones del Astro solar.

No hay que preguntar ni discutir la naturaleza del agente explosivo que produce estos arrastres. Es siempre la fuerza natural que se irradia en todos sentidos y direcciones.

No hay que pensar en ningún otro género de fuerza. Para que se sorprendan los físicos: La fuerza luminosa no se dispara en ondas como la fuerza natural. Para propagarse en todos sentidos y direcciones las ondas tienen que ser esféricas, y la forma que corresponde a la Luz pertenece al círculo, que es incorpóreo, porque sólo consta de dos dimensiones. La fuerza luminosa gira solamente dentro de la gran Esfera (la Naturaleza).

Las fuerzas naturales revelan su actividad irradiándose en serie de ondas. Las fuerzas luminosas revelan su actividad girando circularmente; de manera que la Luz no se propaga ni puede propagarse en el Medio-Atmósfera.

Claro es que semejantes verdades han de parecer muy extraordinarias, habida cuenta del desconoci-

miento que se tenía de la verdadera naturaleza de la Luz; pero hay que fijarse en otro hecho no menos extraordinario que pone a nuestra ciencia novísima en relación bastante cordial con la antigua y aun con la moderna Física. La Luz viaja. La Luz se propaga. La Luz circula por todos los ámbitos que le ofrece la Naturaleza... Esto es cierto; certísimo; pero viaja y se propaga dentro de aquellos mínimos *cerebros* a los que damos el nombre de proyectiles y que vienen a ser, en suma, nuestros núcleos microorgánicos o partículas de materia radiante, persistiendo en la clasificación que hicimos en otro capítulo.

En los choques que producen las vibraciones, cuyo estudio nos ocupa, vemos una reminiscencia del gran choque productor del Caos de origen y un nuevo testimonio de la Sabiduría Suprema que de tal modo se aprovecha de esos golpes de la Materia con la Materia para producir las irradiaciones que salen de los cuerpos y que, en definitiva, como pronto veremos, son las que producen las imágenes de dichos cuerpos en la esfera donde únicamente pueden ser producidas.

Estas mismas intermitencias que se ejercen en las irradiaciones de dichos cuerpos (si vibran irradian su fuerza y si no vibran no la irradian), ponen de manifiesto aquella Suprema Previsión a fin de que las imágenes no se produzcan de un modo permanente y pueda venir la noche y dar descanso a los órganos fatigados por el trabajo que realizan en el transcurso del día.

VI

LOS ÓRGANOS VISUALES

Prescindiendo ya en definitiva de las causas productoras del fenómeno general de la irradiación que se opera en todos los cuerpos atacados por las ondas que se desprenden de los focos ígneos cargadas de proyectiles, vamos a seguir a estas segundas irradiaciones en todo el desarrollo de su trabajo.

Esparciéndose dichas ondas en todos sentidos y direcciones, claro es que puede experimentar sus efectos cualquier espectador que se sitúe en la zona esférica donde el radio de acción de las expresadas ondas se haga sentir a nuestra apreciación sensible.

Se ponen en contacto dichas ondas con nuestros ojos, que son las dos ventanas que tiene el cerebro, que si están abiertas dan acceso a tales ondas, pero no acceso completamente libre, sino tamizado con ochocientas mil fibras y fibrillas, para que aquéllas se filtren y depuren antes de que les sea posible penetrar en el recinto sagrado al que damos el nombre de cámara cerebral.

De tres maneras se evita que las ondas visitantes no penetren en la cámara cerebral: o cerrando los ojos, o poniéndose a cubierto de la invasión, o apa-

gándose el foco ígneo cuyas ondas atacan al cuerpo que nos envía su irradiación. Y esta afirmación, que es muy pedestre, la hacemos para que se vea con conocimiento perfecto de causa que es la fuerza en irradiación la que viene a nosotros sin que nada salga de nosotros para ponerse en contacto con el cuerpo que se irradia.

Cada onda esférica, al ponerse en contacto periféricamente con los ojos, que son también esféricos, establece con ellos un punto de contacto que es tangencial en relación con el radio que pudiera trazarse desde el centro del núcleo de radialidad, productor de las ondas de irradiación, y el referido punto de contacto.

Por esta causa cada onda irradiada sólo puede penetrar en aquellos órganos reversores por un punto. De modo que sólo una partícula de fuerza natural penetra en el cerebro, desintegrándose de cada onda.

Ahora bien; como la serie de ondas es sucesiva, resulta que tras una partícula penetra otra de la misma naturaleza y se van internando en los ojos, pero en forma que viene a ser como la prolongación de una línea recta que une el centro de las ondas con aquel punto tangencial.

Claro es que ha debido comprenderse que esta desintegración se refiere sólo a una serie de ondas; pero como en conjunto se trata de trillones de series con sus respectivos y diferentes puntos tangenciales, resulta que la invasión se hace simultáneamente por un aluvión de fuerza natural dividida en mínimas partes, con el fin de que ofrezcan la

resistencia mínima y el trabajo complicadísimo de los ojos pueda realizarse.

Este trabajo no se verifica ni puede verificarse instantáneamente, porque no hay trabajo alguno que pueda llevarse a efecto sin que transcurra algún tiempo.

Por esta causa tiene que detenerse el curso de la invasión por el tiempo mínimo que es necesario emplear en la filtración y depuración de la Fuerza invasora.

Y este trabajo de filtración y depuración se hace tan preciso porque no sólo solicitan la entrada en el cerebro las ondas de suave irradiación producidas por el bombardeo de las energías que se desprenden de los focos ígneos sobre los cuerpos, pero también estas propias energías cuyas ondas están cargadas de proyectiles.

La diferencia del trabajo de depuración que realizan los órganos visuales se nota al punto cuando en primer término nos encaramos con el Sol para mirarle. Inmediatamente sentimos la necesidad de apartar la vista, porque no podemos resistir aquel bombardeo; pero si dirigimos la mirada a una flor, por encendidos que sean sus colores ya no sentimos aquella quemazón y fatiga en los ojos.

Se advierte de un modo clarísimo que es sólo la Fuerza viva o natural la que puede penetrar en el cerebro al través de los ojos, y la certeza de este hecho puede documentarse de un modo experimental.

En medio de un campo, a pleno Sol, con una simple cuartilla de papel proyectamos su sombra en el suelo. ¿Es que la fuerza natural no puede tras-

pasar el cuerpo delgado y tenue del papel? Nada de eso.

El papel hace oficio de escudo contra los proyectiles que son arrastrados por las ondas de la fuerza natural.

Esta fuerza traspasa el papel, cosa que ya no pueden hacer aquellos proyectiles, y el resultado no puede ser más significativo. La parte de tierra escudada por la susodicha cuartilla no entra en irradiación porque se libra del bombardeo de los proyectiles que cae en torno como una invisible granizada, haciendo vibrar a los núcleos que dan composición a la tierra atacada.

El terruño cubierto no vibra y aparece en el suelo como un retazo de sombra, por la causa que ya hemos descrito. El cuerpo que no vibra no irradia su fuerza natural y tampoco sale de la sombra.

Esta es la primera parte de nuestra experiencia. Falta la segunda.

Hemos dicho que la fuerza natural que puede tener receptibilidad en el cerebro traspasa el papel; pero la fuerza natural pura o descargada de aquellos proyectiles no tiene bastante energía para hacer vibrar a la Materia.

Pero pongamos allí mismo, en el terruño donde se proyecta aquel retazo de sombra, un espejo y ¡oh prodigio! Ya no aparece la superficie del cristal velada por la sombra. Semeja, por el contrario, que allí mismo se abre una pequeña ventana, la cual da acceso a un misterioso recinto donde aparece retratada la imagen de la cuartilla del papel que sigue sirviendo de escudo determinado por la cara

que hace frente al Sol a los susodichos proyectiles.

¿Cómo se explica este fenómeno? ¡Ah! Muy bien. La fuerza natural que se cuela al través del papel se refleja en la superficie del cristal, invierte su dirección y penetra por nuestros ojos en el cerebro muy suavemente porque viene descargada de partículas materiales, lo cual prueba que el primer filtro de dicha fuerza natural se halla en el papel atenuando el trabajo de la depuración que tiene que hacer el otro filtro de más de ochocientas mil fibras y fibrillas, como averiguara Helmholtz.

Y aun hay otra prueba más directa. Poniendo la misma cuartilla delante de nuestros ojos y mirando al Sol cara a cara vemos a la propia cuartilla sin fatiga de ningún género exactamente lo mismo que cuando su visión fué producida indirectamente por la reflexión que tenía en la superficie del espejo.

Ni directa ni indirectamente se ve la sombra que primeramente se proyectaba en el terruño.

VII

LAS VIBRACIONES EN EL CEREBRO

Es evidente que sólo nosotros nos hallamos facultados para resolver estos hondos problemas por el auxilio que nos prestan las verdades que inquirimos anteriormente.

Desconociéndose la existencia del Medio universal y no teniendo noticia de la formación de los núcleos microorgánicos, imperceptibles redomas de Materia simple que contienen, no sólo a la fuerza viva de la Naturaleza, pero también a la substancia luminosa y al *Eter divino*, como así puede calificarse a la fuerza espiritual, no fuera posible dar la explicación precisa y única que tienen los fenómenos luminosos.

No se le podría decir a ningún sabio que el Sol y cuantos focos se encuentran en estado ígneo no son cuerpos luminosos, sin ofrecerle con la debida antelación los datos que son indispensables debidos al laborioso trabajo que hemos hecho y que justifica aquel extraordinario aserto.

Quedamos en que a la cámara cerebral sólo pueden penetrar las ondas de fuerza viva previamente filtradas y depuradas por los órganos de la visión, y aun reversionadas a los grados intensos que por coloración rítmica conducen a la forma del Círculo luminoso desde la fuerza natural que es esférica. Así es que los ojos deben calificarse también de órganos reversionadores.

Atacan al cerebro las ondas invasoras y se produce la vibración de los núcleos microorgánicos que lo componen, que ya son más intensos y puros que aquellos otros que dan composición a los cuerpos de Materia vivificada.

¿Y por qué son estos núcleos cerebrales más intensos y puros? Porque son mínimos cerebros donde ya no se contiene fuerza natural sino fuerza luminosa en sus diferentes grados de intensidad.

El fenómeno que se produce en el cerebro y el

que se produce en los pétalos de una flor, por ejemplo, viene a ser semejante, pero en grado distinto. Ambos se ponen en vibración porque son atacados de una fuerza que los excita.

La que hace vibrar a la flor es más densa que la que hace vibrar al cerebro, porque tiene que chocar contra una resistencia que es mayor.

Producidas las dos vibraciones, la flor desprende fuerza natural y el cerebro se irradia mientras vibra su fuerza luminosa. Aquí están señaladas las diferencias que distinguen a los dos hechos semejantes.

Los núcleos cerebrales al vibrar desprenden ráfagas de Luz. Está bien; ¿pero adónde van estas ráfagas?

Hétenos de nuevo en el hecho portentoso que ya estudiamos en nuestro capítulo "Ampliación al estudio de formación de los organismos".

Aquella Luz se irradia en la Escala del Medio en el término preciso de la propia substancia luminosa. Recordemos siempre que no puede verificarse fenómeno alguno como no sea en el Medio de fuerza equivalente.

Se irradia en el Hombre interno, que es a la vez luminoso, espiritual y cualitativo, como ya sabemos: prolongación del Hombre externo, que pertenece a la Naturaleza y que se halla soportado por el organismo material.

La fuerza así irradiada en el cerebro gira desde el Hombre externo a la Atmósfera invisible que acompaña al Hombre interno, y allí es donde se produce la imagen luminosa del cuerpo que nos envía sus ondas de irradiación.

¿Y por qué la vemos? Porque ver es conocer. El Hombre tiene una conciencia elemental que se conoce *en sí*. Mas luego esta fuerza consciente se hace más intensa y adquiere la facultad de conocer a los demás. De aquí se deriva la memoria, conforme ya veremos más adelante dentro de un amplio estudio.

La Luz que se irradia del cerebro modula en aquella Atmósfera espiritual del Hombre interno que convive con el externo, y se convierte en fuerza radial o del Espíritu, y en aquel término queda, terminando allí su desenvolvimiento y convirtiéndose en depósito atesorado de la Memoria, patrimonio también del ser interno.

Tenemos los siguientes hechos correlativos: Penetra en el cerebro la fuerza natural, bien sea de un modo directo, procedente del foco en ignición, bien sea de un modo indirecto, por las irradiaciones que se producen por los cuerpos que vibran. El cerebro, al contacto de la fuerza invasora, vibra también y derrama su Luz, y esta Luz se convierte seguidamente en fuerza radial o del espíritu.

Geométricamente, en la realización de estos hechos se pasa desde la esfera (Fuerza natural) al Círculo (Fuerza luminosa), y del Círculo al Radio (Fuerza psíquica).

Cesa la irradiación externa, cesa al punto la vibración del cerebro y se interrumpe la visión interna; pero no han desaparecido los elementos radiales que hasta entonces se generaron a merced de los anteriores fenómenos luminosos.

Por semejante causa podemos hacer memoria de las imágenes que fugazmente se forman a nuestra

contemplación espiritual, porque los ojos *no ven*, como ya se habrá comprendido.

Contemplamos un objeto cualquiera. Cerramos los ojos y la imagen desaparece. Nos envolvemos en la obscuridad. ¿Qué queda? El recuerdo de aquella imagen. Eso es lo que no se borra. ¿Y por qué no se borra? Por la causa que hemos expuesto. Porque se conservan los elementos radiales que ponen límite al desarrollo serial de aquella fuerza luminosa desprendida de los núcleos microorgánicos del cerebro.

Ya pueden los biólogos analizar profundamente toda la estructura de aquel centro prodigioso. No encontrarán el refugio recóndito de la Memoria, ni el lugar interno donde se anida el Alma; pero sí que pueden encontrar sus términos de derivación en el Alcázar cerebral externo, donde se hallan prodigiosamente enlazados entre sí todos los resortes materiales que sirven de soporte a cuantos fenómenos se producen en el Hombre interno.



CAPITULO V

LA LUZ DE COLOR EN LAS IMAGENES

I

CAUSAS DIFERENCIALES

Es evidente que formándose la imagen de los cuerpos no en los cuerpos mismos, sino fuera de ellos, a merced de las emanaciones de fuerza natural y no luminosa que de tales cuerpos se desprende, tampoco les pertenece la Luz de matizados colores con que aparecen engañosamente revestidos. Estos matices de color no están en los cuerpos, sino en sus formas o imágenes generadas por el procedimiento explicado.

Como a la diversidad de las causas sucede la diversidad en los efectos, acontece que aunque se trata de un mismo foco invariable (el Sol en este caso), de donde se irradian las mismas ondas de fuerza natural para todos los cuerpos sometidos a su influencia, las variantes de la fluxión dependen aquí de la mayor o menor intensidad o radialidad que tienen los mismos.

En los que tienen mayor radialidad las ondas se producen en mayor número y son más intensas.

Esta variante de densidad tiene su efecto correlativo en el trabajo de desdoblamiento de la fuerza que realizan los órganos reversores.

La actividad diferente de la Fuerza viva que contienen los núcleos hace más intensa o menos intensa su vibración. A mayor intensidad menos caudal de fuerza viva y mayor número de vibraciones y, por consiguiente, la serie de ondas alcanza también a términos más altos. Estos hechos se corresponden entre sí correlativamente, pero en orden inverso.

Por semejantes distingos unas ondas penetran más activamente que otras en los órganos reversores, verificando también con mayor actividad su depuración y desdoblamiento.

Ocurre con los matices varios con que aparecen vestidos de color los cuerpos materiales, un hecho idéntico al que se produce por la variedad de las substancias.

Los núcleos más vibrantes alcanzan a tonos más altos. Los que emiten menor número de vibraciones, a tonos más bajos, porque sus irradiaciones correlativas son más intensas en el primer caso que en el segundo.

Al punto se advierte que estas diferencias de intensidad y actividad han de producir necesariamente en el cerebro vibraciones distintas y por causa inmediata irradiaciones luminosas de la misma variedad, cuyo ritmo diferencial ha de ajustarse al propio ritmo que traen las ondas.

La organización del cerebro por lo que se refiere a los núcleos componentes, se halla determinada por

una escala modulada de tales núcleos, habiéndolos por trillones de cada término serial.

Unos contienen fuerza luminosa de color azul, otros verde, otros roja, etc. Se encuentran dentro de aquellas mínimas redomas todos los matices de Luz de color que aparecen en el prisma.

El prodigio que nunca puede ser admirado como merece por nuestro Espíritu, consiste en que cada uno de aquellos trillones de núcleos de diferente intensidad, y por lo tanto de distinto color, sólo vibra cuando es atacado por una fuerza invasora del mismo grado.

Para producir este efecto las fuerzas invasoras, que también se diferencian serialmente, como antes expusimos, se ramifican a fin de que puedan establecerse aquel sinnúmero de concomitancias que son precisas, correspondiéndose de este modo las vibraciones de los núcleos, por las cuales se producen las irradiaciones de la fuerza natural de los cuerpos con las vibraciones de los núcleos cerebrales, por cuya acción éstos irradian la fuerza luminosa que contienen y que es la que da producción a las imágenes de aquellos mismos cuerpos, con sus matices de color distintos.

Y he aquí establecida la diferenciación que hace distintos aquellos tonos en relación con la mayor o menor energía que traen las ondas. Así es como se producen los colores. A cada variante de radiación en los cuerpos corresponde otra de luz de color en las imágenes.

Vemos una rosa al resplandor del día, roja como la púrpura, y ya podemos decir que aquella rosa

tiene más radialidad que la flor azul que a su lado campea.

Este conocimiento lo adquirimos por la relación de mayor a menor grado que tiene el color rojo respecto del azul en la escala de tonalidades diferentes que nos ofrece el Iris.

Hacemos pasar una corriente de fuerza natural, producida por las ondas de irradiación de un foco en ignición, al través de un cristal rojo y otro azul, consecutivamente, y observamos que todos los objetos influídos se coloran de igual modo respectivamente.

¿Qué observación hacemos en este caso? La misma que antes hicimos.

En el cristal rojo se ha infiltrado una materia que tiene la misma radialidad que los pétalos de la rosa, y en el cristal azul se ha infiltrado otra materia cuya composición corresponde a la flor también azul.

En la tela cinematográfica no hay variantes de intensidad.

Sometido a la acción de un flujo eléctrico uniforme, se ilumina toda su superficie del mismo modo, ofreciendo el tono blanco.

Esto indica que la fluxión o irradiación que de ella se desprende es unísona y de un mismo grado de intensidad.

Para que las fluxiones ofrezcan variantes de intensidad es necesario que la superficie de la tela sea atacada también de un modo distinto o con energía de diferentes grados. En este caso las variantes deben producirse en el foco eléctrico que se vierte sobre la susodicha tela.

Estas variantes de intensidad se repiten luego al generarse las fluxiones o irradiaciones que se desprenden del lienzo y cuyas variantes son las que producen los diferentes tonos de la visión.

Recalcamos estos hechos para que se entienda bien que la irradiación del foco eléctrico no se refleja en aquel caso sobre la tela. Sirve sólo para producir las fluxiones y vibraciones que se operan sobre la superficie de dicha tela.

Se realizan aquí dos trabajos diferentes que corresponden a dos funciones distintas correlativas.

En el caso de la visión que ofrece una flor matizada de distintos colores, la causa de las variantes de intensidad en la fluxión ya no se halla en la irradiación que la produce.

En este segundo caso, el Sol o el foco ígneo que generan la fluxión que sale de la flor, son invariables en su tono de intensidad. Los matices se derivan del cuerpo de la flor en irradiación porque en él se encuentran secciones que no poseen la misma radialidad, y así la fluxión es también variada, notándose estas diferencias de intensidad en la composición de la imagen.

Expliquemos esto más sucintamente, huyendo de todo engañoso subjetivismo.

Las ondas de fuerza natural que salen de la tela cinematográfica a la acción de cualquiera de las irradiaciones de un foco en ignición son todas de la misma intensidad. Al desdoblarse en el tamiz de los ojos y hacerse luminosas, producen el mismo tono blanco. Se trata, pues, de ondas que se irradian con energía de un mismo grado.

No importa que disminuya o acrezca la potencia

del foco luminoso. La intensidad del foco es siempre la misma y no modula. Por esta razón aquel tono de la tela resulta siempre blanco, porque una cosa es disminuir la potencia de una fuerza y otra es disminuir su intensidad. La tela podrá verse a media luz, pero siempre del color blanco.

Ahora bien; si hacemos pasar la corriente del foco eléctrico al través de una película matizada de colorido, entonces la energía impulsiva modula en grados diferentes, tantos como matices de color tiene la película, y al atacar la superficie de la tela actúa sobre ella con intensidades que ya son diferentes.

En este segundo caso las energías impulsivas que se desarrollan en dicha superficie se subordinan a las diferencias de intensidad del ataque, y los mismos núcleos que antes ofrecían el tono blanco en la producción de la imagen, al vibrar en grados que también difieren, ofrecen ahora distintos tonos de luz, o sea de color, siempre menores que el tono blanco, que es el más intenso que producen los propios núcleos cuando son atacados sin que modulen las ondas que se irradian de dichos focos luminosos.

Y lo mismo pasa con las flores. Si enfocamos sobre una azucena una corriente eléctrica luminosa la imagen resulta de nítida blancura; pero si antes de atacar a la flor hacemos que pase la corriente al través de un cristal pintado de rojo, veremos que la azucena se tiñe del mismo color.

La explicación de este fenómeno es exactamente la misma que hemos dado para explicar el de la tela.

Las ondas que salen de la azucena se irradian

con una velocidad que se pone en relación con los grados de intensidad que la producen, y el desdoblamiento de dichas ondas al penetrar por los ojos se gradúa del mismo modo. Así es que la sustancia luminosa que vierten en el cerebro las microscópicas redomas difieren también de grado en los tonos de la Luz.

Se nos puede objetar que no se comprende la causa por la cual los núcleos cerebrales al verter su Luz dejen de hacerlo casi instantáneamente, ya que cerrando los ojos desaparece al punto la imagen que produce.

Todo es armónico y grande en el Universo. Si cada núcleo se convirtiese en microscópica fuente que vertiese sin cesar sus raudales de luz, todo se confundiría y mezclaría, no tendrían sucesión los colores diversos y las imágenes no podrían organizarse.

¿Qué causa evita semejante desorden? La única que pueda evitarle.

La Luz que vierte cada núcleo pertenece a uno solo de los términos de la serie. Se opera la vibración y asoma la llampada luminosa que corresponde al mismo grado.

Para que se vierta nueva Luz hay que operar una nueva vibración.

¿Y no se agotan estos núcleos en cada vibración? Cuando se excitan vuelven a vibrar y a derramar nueva Luz.



CAPITULO VI

EL REFLEJO

Ahora tenemos que dilucidar una nueva cuestión que comprende a otras formas de producción de los fenómenos luminosos.

Un foco en ignición provoca, al bombardear los cuerpos con sus ondas de proyectiles, la irradiación de éstos.

Las ondas que salen de los pétalos de una rosa penetran al través de nuestros ojos y organizan la imagen intangible en el Medio luminoso, pero su fuerza al irradiarse ya no alcanza a producir una tercera irradiación en todos los cuerpos al alcance de nuestra apreciación sensible.

Colocamos una rosa de fuerte púrpura al lado de un jazmín y éste no se tiñe de rojo. Sigue siendo blanco, lo cual prueba que la irradiación que se produce en la rosa ya carece de energía para producir una tercera irradiación.

Y hemos dicho en todos los cuerpos porque re-

sulta una excepción. ¿Dónde? En las lunas de los espejos, en la superficie de los lagos y en todas las superficies abrigadas.

Situamos aquella misma rosa frente a la cara de un espejo y también las irradiaciones que salen de su cuerpo influyen para producir una nueva imagen, así como la primera pertenece al foco en ignición para encender a la rosa y la segunda pertenece a la propia rosa hasta producir una tercera influencia en la superficie de cristal del espejo.

Al punto advertimos que este fenómeno se sale de las explicaciones que hemos dado para demostrar la causa de producción de los anteriores. Necesario es tomar otro rumbo.

Desde luego puede afirmarse que la irradiación que sale de la flor hostigada por los rayos solares o por cualquier otro foco en ignición carece de la energía suficiente para provocar en la superficie de otro cuerpo, sea éste cual fuere, una nueva irradiación con energía suficiente para penetrar en nuestra cámara cerebral. Esto ya lo hemos manifestado.

Pero ocurre que la visión de la rosa se produce en la cara del espejo de tal manera que podemos apreciar la imagen sin dirigir nuestras miradas a la flor directamente. ¿Cómo es esto?

Para dar explicación de tal fenómeno tenemos que descartar las causas que son incapaces de producirlo.

Podemos pensar sin vacilaciones de ninguna clase que puesto que la irradiación de las ondas que salen del cuerpo de la rosa no pueden hostigar la superficie del espejo con la energía suficiente para provocar en ella una nueva fluxión o irradiación,

necesario es aceptar que son los propios disparos que salen de la consabida flor los que atacan nuestra retina y las mismas ondas que penetran en nuestro cerebro, por vía indirecta.

¿Y cómo? Naturalmente, rebotando en la cara del espejo (digámoslo así de un modo bien gráfico y contundente).

Las ondas que se disparan del cuerpo de la rosa rebotan en la luna azogada del espejo y de rechazo vienen a nuestros ojos, se internan en el cerebro y dan producción a la imagen en la forma que ya hemos estudiado.

Así es que da lo mismo contemplar a la rosa directamente que contemplarla por la vía indirecta que ofrece la cara de dicho espejo. Como que son las mismas ondas las que dan copia a la común imagen.

Pues bien; a este resbalamiento de las ondas de irradiación se le llama *reflejo* en Física.

Nosotros tenemos una manera especial de decir las cosas, y se nos debe perdonar esta especialidad de la expresión atendido a los móviles que nos guían y que consisten en hacer muy comprensibles nuestras explicaciones.

Mas ¿por qué resbalan o se reflejan las ondas de irradiación? Este es un nuevo problema.

Insistamos en el ejemplo de la rosa, holgando advertir que lo que sucede con una flor sucede con todos los demás cuerpos en mayor o menor escala.

Observemos lo que ocurre en el caso que vamos a referir.

Situemos a dicha flor frente a un objeto material que puede pulirse o abrillantarse, y no se ad-

vierte alteración ninguna en dicho objeto. Este se ofrece a nuestra contemplación como si no se hallase casi junto a la rosa.

Luego lo pulimos o abrillantamos por una de sus caras situada de tal modo adecuado que no se salga de las condiciones experimentales que apetecemos, porque también acontece que si la superficie de un espejo no ocupa una posición adecuada no llega a nuestros ojos el reflejo.

¿Y qué sucede así que pulimos y abrillantamos aquel objeto material a cuyas inmediatas cercanías se halla la rosa?

Sucede que las ondas que salen de la flor ya se reflejan en aquel cuerpo que hemos abrillantado y vemos la imagen de la precitada rosa lo mismo o parecidamente igual que si se reflejara en la cara de un espejo.

De manera que la causa de que se reflejen o no aquellas ondas estriba en que se halle o no abrillantado dicho objeto.

De este modo se pone de manifiesto un hecho que debemos consignar.

La rosa se halla en constante irradiación, motivado por los rayos solares o por otras irradiaciones derivadas de los focos en ignición llamados luminosos; pero dicha irradiación no tiene energía suficiente para determinar en otros cuerpos nuevas llamaradas invisibles. Pero si estos mismos cuerpos se abrillantan, el choque, que en el primer caso no se opera de un modo sensible a nuestros ojos, produce, en el segundo, el reflejo de aquéllos, determinándose de este modo la indirecta imagen.

¿Y por qué se reflejan en un caso y no en otro?

Porque pulir un cuerpo y abrillantarle es lo mismo que revestirlo de una tupida coraza a cuyo través no pueden penetrar las referidas ondas, y naturalmente son rechazadas por aquel dique que se opone al trabajo de su penetración.

Y lo mismo que son rechazadas las irradiaciones de las flores son también rechazados los proyectiles que más vigorosamente son impulsados por las ondas de fuerza natural que el Sol desprende, recordando que dicha fuerza es la pólvora que da impulsión a los citados proyectiles.

Así ya podemos orientarnos por completo.

Si el Sol ataca a un objeto y vemos que este objeto nos envía sus irradiaciones para producir su imagen en todas sus variantes de forma y color, se demuestra que los rayos solares al chocar contra la superficie de dicho objeto avivan a sus partes mínimas componentes de materia radiante, produciendo en ellas las vibraciones y explosiones de fuerza natural que contienen.

En este caso la actividad de los rayos solares se emplea en este trabajo de producir una nueva combustión en la superficie de aquel objeto puesto a prueba; mas si vemos a la propia imagen del Sol en dicha superficie a causa del propio ataque, entonces ya podemos afirmar que aquella actividad sale intacta o casi intacta del choque y que se emplea de rechazo para producir indirectamente la imagen del referido Astro.

Y son muchos los fenómenos de reflexión que podemos citar en apoyo de estas aseveraciones.

No siempre las ondas son repelidas por las super-

ficies azogadas o brillantes con la misma enérgica repulsión.

Unos espejos la ofrecen más integralmente que otros. Esto indica que el reflejo no es total y que las ondas que lo atacan accionan sobre las partículas de materia radiante componentes del cristal y aun del azogue, las que son más intensas, produciendo en dichas partículas disparos más o menos pronunciados.

Por semejante causa, a la vez que podemos apreciar el modo de ser del cuerpo que se refleja, advertimos que el cristal o la superficie abrillantada es más o menos refractaria para despedir a las ondas que en ella hacen blanco.

Las facetas de los brillantes son las que con mayor integridad producen tales fenómenos por la vía indirecta del reflejo.

Cuando estos reflejos o destellos se tiñen de alguna coloración, formando aguas violáceas o de otro matiz, el brillante ya no obtiene la tasación más valiosa. Para obtenerla es menester que el reflejo se produzca con fulgores de nítida blancura.

Aquí tenemos un ejemplo del caso anteriormente expuesto. Si hay coloración en tales fulgores o destellos se patentiza el hecho de que las ondas que atacan al diamante no son totalmente rechazadas y que algunas de ellas producen la refracción en la piedra preciosa, lo cual indica que en ella las partes mínimas componentes son menos simples que las que dan composición al diamante, cuyos fulgores son blancos por completo.

La consecuencia que deducimos de semejantes hechos es que en el diamante se encuentra la Mate-

ria en el estado de mayor simplicidad que cabe en lo posible, o, dicho en otros términos todavía más comprensibles: en el diamante de la mayor pureza se encuentra la Materia menos vivificada, siendo por lo tanto la que contiene menor caudal de fuerza viva y la que más rebelde se mostró a la influencia del *hálito divino* al producirse el *Caos*.

Y de consecuencia en consecuencia, asociando y relacionando los juicios, llegamos al descubrimiento de esta Verdad: La Materia simple se halla en el diamante de total pureza.

Y aplicando esta Verdad a los globos materiales, donde se halla el límite de la condensación de la fuerza natural efectuada por las inversiones de la Fuerza pertenecientes al ciclo de la Evolución directa, también podemos afirmar que esos globos de Materia en total simplicidad que navegan en giro errático por las regiones siderales, son de diamante en su estado de pureza máxima.

Y al punto advertimos que si son de diamante tienen que reflejarse en sus caras poliédricas las irradiaciones del Sol con los fulgores más intensos, y que estos fulgores han de llegar a nuestros ojos produciendo a la visión las colas brillantes que acompañan a dichos globos; pero este estudio merece tratarse en capítulo aparte, y esto es lo que haremos después que obtengamos nuevas averiguaciones que confirmen en un todo la teoría de la visión que estamos desarrollando.



CAPITULO VII

LA REFRACCION

I

OBLICUIDADES DEL PRISMA

Repetimos aquí lo que ya dijimos al comienzo:

La Fuerza impulsiva que arrastra a los núcleos microorgánicos, disparándose en todos sentidos y direcciones, es la fuerza natural que sale de los primeros desdoblamientos de los propios núcleos. Ese es su trabajo, y lo realiza admirablemente. Sus ondas de irradiación van mezcladas con aluviones de núcleos. La irradiación de todos los cuerpos es general para que puedan ver todos los seres que tienen cerebro, desde el Hombre hasta la mariposilla.

Viene la noche y todo queda envuelto en la obscuridad, porque ya no se enciende la materia vivificada y no estallan los explosivos que producen la general conflagración.

Todas las imágenes incorpóreas deben su forma-

ción a una causa común dentro de los fenómenos que estudiamos.

Las diferencias dependen sólo de las variantes de la fuerza natural cuya energía impulsiva es mayor en unos casos que en otros. Estas variantes son las que influyen en sus desdoblamientos y, por consecuencia, correlativa en las imágenes que producen.

Por esta generalidad de la causa común resulta que todos los fenómenos luminosos se explican del mismo modo.

El fenómeno de la refracción no se sale de esta Ley general. Del prisma tienen que salir las ondas que dan formación a la escala de los siete matices que tiene el colorido.

¿Y cómo se verifica este fenómeno, siendo la irradiación del foco ígneo de la misma intensidad y no hallándose de un modo permanente aquellos colores en el prisma?

Si persistiesen los colores en las caras del prisma, el fenómeno se explicaría como ya explicamos el colorido de las flores. En semejante caso, como las tonalidades distintas del color se deben a los diferentes grados de la intensidad, diríamos que en el cristal hay núcleos de composición unos más intensos que otros, y que estas diferencias de actividad se hacían ostensibles al producirse la imagen en el Medio luminoso.

Pero la coloración en las caras del prisma aparece y desaparece alternativamente a cualquier cambio de posición que en ellas se verifique en relación con la que ocupa el observador.

El cristal de forma plana, cuando es atacado por

una fluxión de ondas, se ofrece en su transparencia de un modo constante. La fluxión que se desprende de su superficie y que da producción a la imagen en el cerebro, no tiene variantes de densidad. Sus ondas son igualmente intensas. Si el cristal es blanco, se ve siempre blanco; si azul, siempre azul, etc.

Pero esto no ocurre así cuando el cristal es de forma prismática; luego la causa del fenómeno de la coloración y sus variantes debe atribuirse a la forma y no a las diferencias de los núcleos componentes del cristal.

Los colores, sin embargo, se producen por estas mismas diferencias; luego hay que aceptar que las ondas de irradiación que atacan las caras del prisma modulan al penetrar en aquel cuerpo.

De este modo hieren u hostigan a los núcleos componentes del cristal de un modo que es también variable. Unos son atacados más activamente que otros y la fluxión que se deriva de tales núcleos responde a dichas variantes, ofreciendo también sus ondas con intensidades distintas y produciéndose de este modo en el campo de la visión los tonos de color diferentes.

Dando giros llegamos siempre al punto común de arribada, a la misma explicación.

El disparo de ondas con aluviones de proyectiles se hace en el cristal con arreglo a las energías distintas del ataque, provocándose vibraciones que son también distintas.

El hecho de que estas vibraciones comprendan en este caso a toda la escala del colorido es la más

firme demostración de la legitimidad de nuestros asertos.

Efectivamente; aquí no se trata de este o del otro matiz de color que pudiera fijarse de antemano, conociendo la intensidad de las ondas de ataque. Se trata de que éstas alcanzan, por la modulación que en ellas se opera en las caras del prisma, a todos los matices.

Sería muy sorprendente y extraño que no habiendo variantes en la energía del ataque saliesen del prisma ondas de fuerza viva cuyo desdoblamiento no se verificase del mismo modo general para producir los tonos de Luz de toda la escala.

Por tales conceptos el fenómeno de la refracción puede explicarse en síntesis del modo siguiente:

Las ondas de irradiación que salen de todos los cuerpos ígneos, al atacar un cuerpo de cristal de caras prismáticas, modulan en relación con la oblicuidad que el cuerpo ofrece a la acción del ataque. Este es más o menos activo, según se halle más o menos oblicuado o soslayado.

Por esta causa las vibraciones de los núcleos componentes del cristal son más o menos intensas en relación con la mayor o menor intensidad del golpe o choque recibido.

Despiden estos núcleos vibrantes sus ondas de irradiación natural con velocidades que son también distintas en relación con el número de las vibraciones producidas.

Y estas diferencias de actividad y velocidad son las que determinan luego en los núcleos cerebrales sus diferencias de vibración y correlativamente de las irradiaciones luminosas que de ellos se derivan.

II

FENÓMENOS SORPRENDENTES

Si encendemos un palo por un extremo y lo hacemos girar por el otro, a estilo de radio, la llama, en la obscuridad, proyecta la circunferencia, siempre que la velocidad sea suficiente para cerrar el círculo.

La explicación también es muy sencilla. Las ondas, para depurarse en los ojos reversores, tienen que realizar un trabajo, y no hay trabajo alguno que pueda realizarse sin que transcurra un tiempo dado, por insignificante que éste sea.

Así ya puede comprenderse que hay retención en dichos órganos y que esta retención es causa de aquel fenómeno.

Con efecto. Una onda penetra en las fibras y fibrillas del órgano, y antes de que salga para ir a ocupar su puesto en el cerebro, ya ha penetrado otra onda, cuyo radio ocupa otra posición giratoria. Así es que este segundo desdoblamiento tiene también una imagen que se corresponde con la primera por orden correlativo y en forma de circunferencia.

Si la velocidad de la llama no es mucha entonces, el círculo luminoso no se cierra, por la sencilla razón de que este círculo tarda más tiempo en ce-

rrarse que el que emplea cada onda en llevar a cabo su total invasión.

Por semejante causa podemos afirmar que el tiempo que tarda en cerrarse a la visión aquel círculo luminoso es el que emplea la onda para filtrarse.

La velocidad, en este caso, se pone en relación proporcional con la visión.

Dada aquella unidad de tiempo en segundos o fracciones de segundo, según la longitud que tenga el radio, la mitad de la velocidad produce en la visión una semicircunferencia luminosa. La cuarta parte un cuadrante y todos los demás sectores por orden correlativo.

Si la llama del palo, en vez de dar la vuelta en la obscuridad, toma una dirección cualquiera, en línea recta, con la misma rapidez y tiempo con que gira para cerrar el círculo, entonces se ve una línea de fuego cuya longitud se mide por el número Pi. Este es el fenómeno que producen los meteoros al cruzar rápidamente ciertas regiones de la Atmósfera, dejando tras sí una estela luminosa.

III

ANÁLISIS ESPECTRAL

Es muy difícil llegar al conocimiento verdadero de las causas que motivan un hecho, cuando éste se ofrece a la contemplación sensible de un modo que resulta, en la apariencia, contrario a su ley de producción.

Hasta tal punto es exacta nuestra afirmación, que aun dando a conocer las verdaderas causas del fenómeno, se niega el entendimiento a darles crédito, aun tratándose de espíritus cultivados por el saber.

¿Cómo ha de convencerse nadie de que la forma debe su composición a una fuerza y el cuerpo a otra? Y, sin embargo, bien cierto es que pueden separarse en el fondo aparentemente abierto de un espejo.

¿Y cómo se ha de creer que el color no se halla en las flores, ni en las pinturas de los cuadros, ni en el paisaje colorista, ni en el iris, etc.? Y, empero, es también mucha verdad que la coloración aparece y desaparece en las facetas del cristal, y en las nubes, y en las aguas de los mares que unas veces verdean y otras se ofrecen a la vista como si fueran azules.

Persuádase a nadie de que la imagen que se refleja en toda superficie líquida o abillantada no se encuentra allí, en el lago o en el espejo, y que al volverse de espaldas el espectador desaparece la causa productora y las imágenes se van sin que su presencia subsista allí donde antes se hacía visible.

Lo más acomodaticio para la Ciencia ha sido la calificación que se les ha dado a tales fenómenos. Con decir paladinamente que se trata de visiones ópticas, la Física ha salido del paso.

Ya hemos visto que no se trata de visiones ópticas, como si dijéramos *creaciones de la vista* rayanas al invento de la imaginación. Se trata de pro-

ducciones de la fuerza cuya naturaleza es incorpórea y luminosa. La forma tiene tan viva realidad como el cuerpo. Las imágenes que se ven, aunque no se palpan, no son seres ópticos ni fantásticos, sino seres exquisitos que viven allí donde sólo pueden vivir; en el Medio luminoso, que se abre internamente a nuestra contemplación pareciendo que se abre por fuera en el fondo de los espejos. ¿Y qué son los espejos? La llave y no el recinto. El guía y no la cámara.

Volquemos un canastillo lleno de flores a nuestra vista en el aire y produciremos una encantadora visión. Hagamos estallar un cohete de fuegos de artificio en la altura y parecerá, lo mismo que antes, que se vuelca un canastillo lleno de flores en el aire.

¿Dónde se hallaban, antes de que el cohete hiciera explosión, aquellos colores? Se producen por las irradiaciones de ciertas materias inflamadas. Por las irradiaciones; no por las materias, que no ofrecen color alguno ni en los pétalos de las flores, ni en las pinturas de los cuadros, ni en las plumas, de los pájaros.

Pero las materias que producen un color determinado a la visión no son siempre las mismas en la flor, el pétalo, la pluma y el fuego de artificio. Si hay diferencia de colores es porque hay diferencia de materias. El color es el barómetro de la densidad, que tiene cada parte alícuota de la materia organizada y vivificada. Al tono más bajo de color corresponde un núcleo de materia menos intenso.

Estas diferencias de intensidad de la fuerza natural hasta que se convierte en fuerza blanca lumi-

nosa que es el tono que corresponde a la Luz más pura, modulan como los tonos de la escala del Iris, dividiéndose también en tipos de menor a mayor intensidad subordinados al orden mismo por el cual se suceden unos a otros los colores que aparecen en el espectro.

Analizando la naturaleza de la materias distintas puestas en ignición, por cuyas irradiaciones se producen aquellas variantes, se establece una relación que, conocida previamente, permite al análisis apreciar las concomitancias que ofrece la imagen espectral con el modo de ser de la materia que la produce.

Aquí surge otra verdad de suma trascendencia, la cual puede calificarse de soberana revelación y demostración de los hechos que nos sirvieron de base para llegar al conocimiento que antes adujimos.

En el prisma de cristal y en el aire también prismatizado por el agua de las lluvias resurgen aquellos siete colores a nuestra contemplación. ¿Es que allí, en el cuerpo del cristal o en el cuerpo del agua, se hallan los siete tonos que corresponden a iguales grados de la vibración y la intensidad de las ondas irradiadas?

IV

PRODUCCIÓN DEL ARCO IRIS

Desde luego debemos asentar nuestras investigaciones sobre la base de que tan admirable fenómeno se produce en su génesis por las mismas causas que dan producción a los colores en el prisma.

Mas ¿dónde se hallan aquí las caras prismáticas? Estudiémoslo. El fenómeno se produce en la Atmósfera. ¿En qué circunstancias? Después de una llovizna, con intermitencias de lumbre solar. Las partículas del aire se humedecen. Merced a condiciones higrométricas especiales, el vapor de agua se concreta en ellas. Se cristalizan, digámoslo así. Cada una de aquellas partículas se convierte en un prisma de máxima reducción. Esto es un prisma microscópico. Los centros materiales de resistencia de cada núcleo microorgánico de la Atmósfera, que llamamos partícula de aire, no es completamente esférico, sino poliédrico.

En la zona del cuerpo atmosférico donde se verifican aquellas concreciones prismáticas de vapor acuoso, se componen de miriadas de trillones de estos microscópicos prismas, cada uno de los cuales, por la posición que ocupa en sucesión varia de modulada contigüidad, ofrece una cara gradualmente oblicuada que recibe las innúmeras ondas proceden-

tes de la irradiación general promovida por la influencia de los rayos solares.

Por esta causa la fluxión de ondas de cada partícula de aire tiene que obedecer a estas variantes de oblicuidad, derivándose en tantos grados de energía como son susceptibles al objeto de formar toda la escala de menor a mayor intensidad correspondiente a la fuerza natural.

Se desprenden de aquellos núcleos o partículas en suave irradiación un número inacabable de irradiaciones diferentes, cuyas variantes de intensidad abarcan todos los tonos del colorido, todos los matices de la paleta.

Penetran estas ondas en los ojos reversores y aquellas diferencias de actividad se traducen, como ya sabemos, en un color diferente al producirse las imágenes en el medio luminoso.

Se asocian las ondas pertenecientes a todos los grados de intensidad que afectan a la fuerza natural, y acontece que se producen en la imagen cuantos tonos y matices son necesarios para formar la escala graduada de los siete colores.

Se trata de un conjunto de causas no solamente de orden físico, pero también de orden geométrico.

Para que el fenómeno se produzca es necesario que la Atmósfera se halle en completa calma.

Los rayos del Sol atacan una zona atmosférica donde las partículas de aire se han cristalizado, pero no en forma de arco. Este se produce a la visión porque en aquella zona todas las partículas de aire se hallan orientadas en el mismo sentido y sólo pueden sensacionarnos las que se hallan situadas formando un arco, equilibrando así todas

las que se iluminan del centro de nuestra inspección.

Para cada espectador el arco es otro y otras también las partículas de aire iluminadas.

Geométricamente ocurre en este caso como en la curva que ofrece el horizonte sensible cuando lo contemplamos desde la orilla del mar.

Todas las partículas que componen dicha zona atmosférica se influyen por el ataque de la irradiación solar, pues sólo envían sus fluxiones a cada espectador las que se hallan dentro de aquellas condiciones geométricas.

Las ondas que producen el color amarillo se ven en el término más alto de la escala. Después las del rojo, y así sucesivamente, por gradación de menor a mayor intensidad, subordinándose a los términos de la Evolución que corresponden al reino de la Luz en el Medio universal. Puede afirmarse que el Arco iris abre una ventana en el fondo de nuestro cerebro para que nuestro Espíritu pueda ascender al fondo luminoso del Universo.

La forma de arco es la adecuada para semejante caso. ¿Cómo se explican las variantes de este arco? Por las variantes que tienen los radios de las ondas medidos conforme a las distancias que nos separan de cada partícula de aire.

Según el número y combinación de radios que entran en la composición armónica de la imagen, así se produce el arco y toma posiciones distintas.

Averiguado todo esto, llegamos a uno de los fenómenos que mayor sorpresa y admiración han producido en el Mundo de la moderna Física. Nos referimos al *análisis espectral* propiamente dicho, el

cual se aplica al espectro que ofrecen las estrellas.

Para abordar esta nueva y magnífica cuestión nos vemos obligados a tomar muchas precauciones preventivas.

Van a caer aquellas ilusiones científicas, causa de tan admirables sorpresas, para ser substituídas por una realidad todavía más admirable y sorprendente.

Para explicar el fenómeno del llamado *análisis espectral* vamos a seguir el procedimiento que antes seguimos. Primero descartaremos todas las causas que son incapaces de producirlo, y sin ningún estorbo ya, es más fácil que se descubra la causa verdadera.

Necesitamos recordar lo que ya dijimos en otra ocasión.

Ni una sola partícula de materia, ni radiante ni simple, sale de los cuerpos, Mundos o Planetas. que las producen.

En las Atmósferas estas partículas se tamizan, formando a la vez la capa de mayor resistencia del cuerpo atmosférico.

No sale ninguna partícula de materia del límite circunscrito por la Atmósfera.

Cada Mundo tiene sus materiales de construcción orgánica, y éstos son los que se desenvuelven sin mezclarse para nada con los de otro Mundo o Planeta. Las jurisdicciones se respetan aquí escrupulosamente y no se invaden porque hay un dique que se opone a la invasión. Este dique es la Atmósfera.

Ahora bien; como para que pueda operarse el fenómeno de la visión se hace precisa la concurren-

cia cooperativa en primer término de aquellas partículas de Materia vivificada o radiante que nosotros calificamos de mínimos proyectiles o núcleos orgánicos, por el apremiante motivo de que son ellos los que hacen vibrar a los cuerpos materiales haciendo que desprendan a ráfagas la fuerza viva que contienen.

Y preguntamos: ¿Cómo se produce entonces la visión de las estrellas en la imagen espectral? ¿Qué intervención tienen aquí tales cuerpos celestes? Y contestamos:

Las Estrellas desprenden irradiaciones de fuerza que ya es natural y no de materia radiante. Al través de la Atmósfera sólo puede salir para formar el éter de las regiones siderales fuerza del mismo género, sin composición de materia alguna.

Pero estas irradiaciones estelares atraviesan nuestra atmósfera y arrastran (hacen caer) no sólo a las piedras que se tiran a lo alto, sino a todas las partículas de materia radiante que no pueden resistir el impulso de aquellas irradiaciones estelares, porque a cada segundo, a cada instante, dichas partículas radiantes en número de trillones de trillones, van agotando sus fuerzas renovándose por otras que salen del Planeta, hasta llegar a ese término del agotamiento en que ya son impulsadas por la fuerza que atraviesa la Atmósfera derivada de las susodichas Estrellas.

Así es que ya tenemos de nuevo a los proyectiles radiantes en aquellas partículas que son impelidas por dicha fuerza natural.

Si levantamos la vista para mirar al Firmamento en la nocturnidad de la noche, son las ondas de

fuerza natural que de las propias Estrellas se derivan las que penetran por nuestros ojos, dando producción a la imagen en la forma consabida; pero si recogemos con un instrumento de óptica a las propias ondas, entonces el fenómeno luminoso ya se produce en condiciones distintas.

Los proyectiles que son arrastrados por aquellas ondas que se irradian de las Estrellas son los que producen la vibración del cristal sobre el cual se disparan dichos proyectiles.

Ya no vemos por tal vía indirecta aquel puntito brillante que es objeto de nuestra contemplación y que tachona la bóveda azulada del Firmamento, sino la imagen espectral matizada de colores, la cual denuncia no las materias que *arden* en las Estrellas, sino las diferencias de intensidad de aquellas ondas, que hacen variables los choques de los proyectiles y distinto el número de las vibraciones, y diferentes también las irradiaciones que se corresponden con los varios tonos de color que aparecen en el espectro.

Pueden hacernos una objeción, al parecer formidable, preguntándonos: ¿Cómo se determina, individualmente, la imagen de cada Estrella cuando las irradiaciones de todas juntas atraviesan a la vez el cuerpo atmosférico, ofreciéndose el fenómeno a la visión de que puedan contemplarse por separado y en conjunto cuantas pueden alcanzarse con la vista?

La explicación de este hecho ratifica la certeza que tienen nuestras demostraciones anteriores.

Cada Estrella emite una serie de ondas que difiere de todas las demás. Tantas Estrellas tantas

series de ondas distintas. Así es que cada serie da impulsión a una oleada distinta de proyectiles radiantes, arrancándolos de la Atmósfera, como ya es sabido.

Y estas diferencias de acción se determinan en las imágenes respectivas. No puede haber dos Estrellas iguales.

Y como a la menor variación en la intensidad de las fuerzas corresponde otra de Ley de Extensión en las diferenciales que se determinan por los términos de la Gran Escala, que las comprende a todas por la sucesividad continua de su formación, resulta que el espectro de cada Estrella se produce en un término del Medio que también es distinto, y así no se mezclan y confunden las imágenes, porque tampoco se confunden los fenómenos que las separan entre sí.

¿Qué falta? Explicar sólo la causa a la cual obedece el movimiento que se nota en las distintas coloraciones que ofrece el espectro. Esto ya es sumamente sencillo.

Nuestra Atmósfera gira en relación con las Estrellas que aparecen fijas. Y como salen de la Atmósfera los elementos que dan producción al espectro, no tiene duda que éste debe también ser movable.

Por lo demás, íntegras quedan las otras verdades de relación descubiertas por la Física.

V

ESPEJISMOS

¿Cómo es que la forma de un cuerpo se produce en el cerebro y se ve, sin embargo, allí precisamente donde el cuerpo se halla situado?

Aquí se esconde la causa del engaño que ha sufrido el entendimiento del Hombre.

Hagamos que las ondas que se irradian del cuerpo de una flor (insistiendo en el mismo ejemplo) repercutan en la cara de un espejo antes de penetrar por los ojos en el cerebro.

¿Qué ocurre en este caso? Que ya podemos apreciar a dicha flor de dos maneras. Con la imagen ceñida al cuerpo por la visión directa y con la propia imagen desceñida del mismo cuerpo, por la visión indirecta.

Parece como que se abre un fondo en la superficie del espejo. ¿Es aquello verdad? Y tanto como lo es. No hay encantamientos ópticos ni brujerías en la producción de tan portentoso fenómeno. Lo que hay es que aquella extensión pertenece al Medio luminoso que se abre, no en el fondo del espejo (esto ya observamos que no es así), sino en el fondo del cerebro.

Las dos formas o vestiduras de naturaleza incorpórea que contemplamos pertenecen a un mismo

cuerpo, al de la rosa, pero ocupan distintos términos en el Medio luminoso.

¡Cómo! ¿El cuerpo de la rosa no se halla en la Naturaleza? Sí; pero envuelto en la sombra. Sólo su imagen es la que emigra al Medio donde se halla el reino de la Luz. Allí es donde se verifica el fenómeno de la visión y no en la Naturaleza.

¿Y la Atmósfera? ¿Y el ambiente que contemplamos todo iluminado? Rodeados de espesa sombra. Nunca salen de la obscuridad.

La Atmósfera aparece iluminada porque cada partícula de aire se enciende y despide un aluvión de ondas. El Aire, que es mal conductor eléctrico, tiene, en cambio, una exquisita radialidad. Cada partícula de aire se convierte en un sol microscópico.

Luego, cuando el Astro del día desaparece, los microscópicos soles se amortiguan lentamente. Entonces las imágenes se hacen crepusculares. Al fin llega la noche y todo queda envuelto por la obscuridad, si no hay otros focos en ignición que reanuden la visión luminosa en su región propicia.

Al venir la noche parece que todo el resplandor del día, con sus imágenes y colores, se ha extinguido. Dejan de producirse las imágenes. Desaparecen a nuestra contemplación los tonos de color, pero el Medio luminoso no se ha movido. Está donde estaba. Permanece en el fondo interno de la sombra, ofreciendo siempre un término distinto para cada reversión de la fuerza natural cuando ésta se desdobra en Luz y penetra en nuestro cerebro, abriendo la vía que al Medio luminoso conduce.

Puestas de manifiesto las causas productoras del

fenómeno de la visión, ¿no es cierto que se sobre-
coge el Espíritu, llenándose de profunda admira-
ción, ante el espectáculo que ofrecen los recóndi-
tos senos del Medio universal?

¡Ah! Si no fuera porque lo milagroso no existe,
diríamos que el Medio universal es obra de un mi-
lagro; con sus términos luminosos que desde el
círculo modulan hasta la esfera perfecta, en formas
geométricas de sucesión elíptica... Sucediéndose
unos a otros los colores rítmicamente... Y más arri-
ba, desde el círculo al radio, modulando la fuerza
luminosa, hasta llegar al Espíritu Máximo... Y en
la cúspide... La Ley soberana... La Ley de Substan-
cia... ¡La Razón de ser que tienen todas las cosas!



CAPITULO VIII

COMPOSICION ORGANICA DE LAS IMAGENES

I

FORMACIÓN POR CÍRCULOS MÍNIMOS DE LUZ

Cuando contemplamos nuestra propia imagen en el fondo aparente de un espejo, nos hallamos bien lejos de darle todo el valor que tiene a la maravilla que presenciamos.

Aquella imagen no está hecha de una sola vez ni de una sola pieza. Es un organismo de fuerza luminosa cuya naturaleza es incorpórea. ¿Cómo se forma? Vamos a dar explicación de este prodigio.

En primer lugar se renueva incesantemente. Esto se demuestra sabiendo que se genera por un flujo constante de irradiaciones moleculares cuyas ondas se suceden sin interrupción.

Apenas contemplamos la imagen, al punto, a la millonésima de segundo y aun mucho antes, ya se ha renovado. Las ondas de irradiación que la producen ya son otras.

Por esta causa cada espectador puede ver una común imagen que, aunque no difiere por la fuerza y el color, es otra completamente por las ondas que la producen, que no son las mismas. Cada espectador ve la suya diferente, aunque la visión sea común.

Si así no fuera sería preciso aceptar que las miradas de todos los espectadores, saliéndose de los ojos, iban a converger al punto donde se produce la imagen, que sería única bajo todos conceptos. Esto es imposible.

Elaborándose todas las formas de substancia luminosa por las vibraciones del cerebro, tenemos que explicar dónde se halla la causa que produce el desarrollo que tienen dichas imágenes, tomando extensiones que se salen de la limitación o cavidad que ofrece el cerebro.

¿Cómo puede contemplarse en tan reducido espacio el cuerpo de un Alcázar suntuoso, por ejemplo? ¿No ha de producirse por visión óptica tan portentosa fenomenología?

Nada de eso. Repetimos que en nuestra Ciencia de investigación no hay visiones ópticas. La extensión de las imágenes se produce por el caudal de las energías que se irradian de los cuerpos. Los colores se generan por la intensidad de esas propias energías. Puede haber una imagen muy chica que tenga, sin embargo, un colorido muy intenso.

II

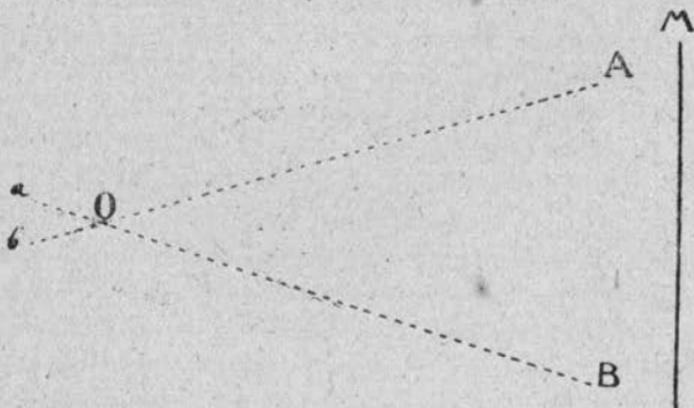
LA VERDAD LUMINOSA

Si tuviésemos que referir las ofuscaciones y dudas y desfallecimientos de que fuimos víctimas en el estudio que nos ocupa, cansaríamos la paciencia.

Es tan ingeniosa la enrevesada urdimbre de los hechos que dan producción a los fenómenos luminosos, que no nos sorprende que las causas hayan permanecido hasta hoy tan profundamente ocultas.

Pero sí que hemos de exponer el esquema gráfico que hizo oficio de torniquete de nuestro Espíritu, y sobre el cual giramos el Entendimiento por espacio de más de veinte años, hasta que se abrió a nuestra contemplación mental el seno luminoso que servía de hondo refugio a la Verdad por tanto tiempo acariciada y deseada.

He aquí el esquema:



M representa la fachada de un suntuoso Alcázar. O es el punto de intersección de las dos líneas visuales aB y bA. En este mismo punto O suponemos situado el órgano sensible que llamamos impropriadamente de la visión.

Y decíamos nosotros: Puesto que la imagen de dicha fachada se ofrece a nuestra contemplación con toda su capacidad extensiva, y como ésta es inmensamente mayor que la cavidad de nuestro cerebro, es de todo punto evidente que la imagen se forma fuera y no dentro de la cámara cerebral.

Sólo que al punto tropezábamos con una gran dificultad que no encuadraba de ningún modo con aquel supuesto.

El movimiento funcional tenía que operarse de dentro afuera, en la dirección de las referidas visuales aB y bA, porque no siendo así, ¿cómo podía verse la fachada?

Suponíamos que la mirada era como una corriente mágica que saliendo de los ojos realizaba el fenómeno de la contemplación de los objetos.

Considerábamos que esto era muy irracional y admitíamos que el movimiento funcional, a la inversa, tenía que ser de fuera adentro, en la dirección de las visuales Ba y Ab.

Y tropezábamos con otra grave dificultad. La imagen de la fachada para penetrar en el cerebro tenía que achicarse inmensamente, porque el órgano visual sólo le ofrece un punto de entrada: el que hemos situado en el término de intersección señalado con la letra O.

Aceptando los hechos como realizados por este segundo funcionalismo, teníamos que aceptar que

la imagen de la tal fachada no podía formarse dentro del cerebro porque resultaba extraordinariamente mayor el contenido que el continente.

He aquí, pues, planteado el problema de cuya resolución ha dependido el descubrimiento de la verdad.

La fachada se compone de innumerables elementos o núcleos orgánicos. Estos núcleos se ponen en vibración cuando son bombardeados por los proyectiles que arrastran las ondas de irradiación que salen de los focos en estado ígneo.

Por tal vibración cada núcleo componente de dicha fachada se convierte en un centro de ondas de fuerza natural y de cada una de estas ondas penetra una partícula por aquel punto de intersección o digamos por el órgano visual.

Con el conjunto de todas estas partículas se hace la copia de la referida fachada, pero en microscópicas dimensiones y con fuerza que es natural y no todavía luminosa.

Al llegar al cerebro las fuerzas invasoras, cada una de ellas hace vibrar al cerebro conforme a la intensidad que trae, y los núcleos cerebrales puestos en vibración derraman a llampadas la Luz de diversos matices que contienen, y aquella copia, que antes era la fuerza natural, se repite ahora, pero organizada con fuerza luminosa...

Mas ¿dónde vierten su Luz los núcleos cerebrales? Hétenos de nuevo en el magno problema del Hombre externo y del Hombre interno que ya estudiamos al dar comienzo a esta teoría de la visión.

Dichos núcleos irradian su Luz en el Medio uni-

versal y en el término de su Escala, que es también luminoso.

Ya han desaparecido todas aquellas dificultades que obstruyeron la marcha de nuestro entendimiento.

Por el estudio que hemos hecho del desarrollo serial que obtienen las partes mínimas sabemos la incalculable cantidad de círculos luminosos o partes mínimas de Luz que salen de una partícula de fuerza natural.

De modo que al producirse la imagen de la fachada con las llampadas que salen de los núcleos luminosos, estas llampadas recobran su capacidad extensiva, y como son tantas forman la imagen luminosa, no ya en pequeño, sino con la grandeza que corresponde a la fachada del referido Alcázar.

Este es un prodigio exorbitante pero de matemática exactitud.

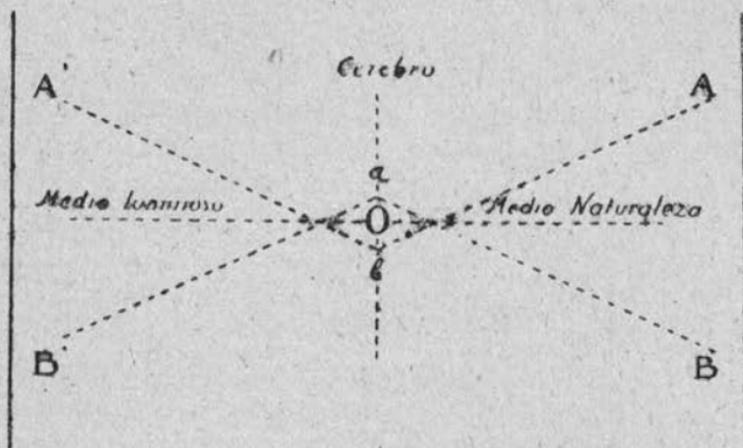
La imagen se produce en relación siempre armónica con el caudal de fuerza viva que penetra por los ojos y que procede de las ondas de irradiación de los cuerpos.

Es decir, que a ser posible que la imagen luminosa de un cuerpo se condensara y convirtiera de mayor a menor intensidad en fuerza de la Naturaleza, quedaría reducida a la misma cantidad de fuerza por la cual se produce aquella copia microscópica que penetra por los órganos reversores.

Queremos que la imagen del Alcázar se achique. Situémonos a mayor distancia. En semejante caso las ondas irradiadas que de la tal fachada provienen se ensancharán conforme a su nuevo y mayor

radio de acción, y, naturalmente, el caudal que penetra por los ojos se habrá disminuído, y por orden correlativo se producirá la imagen con menor cantidad de fuerza luminosa y su tamaño será también menor.

La certeza de los hechos anteriores se asevera más todavía con el esquema completo, haciendo



Como hemos afirmado, las corrientes de irradiación de la Naturaleza AB penetran en el cerebro O y dan lugar a sus vibraciones y consiguientes irradiaciones, produciéndose la imagen A'B' de fuerza que ya es luminosa.

Las irradiaciones de fuerza natural se invierten al penetrar en el cerebro; pero una segunda inversión realizada por este órgano al desprender su

fuerza luminosa reconstituye la posición geométrica, y la imagen aparece a la visión tal como se encuentra el objeto que la produce.

No hay en ninguno de estos hechos ilusiones ópticas ni fantasmagorías de ninguna especie. Todos los fenómenos se operan por la Fuerza donde reside el elemento universal y único, fuera de cuyo elemento no hay realidad posible.

El engaño consistía en el error general de creer que el cuerpo y la forma eran una cosa misma. Ya vemos que no es así.

El cuerpo se compone de materia vivificada, o sea de materia simple y fuerza viva o natural. Se desprende esta fuerza viva como una envoltura de fuerza natural. Por este hecho la acción pasa del cuerpo material a la Naturaleza. Y luego ya hemos descrito el procedimiento que convierte a dicha envoltura de fuerza natural en forma o imagen que ya es luminosa.

Así es que lo que nosotros vemos al contemplar un objeto cualquiera no es un cuerpo material, ni siquiera su envoltura de fuerza viva, sino su forma incorpórea organizada por círculos mínimos de Luz cada uno de los cuales ocupa en la Escala del Medio la plaza que le corresponde con arreglo a los grados de su intensidad y con el matiz de color adecuado también a su interno modo de ser.

Alguien puede replicarnos diciendo: ¿Cómo se ve la imagen de un objeto ceñida exactamente al cuerpo material del propio objeto? ¿No se contradice este hecho con la diferencia que se establece de unos términos a otros dentro del Medio universal?

He aquí otro prodigio que es necesario explicar.

El cuerpo material del objeto vive dentro y fuera de la Naturaleza. Fuera de la Naturaleza por la Materia simple que contiene. Dentro de ella por la fuerza viva que también contiene; pero ya no convive en el Medio luminoso. La forma ya no pertenece al cuerpo.

Se encuentra la imagen ceñida al cuerpo mismo por lo que ya hemos descrito. Hállanse en ecuación correlativa la copia de fuerza natural microscópica y la imagen de fuerza luminosa ampliada hasta que aquella copia microscópica recobra el tamaño natural del objeto de donde tal copia se deriva.

Esta concomitancia del cuerpo material y su imagen luminosa demuestra la armonía geométrica que tiene la Gran Escala del Medio y que todas sus innumerables posiciones se corresponden entre sí siempre que las fuerzas concurrentes se hallen en perfecta ecuación.

¿Quiérese una prueba clara y contundente de este aserto?

No hay más que descomponer la ecuación natural de las fuerzas, que en el caso que nos ocupa producen la imagen de la fachada del Alcázar referido, y al punto veremos cómo ya no se ajusta la imagen al objeto material, descendiéndose la forma del cuerpo para ocupar lugares distintos.

Contemplemos al propio Alcázar al través de un antejo de larga vista. Pronto observamos sin género alguno de duda que la fachada se encuentra más cerca de nosotros que cuando la contemplamos a la vista ordinaria. Y no vemos más que una ima-

gen: la que está más cerca. La otra que corresponde al cuerpo y no a la forma y que se halla más lejos, ya no la vemos. De modo que ya se ha separado la forma del cuerpo.

Los cuerpos materiales no se ven. Se palpan o tocan. Esto es lo único que puede saberse de ellos; pero el Hombre no se había percatado de estas esenciales diferencias, y aun ahora vaya a decirsele a un poeta que su Febo luminoso de dorada y rubicunda cabellera, ni es luminoso ni tiene cabellera dorada.



CAPITULO IX

LEY DE LA PERSPECTIVA

I

FUNDAMENTOS

El fundamento de esta Ley ya nos es conocida. Estriba en el hecho sentado por nosotros de que la intensidad de una fuerza se halla en relación proporcional inversa con la cantidad que sirve de base al desarrollo de dicha fuerza.

Las formas de los objetos se agrandan o achican y ocupan estas o las otras posiciones prescindiendo de las que ocupan materialmente dichos objetos, obedeciendo invariablemente a la cantidad variable y grados de intensidad inversamente correlativos de las fuerzas que producen los fenómenos de la visión.

¿Qué medida exacta tiene un cuerpo material? Esto es lo que nunca puede prefijarse, por la razón de que nosotros no podemos prescindir de la forma para establecer la relación con la unidad de medida determinada.

Si medimos un cuerpo material en plena obscuridad, al tacto, con un metro, lo único que podemos afirmar es que el metro, como cuerpo material establece la medida que tratamos de averiguar, y nos encerramos en el siguiente círculo: ¿cuál es la medida del metro como cuerpo material? Porque luego, en plena luz, lo que vemos ya es la forma y no el cuerpo, y no es posible averiguar la diferencia que pueda mediar entre ambos.

Esta matemática no nos alcanza, porque depende del movimiento vibratorio que realiza la Materia para desprenderse de su envoltura de fuerza natural y del movimiento del cerebro por el cual se produce la imagen luminosa.

Pero si no podemos hacer la matemática de la Materia podemos hacerla de todas sus formas, y esto ya nos basta.

Y no solamente podemos comparar y relacionar las formas matemáticamente; pero también abultarlas y empequeñecerlas, conforme antes dijimos, y, lo que es más extraordinario todavía: Nada más fácil que reproducirlas obteniendo cuantas copias tengamos por conveniente, cosa que en realidad no sería de posible ejecución si fuese cierto que cada forma se hallaba ceñida a un cuerpo invariablemente.

II

VARIANTES POR EL RADIO DE ACCIÓN

En las variantes que se advierten en los fenómenos de la visión, descartando los accidentes por imperfección o enfermedad de los órganos reversores, influyen los dos factores siguientes:

- 1.º La intensidad de la onda.
- 2.º El radio de acción de la misma.

La imagen de un cuerpo varía en relación con la distancia, o sea, con el radio de la onda, en lo que se refiere al tamaño con que se ofrece a la visión.

Esto se explica porque la cantidad de fuerza se extiende en la onda grande y se condensa en la pequeña. Al extenderse pierde caudal. Al condensarse gana caudal.

Así es que la partícula que una onda de mayor radio que otra hace penetrar en los ojos, tiene menor cantidad de fuerza que la que se desprende de aquella otra de menor radio. En este caso la imagen se achica. A mayor radio, o sea, a mayor distancia, menor tamaño.

Pero si con una lente adecuada hacemos un acúmulo de las ondas antes de que penetren en los ojos reversores, entonces se modifica la producción del fenómeno.

Las imágenes se agrandan obedeciendo a la causa modificante, o bien se achican, invirtiéndose los efectos, si también se invierten las formas cóncavas o convexas de la lente.

Por estos fenómenos se ratifica la verdad de que una cosa es el cuerpo y otra la forma. No solamente se separan en la cara de un espejo, sino que al través de una de aquellas lentes se abulta o empequeñece la imagen de un cuerpo determinado, cuyas dimensiones normales podemos apreciar por la visión directa.

Abrigamos la convicción de que la dimensión del cuerpo material no se altera en ningún caso. De este modo se prueba que la alteración sólo se produce en la imagen, separándose del cuerpo, porque no siendo así no podría verificarse aquella alteración y forma y cuerpo se ofrecerían siempre unidos.

Ya estudiamos los efectos distintos que produce en la visión el radio mayor o menor de dichas ondas, porque éstas se debilitan, como es consiguiente, a medida que se agranda su periferia.

Acontece también que desde la periferia de una esfera pueden trazarse tantos radios distintos como se quiera al centro de la misma. Este hecho se demuestra en la práctica. Las ondas derivadas de un centro común alcanzan a las miradas de cuantos espectadores se encuentran en las zonas periféricas que corresponden al desenvolvimiento de aquellas ondas. Todos pueden ver al cuerpo que las produce en el lugar que ocupa en la Naturaleza.

Pero si estas ondas se desvían o cambian de dirección en la cara del espejo, entonces se verifica

un cambio de lugar, no en el cuerpo material, que persiste en su habitual posición, sino en la imagen del propio cuerpo, la cual se sitúa, obedeciendo a a Ley del cambio de dirección de las ondas, en el lugar que le corresponde sin salir del Medio luminoso.

Siempre resulta, en la imagen refleja, que la longitud del radio de las ondas se divide en dos partes: una, la que se comprende por la distancia que media entre el objeto reflejado y la cara del espejo, y otra por la distancia que media entre la cara del espejo y los ojos del espectador.

La producción de la imagen en el cerebro no sufre alteración ninguna por estas desviaciones de las ondas, en lo que se refiere a la intensidad y tamaño de dicha imagen. Si el cuerpo reflejado se sitúa de modo que la distancia que le separa del espejo es la misma que la que le separa de nosotros, situados a igual distancia del espejo, formando entre todos un triángulo equilátero, la longitud del radio de las ondas será doble para la visión indirecta en relación con la directa.

En este caso la imagen se sitúa en el fondo aparente del espejo a una distancia medida exactamente por el duplo de uno de los lados de aquel triángulo equilátero. ¿Y dónde se sitúa? Al extremo de la prolongación del propio lado, a partir de los ojos del espectador hacia la cara del espejo.

La explicación de esta Ley óptica no puede ser más sencilla, dadas las otras leyes de producción del fenómeno.

Las imágenes se forman por una fluxión constante de irradiación de fuerza natural que penetra por

los ojos. A una onda sucede otra rápidamente. Desviada o no, esta fluxión nada importa para el resultado final. Los órganos reversiones realizan su trabajo. Luego, el cerebro hace el suyo. La imagen se forma conforme a la substancia invasora, prescindiendo de las superficies de reflexión que desvían a las ondas; pero esto sí, como el radio de dichas ondas se ha bifurcado en la cara del espejo, la colocación de la imagen tiene que subordinarse a este cambio de dirección.

El flujo de invasión ya es otro y forma un ángulo con el que procede de la visión directa, así como el que pueden formar dos cuerpos diferentes sin que sus ondas se desvíen por reflejo alguno.

¿Queremos que la imagen del cuerpo reflejado en la cara de un espejo se sitúe a la misma distancia con que aparece por la visión directa?

En este caso el triángulo formado por aquellas tres proyecciones geométricas tiene que ser isósceles. El lado mayor ha de constituirse con la suma de los otros dos, y esta suma longitudinal tiene que ofrecerse como medida de la distancia que media directamente entre el cuerpo de donde se derivan las ondas y los puntos tangenciales que se forman, por el contacto de aquellas ondas, en la superficie esférica de los ojos.

Los otros dos lados del triángulo isósceles determinan las otras dos distancias que separan a dicho cuerpo del vértice de reflexión situado en el cristal, y desde este vértice a nuestra retina, por longitudes iguales.

Así la imagen tiene el mismo tamaño y la propia intensidad. La visión directa y la indirecta sólo se

diferencian por la dirección distinta que traen las ondas.

El cerebro, donde se producen las vibraciones por las cuales se elaboran estas formas incoercibles, no puede tener en cuenta las desviaciones de las ondas, y ofrece la imagen, separada del cuerpo, en otro lugar situado al extremo del radio que trae la fluxión, como si aquél fuese el centro de la irradiación de origen.

Así, por la experiencia se confirma nuestra teoría. La fluxión de ondas que se desprende del cuerpo en irradiación es la que viaja. Nuestros ojos hacen oficio de órganos receptores y reversores. Los ojos miran, efectivamente, pero sin ver nada. ¿Y por qué miran? Para recibir de mejor modo las ondas que llegan viajando. Para poner atención en las imágenes que se elaboran en el cerebro; y para que esta atención sea efectiva hay que fijarla en el radio que desde el punto tangencial y periférico de las ondas conduce al centro de las mismas. Así hay que mirar al objeto para que su imagen se elabore en el cerebro con la mayor concreción posible.

III

CAMBIOS DE PERSPECTIVA

Los cambios de perspectiva obedecen a estas Leyes generales.

Si un objeto, como, por ejemplo, un tren en marcha, se aproxima a nosotros, advertimos que su

imagen se agranda para achicarse por el propio ritmo progresivo cuando se aleja.

La causa consiste en que al acercarse, el radio de sus ondas de irradiación se acorta y el caudal de fuerza que penetra en el cerebro se aumenta, todo lo contrario de lo que ocurre cuando se aleja.

Y lo mismo da observar este fenómeno en un tren que se aleja que en un camino de árboles, por ejemplo, que se pierde a nuestra contemplación en las lejanías.

La única diferencia consiste en que podemos apreciar en el primer caso cómo el tren se va achicando con movimiento progresivo, y esta apreciación toma carácter general en el segundo, al igual que si una serie nos ofreciera sus términos, uno por uno, desapareciendo los anteriores, o bien se ofrece a nuestra contemplación simultáneamente y por entero.

Hay otro singular fenómeno. Contemplando un objeto a distancia al través de unos gemelos de campaña, podemos observar todos sus detalles con más precisión y claridad que si se hallase situado a la misma distancia óptica el objeto que contemplamos. ¿Y esto cómo se explica?

Se explica por aquella misma Ley de relación inversa entre la cantidad y la intensidad que preside al desarrollo serial de todas las fuerzas.

Para que se verifique ópticamente la aproximación del objeto que contemplamos al través de aquellos gemelos, las lentes recogen o hacinan la fuerza de las ondas de irradiación que se derivan de dicho objeto comprendidas en cierta zona de acción óptica atacada por dichas ondas. Se produ-

ce un acúmulo que suple a la pérdida de cantidad de fuerza debida al mayor radio de acción de las propias ondas; pero esta cantidad de fuerza equivalente es más intensa que aquella otra por la precitada Ley de que toda fuerza se intensifica conforme se aleja de su centro de origen.

Cuando vemos que en un cuadro bien pintado se abren horizontes y se producen lejanías que se diferencian muy distintamente de los primeros términos, ya podemos explicar la causa que da motivo a tan extraordinarios fenómenos de perspectiva.

El pintor los produce artísticamente con su pincel atendiendo a las dos condiciones impuestas por la Ley. Al tamaño y a la intensidad de las imágenes.

Si las achica, el fenómeno sólo se produce a medias, porque carece de la otra condición precisa. Esto es, de que a mayor distancia la intensidad de la fuerza es mayor, pero cuando el caudal menor supera a la intensidad, los tonos de color palidecen, pierden sus concreciones vigorosas, y si el artista sabe casar ambas modulaciones de extensión y fuerza, la perspectiva del cuadro toma relieves superiores que lo significan y avaloran como de obra maestra.



CAPITULO X

LAS COLAS DE LOS COMETAS

I

ENSEÑANZAS DE LAS ONDAS VIBRATORIAS

No pudieron los astrónomos dar explicación de semejante fenómeno porque desconocían: 1.º La forma y composición de los Cometas. 2.º La existencia y constitución del Medio universal. 3.º La naturaleza de la Luz. 4.º La producción de las imágenes de los cuerpos en el Medio luminoso por la vía del cerebro.

Ahora ya sabemos que los Cometas carecen de fuerza de irradiación. No tienen vida: y así vagan erráticamente por las regiones siderales. La materia de que se componen es materia simple. Se derivan de la inversión de la Fuerza o Substancia que llega gradualmente a su máxima condensación. Son los gigantescos bloques de Materia que al fin de su peregrinación errática chocan formidablemente entre sí para dar génesis a la vida por reversión que ya tenemos estudiada.

Como carecen de fuerza de irradiación no pueden tomar plaza en la mecánica celeste. Se hallan separados de la armonía de los mundos y del equilibrio que establecen para cada mundo las dos fuerzas precisas: la de irradiación y la de concentración.

Símbolos son del Acaso. Ciegos mensajeros de la Fatalidad. Originarios del Accidente, causa de las fatigas y dolores que tiene la Vida terrena; pero soportes necesarios, después del choque, para que aquélla pueda producirse y desenvolverse, convirtiéndose la materia simple en materia vivificada y vivificante.

No son esféricos. Son poliédricos. Esto ya lo hemos estudiado en lugar oportuno, y lo recordamos aquí porque es uno de los conocimientos previos que hacen falta para dar la explicación que es objeto de nuestro trabajo.

Las ondas irradiadas del Sol son repelidas en las caras de los Cometas con mayor energía que si chocaran en la superficie de un espejo. Así ya podemos afirmar que toda imagen luminosa que proceda de aquellos bloques poliédricos de materia en estado completamente simple, tiene sus fuentes de derivación en la fuerza solar.

Otro de los conocimientos que debemos poseer atañe a la forma rítmica con que se propagan las ondas de la fuerza natural.

El esquema se encuentra en la superficie encalada de un lago al choque de una piedrecilla.

Se forma un núcleo central y de él se deriva una serie de ondas vibratorias concéntricas que se van ensanchando conforme se alejan de su punto co-

mún de origen. Esta es la forma rítmica de propagación de todas las ondas, ya sean vibratorias o ya de fuerzas irradiadas, como ya también estudiamos oportunamente.

Cada uno de los radios de las ondas es medio proporcional entre el radio de la onda anterior y el de la onda siguiente. De aquí salen gráficamente las potencias y raíces de todos los grados a partir de una unidad geométrica preestablecida.

Esto exige un estudio muy extenso, pero a nuestro objeto basta ahora con hacer constar que la serie de ondas concéntricas desaparece de la superficie del lago por el orden siguiente: Se desvanece el núcleo central. Las ondas siguen su curso unas tras otras, desapareciendo por orden también sucesivo.

Por este examen de un fenómeno que espontáneamente nos ofrece la naturaleza, adquirimos el conocimiento de que la emisión de las series de ondas se extingue sucesivamente y de un modo rítmico.

La onda más intensa es la que llega primero al término de su viaje. Las otras ondas se desarrollan en pos sucesivamente, por intervalos de tiempo que se van retardando en consonancia con la menor impulsión de su energía.

Si arrojamos dos piedrecillas sobre la superficie de un lago, de modo que los choques sobre el agua se verifiquen a alguna distancia y con un intervalo de tiempo de dos o tres segundos, procurando que las piedrecillas sean iguales en lo posible y que caigan de una misma altura, veremos cómo antes de que desaparezcan las ondas del primer nú-

cleo se forman las del segundo, y que la primera onda de este segundo núcleo extiende su radio de acción hasta rebasar el de otras ondas pertenecientes a la irradiación que se formara antes por el choque de la primera piedrecilla.

Entiéndase bien lo que ocurre en ambos casos. La primera onda del primer núcleo llega a la margen del lago en primer término, dejando rezagadas a las otras ondas de la serie que llegan a dicha margen sucesivamente.

Mucho antes de que se extinga la serie total se forma el esquema de vibración del segundo choque. La primera de estas nuevas ondas llega al límite de su radio de acción que hemos establecido en la margen del lago antes de que se extingan las ondas producidas por la primera piedrecilla, adelantándose a las que se rezagan siguiendo a la primera onda, que es la de mayor energía.

De manera que las dos primeras ondas de ambas piedrecillas que se formaron una tras otra en el intervalo de dos o tres segundos, llegan al límite común sucediéndose en ese mismo espacio de tiempo.

Ahora bien; como cada serie de ondas tarda en desaparecer de la superficie del lago más de dos o tres segundos, es evidente que la segunda de dichas primeras ondas, perteneciente al segundo núcleo, tiene que adelantarse, según hemos afirmado, a las otras ondas que siguen a la primera correspondiente a la formación del primer caso.

Y es de advertir que en toda emisión de fuerza jamás se produce la irradiación merced a una sola

onda, por más rápida que sea la producción del choque o centro de emisión.

Si en la superficie del lago se produjera una sucesión de choques continua, se formaría una acción constante. En tal caso el fenómeno de las series moduladas no podría establecerse, por la sencilla razón de que todas las ondas tendrían la misma intensidad, suponiendo que la fuerza de producción no se alterase. La vibración se haría continua.

Para que se opere el fenómeno de las series moduladas es preciso que haya discontinuidad en los choques. Pondremos un ejemplo todavía más comprensible.

Si damos un golpe con un martillo sobre una campana, producimos un sonido que se va amortiguando lentamente. La campana no deja de sonar en seco. Vibra cada vez con menor intensidad. Por eso resultan moduladas las ondas de la propagación del sonido y éste se amortigua progresivamente.

Ahora, supongamos que actuasen sin intermitencia alguna los golpes sobre la campana. El sonido entonces no modularía. Su intensidad sería constante. Se establecería también la continuidad en las ondas de propagación. En una palabra: desaparecerían las series.

Igual ocurre en la atmósfera atacada por los rayos solares. El resplandor no modula. Su intensidad es constante; pero el Sol desaparece y la noche no sobreviene de súbito. Entonces el resplandor modula crepuscularmente.

Esto demuestra que unas fuerzas hacen modular a otras al actuar sobre ellas con mayor o menor

intensidad. Más claro: las fuerzas naturales al accionar sobre el Medio de propagación hacen que éste module; pero es preciso que su acción sea intermitente para que el Medio pueda modular. Con una acción continua la modulación no puede verificarse por etapas sucesivas.

II

REFLEJO DEL SOL EN LAS CARAS POLIÉDRICAS DE LOS COMETAS

El choque del Sol no se verifica sobre dichas caras de un modo continuo, sino por intervalos de tiempo, o sea por sucesión de choques. La razón es ésta. Los Cometas poliédricos giran vertiginosamente al ser arrastrados por las corrientes que los impulsan, de modo que ofrecen sus caras al Sol de un modo que es también intermitente. Exactamente lo mismo que ocurre con los fulgores que despiden el brillante, y que ya hemos estudiado, por la diversidad de sus facetas.

El reflejo se produce a chispazos o relámpagos, y con variedad que depende del número de caras poliédricas que se ofrecen a la influencia de la irradiación solar, dando ocasión, por esta causa, a que aparezcan algunos Cometas llevando más de una cola.

Pues bien; cada uno de aquellos chispazos o relámpagos al propagarse por nuestra Atmósfera pro-

duce una serie de ondas modulada en la rítmica proporción que ya hemos estudiado.

Considerando por un momento que dicha Atmósfera es un lago de forma esférica y que cada uno de aquellos chispazos producidos por los choques discontinuos de las caras del Cometa, con la fuerza irradiada del Sol, es como el choque de la piedrecilla que cae sobre el cristal del agua, y nos daremos cuenta exacta de las series de ondas que se forman en el caso que ahora nos ocupa.

Cada relámpago propaga sus ondas en todos sentidos y direcciones, formándose una serie de mayor a menor actividad. ¿Por qué se forma esta serie? Por la Ley de irradiación de las fuerzas naturales. Dado un caudal de fuerza, ésta *entra* en movimiento obligada por el Medio que solicita su adaptación, no para un solo término, sino para varios términos. El Medio es como una escala modulada y obliga a la fuerza a que module, produciéndose el fenómeno de la irradiación, según ya también estudiamos.

En el caudal de fuerza a irradiar no hay tampoco un solo término de acción y desarrollo. Hay partes componentes que ofrecen mayor resistencia a la modulación que otras. Ya *en sí* el caudal, que en este caso es el chispazo a que nos referimos, es una escala modulada con diferenciación rítmica de mayor a menor actividad, y estas diferencias se establecen serialmente al verificarse el desarrollo extensivo de las ondas, cada una de las cuales corre a ocupar el término equivalente que le corresponde en el Medio.

Así resulta que las ondas que salen del chispazo

y se propagan en serie parecidamente al esquema que ofrece la vibración en la superficie del lago, dichas ondas, repetimos, unas tienen más rapidez que otras.

Las de menor actividad, como es consiguiente, no tienen tanta energía para taladrar o atravesar el cuerpo atmosférico, el cual siempre se ofrece con resistencia a la propagación de las referidas ondas.

Por esta causa las ondas menos activas se rezagan, en proporciones rítmicas, de aquellas otras que las superan en velocidad, siendo éstas las primeras de la serie y las que llegan antes a nuestra retina.

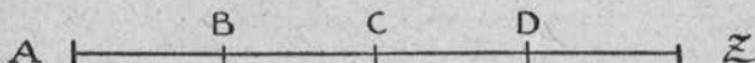
Acontece aquí como en el ejemplo que ofrece el esquema en la superficie del lago: que dado un chispazo y producido luego otro a los pocos instantes, las primeras ondas de este segundo chispazo se adelantan a las que se rezagan en orden inferior pertenecientes al primero.

III

PRODUCCIÓN DE LA IMAGEN

Por los hechos consignados anteriormente resulta que la serie de ondas formada por cada uno de los reflejos intermitentes que se producen en las caras de los Cometas en rotación, tarda en extinguirse un tiempo que designamos con la letra M,

Emitida la primera serie de ondas por el primer chispazo, como el Cometa no está fijo, sino que, por el contrario, recorre su trayecto con inaudita velocidad, acontece que en el tiempo que tarda en llegar a nuestros ojos la última onda de la serie, o por mejor decir, en el tiempo que tarda en extinguirse toda la serie, dicho Cometa se ha trasladado en su marcha de un lugar a otro en una longitud que representamos gráficamente por medio de la línea AZ.



Ahora bien; al llegar el Cometa al término B, situado en uno de los puntos de la línea de marcha del trayecto recorrido, tiene lugar el segundo chispazo, cuyas primeras ondas llegan a nuestra retina cuando todavía no se ha extinguido la serie del primer destello.

Por esta causa vemos al Cometa simultáneamente en todos los puntos de la línea AB.

Sucédense luego los reflejos C, D, Z; y como hasta llegar al punto Z no cesan de herir nuestra retina las ondas de la serie producida por el reflejo originado en el primer término A, no tiene duda que seguiremos viendo simultáneamente al Cometa en todos los puntos de la línea AZ, determinando esta misma línea la medida del recorrido de dicho Cometa en el transcurso del tiempo que tarda en extinguirse totalmente aquella primera serie derivada del primer reflejo o chispazo originado en el punto A.

Las consecuencias que se derivan de estos hechos son: 1.^a Que las primeras ondas de todas las series sucesivas son las que antes llegan a nuestros ojos dejando rezagadas a distancias rítmicas las otras ondas seriales que más tarde y por orden, también rítmicamente sucesivo, impresionan nuestra retina. 2.^a Como estas primeras ondas son las más activas, al penetrar en los órganos reversores y producirse en el cerebro en círculos mínimos de luz, este raudal, sucesivamente renovado, ofrece la imagen luminosa más intensa y pura, por ser también las ondas ocasionales las más enérgicas que comprenden a todas las series.

Estas ondas, de la mayor energía, se suceden unas a otras al herir nuestros ojos, con los mismos intervalos de tiempo con que se suceden los chispazos o fulgores.

Semejante discontinuidad desaparece en el fenómeno de la visión por el hecho mismo de conservación de la imagen en la retina para dar lugar al trabajo de los órganos reversores. Así es que forman un punto que resulta ser el más luminoso en la imagen que se proyecta en el cerebro. Esta es la estrella aparente que sirve de cabeza al Cometa.

Pero como cada serie de ondas sigue accionando sucesivamente en nuestra retina, no sólo por las ondas más enérgicas, sino también por las otras de menor actividad, acontece que en pos de las más rápidas se forma una *cola* formada por estas últimas que van siguiendo a las primeras, mas tardíamente.

Proyéctase la imagen de todas ellas en el cerebro, y de aquí sale la cola luminosa que acompaña, aparentemente, a los Cometas.

Pero dicha imagen, cuya brillantez disminuye moduladamente a partir del punto más refulgente, que afecta la forma de una estrella, no es uniforme como una línea recta. Se ofrece como una cabellera extendida proyectando geoméricamente sobre un plano la figura de un triángulo isósceles que tuviera los lados mayores muy prolongados en relación con el cateto menor.

Estudemos las causas de este nuevo fenómeno.

Las ondas que moduladamente siguen a las más rápidas, en cada serie, son las que forman la cola luminosa en la proyección de la imagen, por el motivo que retardan el término de su llegada en relación con aquellas cuya intensidad y velocidad es mayor.

Antes de que la última onda de cada serie, o la de menor rapidez, llegue a nuestra retina, han accionado ya sobre ésta muchos chispazos o reflejos, los cuales se suceden en menos tiempo o más aceleradamente en las caras poliédricas del Cometa y se adelantan en su irradiación o viaje, como ya sabemos, a las ondas seriales que quedan rezagadas.

El caso es que se forma un acúmulo de ondas por la suma de todas las que van siguiendo a las más veloces en cada serie, y así acumuladas, de menor a mayor caudal, llegan a nuestros ojos.

¿Qué resulta de este hecho? Que el acúmulo se verifica por ondas que aumentan el caudal progresivamente, pero cuya actividad se halla en relación inversa.

Se aumenta angularmente el tamaño de la imagen dado el mayor caudal de la fuerza aportado por el acúmulo de las ondas, y disminuye la inten-

sidad luminosa de la cabellera en la imagen proyectada en el cerebro también moduladamente, desde el vértice al extremo donde dicha cabellera ofrece toda su angular amplitud, por el motivo de que las ondas se acumulan en aquella razón inversa de mayor caudal con menor actividad.



LIBRO DECIMO



TEORIA DEL CONOCIMIENTO Y DE LAS CREACIONES ARTISTICAS

CAPITULO XI

LA ESCALA MODULADA DEL ESPIRITU

I

SENSIBILIDAD

He aquí los siete tonos: I. La Sensibilidad. II. La Conciencia. III. La Memoria. IV. La Voluntad. V. El Instinto. VI. La Inteligencia. VII. La Razón.

Como ya tenemos advertido en distintas ocasiones, debemos recordar que éstas son modalidades típicas, las cuales se hallan enlazadas por un incalculable número de términos intermedios o transitivos.

El término inicial de dicha escala se encuentra en el movimiento de los núcleos microorgánicos. He aquí la función más simple.

La acción de dichos núcleos se reduce a girar en

forma de torbellino o subordinándose a un centro de resistencia o arrastrando un aluvión de partículas menos densas que aquel centro. Acción concentrativa en un caso y radiativa en otro.

A base de estos núcleos se organiza la Vida, que tiene por objeto establecer corrientes de fuerza de menor a mayor intensidad.

La reversión de la fuerza natural al llegar al primer tono de la escala produce el estado o modo de ser de la Sensibilidad.

No hay ser alguno en la vida orgánica que no sea sensible. Lo es, en grado muy elemental, el cuerpo que sin poseer conciencia alguna se modifica impresionado por las influencias de otro agente cualquiera.

Las flores son muy sensibles, sin tener, empero, conciencia de su ser, y como las flores todas las plantas y organismos animados.

II

CONCIENCIA

¿Cuál es el tono que le sigue en la modulación progresiva de la Escala? La Conciencia elemental.

La Fuerza en reversión, después de adquirir aquel tono de sensibilidad, se hace consciente por términos de menor a mayor conciencia. Son términos correlativos que no aceptan líneas divisorias concretas, como ocurre en el arco iris con la sucesión de los colores.

Matrices de sensibilidad y conciencia que se distribuyen en seres organizados intermedios, constituyendo esa gama diversa de coloración en el iris, de tono a tono, y esa serie de existencias, vivificadas y animadas, que llenan todos los términos de la escala, de tipo a tipo.

La virtualidad de conocerse *en sí* es el principal atributo de esta Fuerza. Luego, en un término de ascensión correlativa, adquiere la facultad de conocer a los demás.

El conocimiento *en sí* carece de toda complejidad ulterior. Es el fenómeno más simple de la conciencia.

Encerrémonos en una habitación completamente oscura y aislada de todo ruido y de toda sensación exterior. Releguemos al olvido toda noción de memoria. Hagamos que se pare el pensamiento y que se detenga el instinto. ¿Qué queda de nuestro ser? La íntima sensibilidad y la íntima conciencia.

Aquí se halla nuestro Yo elemental. Conocemos que existimos. Nada más que existimos.

He aquí nuestro patrimonio individual. Si tenemos memoria, valiéndonos de ella para conocer que persiste, al través de los cambios del organismo, nuestro Yo... Si tenemos inteligencia y razón, es porque aquel conocimiento se enriquece con elementos que son de la pertenencia de otros seres. Nuestro Espíritu, en total, debe mucho más al concurso ajeno que a sus propios atributos y facultades.

III

MEMORIA

Este es el tercer tono o modalidad típica de la Escala espiritual que estudiamos.

La Memoria ha de tener necesariamente prioridad cronológica sobre el *querer* de la Voluntad.

Para tener Conciencia ya no es necesaria la Memoria. Basta con que se conozca *en sí*; mas para *querer* precisa poner esta facultad en relación con algún otro elemento preciso del cual podamos hacer memoria.

Así resulta que la Conciencia pertenece a una fuerza que elementalmente se conoce *en sí*; mas luego esta fuerza, al intensificarse y subir de grado, ya posee la facultad de conocer a las demás fuerzas que se le asocian a merced de órganos o sentidos adecuados.

Como puede advertirse, nosotros no establecemos capciosamente el orden de sucesión que debe atribuirse a estos siete tonos de la Escala de nuestro Espíritu.

Este orden lo impone la propia naturaleza de cada fuerza distinta. No pueden unas facultades producirse antes que otras. Deben seguir todas ellas el encadenamiento lógico que se deriva de su estudio y de los absurdos que resultan de alterar el orden natural de su sucesión.

Es de todo punto indudable que si nuestro Es-

píritu, además de conocerse a *sí mismo*, conoce a los demás, es porque éstos se dan a conocer. ¿Y cómo? Viniendo a nuestro Espíritu. Esto también es innegable.

El conocimiento que adquirimos por la visita que nos hace un sujeto persevera en su imagen; es porque se trata de un ser radial o espiritual en la forma simple que se quiera. Y si hay un ser espiritual es porque se apoya en un organismo corporal. ¿Qué estructura tiene este organismo? ¿En qué zonas del cerebro se sitúa? Esto no nos incumbe. Ya lo averiguarán otros con sorprendentes métodos de análisis.

La Memoria en conjunto la componen aquellos seres mínimos cuyo fondo radial se adapta a la escala modulada de nuestro Espíritu.

La persistencia del Yo se funda en la Memoria. Cada cual puede decirse: Yo sé que soy el mismo desde que adquirí la conciencia de mi ser. Puedo afirmar que no he sido cambiado por ningún otro.

¿Qué se hace para adquirir la certeza de esta afirmación? Se apela al recuerdo. Se relacionan todas sus etapas, todas sus fases; pero obsérvese que siempre hay necesidad para determinar el hecho de poner nuestro Yo en relación con la memoria. Si no lo asociamos, de un modo o de otro, a los sucesos ocurrentes de nuestra vida conservados por las imágenes organizadas que se conservan en nuestro cerebro, el Yo se indetermina, perdiendo su individualidad característica.

¿Y cómo se produce el recuerdo? Inquiriéndolo desde lo más interno, yéndose al fondo donde se halla la adaptación espiritual. ¿Y cómo se inquie-

re? Como quien busca un objeto en un cuarto oscuro valiéndose de la luz de una linterna. Cuando los rayos caen sobre el objeto cuyo hallazgo se apeetece, el objeto reluce y él mismo denuncia su presencia.

IV

VOLUNTAD

Llegamos al cuarto término de la Escala.

El primer movimiento *en sí* de la fuerza de nuestro Espíritu se manifiesta en el fondo de la Conciencia por la determinación del Yo. De allí se deriva también la raíz de la Voluntad. Sin este movimiento espontáneo no podríamos adquirir el conocimiento elemental de que existimos.

Tal iniciativa pertenece de hecho al Espíritu. La convicción de que existimos no depende de ningún esfuerzo ajeno. Sale de nosotros mismos.

La acción más acentuada de la Voluntad, en serie progresiva, se encuentra en el querer. El querer es la Voluntad todavía simplificada en potencia. Podemos querer sin accionar. Sin ejecutar. Y esta acción es libérrima, como que no se debe a la intervención de ningún otro poder que no sea nuestro poder mismo.

En la Conciencia se halla el primer asomo de la resurrección del Espíritu, dormido por innumerables siglos en el fondo de la Materia. En la Vo-

luntad se halla el primer vestigio de su independencia y reversión.

El *querer*, por lo mismo que se deriva espontáneamente de la virtud que tiene la fuerza espiritual, sólo puede salir de nosotros mismos.

No puede, sin embargo, el Espíritu accionar directamente sobre los demás sujetos sin que intervengan otras fuerzas comunicantes debidamente organizadas.

Ordeno y mando, dice un general. La orden y el mandato se cumplen, mas no por el solo hecho de la Voluntad imperativa, sino por fuerzas y voluntades que ya son ajenas.

Podemos servirnos de un ejemplo muy empírico: El *querer* o primer impulso de la Voluntad es como la polea loca que gira sin transmitir su movimiento a la máquina. Para que este movimiento se transmita precisa otra acción mecánica. La intervención de otros órganos ejecutivos.

Nuestro cerebro es el taller mecánico donde gira el *querer*, la *polea loca* de nuestra voluntad. Queremos realizar un acto y nos paramos a reflexionar antes de ejecutarlo.

La Voluntad ya funciona con su espontáneo movimiento, pero el organismo material no se mueve. No ejecuta. Estas luchas entre el *querer* y la Razón que se opone en muchas ocasiones, suelen producir verdaderas batallas interiores.

Por fin nos resolvemos a que se cumpla nuestro *querer*. La correa que hace girar a la polea loca se transmite a la rueda, que ya forma parte del mecanismo, y éste entonces se pone en movimiento.

Por este ejemplo podemos advertir que no es

nuestra Voluntad la que produce los movimientos de nuestra máquina orgánica, sino que éstos se deben a otras fuerzas que intervienen para este fin. He aquí la razón que nos ha movido para calificar a la Voluntad de resorte y no de motor directo, como generalmente se cree.

Con toda evidencia se advierte que la Voluntad individual no puede ser motriz por sí misma porque el acto volitivo no se realiza en ningún caso con la intervención exclusiva de la fuerza espiritual.

Nuestro Espíritu para *querer* no necesita salir de sí mismo; mas para ejecutar o traducir en fuerza cinética o de movimiento aquel impulso íntimo, tiene que apoyarse en otras fuerzas, unas que actúan a la directa y otras a la inversa. Cada acto volitivo, cada movimiento, sólo se produce a merced de las relaciones que unen al Todo con la parte. El fenómeno de la Vida individual, sea cual fuere su orden, se debe a una resultante de la fenomenología universal.

Pero de hecho la facultad de *querer* es innata en nuestro Espíritu, y esta facultad no puede limitarse bajo ningún concepto. Pertenece al modo de ser *en sí* de nuestro Espíritu, en ese estado de su reversión o desenvolvimiento.

No pueden ponérsele fronteras al *querer* de la Voluntad. ¿Y cómo si ésta es una condición divina del modo de ser de la fuerza espiritual? Se trata de un atributo que pertenece a Dios mismo.

Como un hombre *no quiera* no se realiza, en ningún caso, el acto volitivo. Se le puede instigar a que lo realice bajo mil formas y procedimientos.

Se le puede halagar, mortificar, atormentar.... Todo resulta inútil si el Hombre se aferra al impulso contrario de su voluntad. ¿Cuándo lo realiza? Cuando se le convence y quiere realizarlo. Todo cuanto se diga en contrario son puros sofismas producto de vanos escarceos filosóficos.

Si tal no fuese el carácter de la Voluntad, si ésta no fuese libérrima y omnímoda, no sería un atributo de Dios. No sería Voluntad.

Pero esta misma facultad libérrima ya no puede aplicarse a la ejecución de nuestro *querer*. Aquí empiezan las restricciones y limitaciones, y esto es profundamente lógico, porque si el acto sucediese siempre al impulso con el mismo poder libérrimo, cada hombre se erigiría en un Dios, cuyo absurdo se advierte en seguida, porque entonces habría tantos seres omnímodos como hombres, y no habría un Dios único.

Por estos ratiocinios volvemos a nuestra Verdad de que no se halla en el *querer* el motor individual. ¿Para qué había de ser nuestro *querer* omnímodo y motriz, si la función traducida en acto no podría nunca resultar omnímoda, puesto que se hallaría limitada por los actos de los demás?

Las cosas son como deben ser. La Voluntad individual libérrima, pero el acto volitivo tiene que someterse a las Leyes de la concurrencia armónica. Cada ser tiene los órganos adecuados para que pueda realizar su voluntad, pero restringida por la acción común para que todas las voluntades puedan moverse en la esfera adecuada que les corresponde, conforme a su categoría.

Yo quiero ser rey. Esto nadie puede impedirlo.

Como si quiero volar, sin tener alas. Estoy en mi perfecto derecho; mas para realizar mi *querer* necesito el concurso de fuerzas que pertenecen a otros. De un ejército, en el primer caso, y de una máquina, como el aeroplano, en el segundo. De lo único que me hallo en posesión perfecta es de la facultad de querer sin restricción alguna.

V

INSTINTO

En el Instinto asoma el primer vestigio de la dirección del *querer*. Aquí está la raíz de la Intelligencia.

La fuerza del Espíritu al llegar a este grado de su intensificación y desarrollo no solamente *quiere*, pero también *dirige*.

Tal dirección es la más elemental que puede concebirse. No se halla determinada todavía por ningún elemento de juicio. Podríamos calificarla de dirección impulsiva sin líneas determinadas de acción y desarrollo.

Como todo lo que virtualmente se deriva de nuestro Espíritu, este movimiento nace del fondo de nuestro ser, que se resurrecciona *en sí*, aparte del Poder divino, a cuyo Trabajo se debe exclusivamente la vida de todos los seres.

Si no poseyéramos la facultad espontánea de dirigir nuestro *querer*, no podríamos traducirlo en acto volitivo.

Por manera que no basta tampoco con que se pongan al servicio de nuestra voluntad las fuerzas ajenas. Necesario es que sepamos dirigir las.

A la facultad de conocerse *en sí* sigue la de conocer a los demás en el desenvolvimiento de la fuerza del Espíritu. Luego se adquiere el impulso del querer y después el de dirigir, cuyo período inicial se halla en el Instinto.

Todo se halla contenido en el fondo del Espíritu, pero es preciso que vaya saliendo conforme éste se desdobra o reversiona, para que tome acceso en la vida y modo de ser del propio Espíritu.

En el Instinto se hallan los primeros vislumbres de la dirección del querer, que en un grado más intenso se hace inteligente hasta llegar a la meta, donde ya se hace racional.

Si el curso del desarrollo espiritual se detiene en el Instinto, la dirección del *querer* resulta sólo instintiva y no tiene el acierto y la luz que corresponde a los estados del futuro desarrollo. En semejante caso la Vida es instintiva o irracional.

Por medio de este análisis tratamos de deslindar bien concretamente las virtudes que pertenecen al modo de ser de las fuerzas del Espíritu, desposeídas por completo de todo patrimonio ajeno.

Debemos desechar todo prejuicio encaminado por desconocimiento de la Verdad a dar acceso a la creencia de que el Espíritu Máximo, o sea el Espíritu de Dios tiene facultades nuevas o desconocidas que difieren de estas facultades que analizamos. Nada de eso. El Espíritu de Dios y el del Hombre sólo difieren en la Cantidad, mas no en la Intensidad. ¿Cómo habían de diferenciarse si son

la misma cosa? Difieren también en la actuación, en Dios directa y en los hombres inversa, pero en el fondo no hay más fuerza o substancia que una, y ésta es la fuerza psíquica o espiritual.

VI

INTELIGENCIA

En este tono de la resurrección y desenvolvimiento de la fuerza espiritual la Voluntad dirige.

Esta acción sale de nosotros mismos. Funciona sobre el propio espíritu, poniendo en movimiento su fuerza componente.

Para realizar este trabajo ya no hace falta la intervención ajena. La Voluntad se determina, girando en sí misma. De aquí se deriva la Inteligencia.

El Espíritu es un conjunto de elementos radiales de la forma $\frac{\varphi}{\varphi^3}$, como ya sabemos. Cada uno de estos elementos radiales contiene *en sí* un destello divino. Moviendo estos elementos toma desarrollo la Inteligencia.

Este hecho patentiza de nuevo la Verdad por nosotros descubierta de que nuestra Voluntad no es motora de los movimientos que realiza nuestro organismo.

Cuando el Espíritu acciona *en sí* lo hace con movimiento a la inversa, esto es, operando de menor a mayor intensidad, y no al contrario. Por esta causa no tiene aplicación directa su acción espon-

tánea sobre las fuerzas naturales. La tiene sólo para sí, como una facultad que colabora al Trabajo de Dios de intensificar todas las fuerzas.

Este movimiento *en sí* del Espíritu es de ideación, no de ideas concretas. La Voluntad espontánea es determinante: no determinada. Para que haya determinación en todas las manifestaciones de la Vida es indispensable que se pongan en ecuación las dos funciones opuestas.

La facultad de *idear* es como la facultad de *querer*. Son dos potencias del Espíritu correlativas, mas por sí solas no pueden traducirse en actos ni convertirse en ideas. Si realizamos actos determinados y tenemos ideas concretas débense a la intervención de fuerzas que actúan en el Medio con función directa, complementándose con nuestra función inversa.

Fijémonos en que nuestro Pensamiento no toma concreción ninguna como no lo organicemos mentalmente. Todos los que piensan poniendo en práctica su ideación tienen forzosamente que hablar por dentro. De lo contrario no podrá formarse ninguna idea.

Volvemos otra vez al ejemplo de la *polea loca*. La sola fuerza de la ideación no basta para concebir ideas. Hay que transmitir esta fuerza a otros órganos de ejecución para que aquéllas se determinen.

Por manera que no hay ser alguno que trabaje para él solo. Los esfuerzos se mancomunan con el fin de que puedan obtener el resultado que coopera al desenvolvimiento de la Vida universal, fundada

también en el Trabajo que Dios realiza simultáneamente a la directa y a la inversa.

Cuando el Espíritu se enriquece con una idea concreta por modo espontáneo, esta adquisición ya no se debe a su fuerza ideatriz. Este es el caso de la revelación divina.

Hay dos formas de trabajo espiritual. Una de ellas se funda en la labor cooperativa de las dos funciones, o bien en la organización, mentalmente articulada, de la ideación, para formar las ideas concretas. La otra forma pertenece a un trabajo más intenso y puro. En este caso el movimiento motriz de la fuerza del Espíritu se opera más internamente. No se desgrana ni articula dicha fuerza en ideas. Toda ella, esencialmente, gira en el fondo. He aquí determinado el fenómeno de la inspiración por el cual se adquieren las ideas nuevas.

En este caso, teniendo en cuenta que nosotros, como seres espirituales, nos hallamos siempre en el Radio Máximo, las ideas adquiridas vienen con una aureola de grandeza que propende al misterio de la infinitud.

De todas suertes, lo mismo para el movimiento de las ideas, cuya adquisición se debe a la naturaleza, que para el de estas otras que nos son reveladas, siempre son precisas dos fuerzas en ecuación. De este dualismo no puede prescindirse en ningún caso porque es inevitable.

No es posible dar ni una idea remota de lo que sería el Espíritu humano entregado a su propio y único esfuerzo, sin poder determinarse en ningún

acto volitivo ni en ninguna idea concreta y menos aún en ninguna imagen de alta inspiración artística.

VII

RAZÓN

Al último término de la escala espiritual se llega cuando la intensificación del Espíritu obtiene el grado de la fuerza de Cualidad.

En este caso las ideas se concretan en Principios. La dirección de la Voluntad se convierte en Ley de la Voluntad.

Aquí se hallan ya muy cerca de la identificación las dos fuerzas que son precisas para dar determinación a las manifestaciones de la Vida. Y decimos muy cerca porque la identificación completa sólo reside en la Ley de Substancia, donde desaparece todo dualismo y diferenciación.

Para llegar a la elevada cumbre del Espíritu, a la que damos el nombre de Razón, necesita el Hombre despojarse de todos sus preconceptos. La Libertad del criterio debe hacerse omnímoda. La dirección de la Voluntad alcanza en este grado su ejercicio más atinado y perfecto. La Razón es la Luz de la Vida.

VIII

MANIFESTACIONES DEL ESPÍRITU CONFORME AL GRADO DEL DESARROLLO ORGÁNICO

Establecida la escala de los siete tonos que ofrece la intensificación graduada de la fuerza natural efectuada por el trabajo de las máquinas de reversión de la Vida, pronto se advierte que las diferencias de orden espiritual que distinguen a unos seres respecto de otros, dependen de sus diferencias de constitución orgánica.

Empieza el primer tono por el giro de los núcleos microorgánicos en fuerza natural. La sensibilidad comprende a los vegetales de todas las especies. Los animales inferiores, algunos tienen conciencia tan elemental como su constitución rudimentaria. Otros, ya más desarrollados, poseen voluntad e instinto, y los más privilegiados se acercan a las fronteras de la inteligencia. Ninguno de ellos a la razón.

El individuo mejor dotado es el Hombre, para quien la escala del Espíritu no tiene tan cortas limitaciones, hallándose en él comprendido todo animal.

Como se advierte ahora, el espíritu humano no se compone de un solo término, como vulgarmente se cree. Resurrecciona por etapas de menor a mayor intensidad, pero no pasa de unos estados a otros progresivamente, desapareciendo los anterior-

res. Se conserva toda la escala de derivación en todo momento. La corriente no cesa, conforme ya tenemos estudiado.

Así es que el Hombre se conoce *en sí*. Tiene voluntad para *querer*. Se halla dotado de impulsos instintivos. Tiene fuerza de ideación que se exalta hasta el grado de la inspiración y se hace racional intensificando su espíritu hasta la fuerza puramente cualitativa de los Principios.

Para llegar a este grado de intensificación es preciso que todo el organismo se adhiera a este trabajo, porque si hay tortuosidades y estancamientos en el flujo vital por imperfección de algunos órganos, no se alcanza aquel objeto.

El órgano hace a la función, pero también la función hace al órgano.

Hay hombres ineducados que apenas salen de la inteligencia más rudimentaria que se halla en el instinto, semejando en esto a los animales inferiores o irracionales, no porque su organismo no se halle en aptitud, como acontece con aquellos otros organismos inferiores, para seguir el curso de ascensión por la referida escala espiritual, sino por falta de educación.

Aquí se infringe la Ley de Dios. Este necesita de la colaboración de todas las voluntades para poder realizar su portentoso trabajo, y no puede erigirse en Maestro directo de todos cuantos no se adhieren a la labor común. Pronto veremos que no se infringen impunemente las Leyes universales.



CAPITULO XII

EL HOMBRE INTERNO Y EXTERNO

I

COMPOSICIÓN DE LA MÁQUINA HUMANA

Hemos de volver al estudio de las dos formas de composición de la Vida humana, una externa y otra interna. La teoría del conocimiento carecería de base y por consiguiente de desarrollo, sin aquel estudio previo realizado bien concienzudamente, porque sin tener noticias exactas del modo de ser del órgano, ¿cómo ha de poder explicarse su función?

Ya sabemos que la Materia se halla fuera de la Gran Escala del Medio universal, pero se halla sometida al imperio de la Naturaleza por el hálito de fuerza viva o natural que penetró en los senos de la Materia, desgranándola en partes mínimas y quedando luego en ellas retenida.

Como el organismo humano se halla constituido por estas partes mínimas de Materia y fuerza viva, resulta que en la base de la propia organización se encuentra el elemento primario de su soporte ma-

terial, que si bien se halla fuera de la Escala del Medio, en lo que tiene de Materia simple, ya se adapta a los primeros términos de dicha Escala, o sea a la Naturaleza, por la fuerza viva que contiene.

Esta composición mixta de Materia y fuerza viva de cada parte componente o de cada núcleo micro-orgánico se halla subordinada a una graduación de menor a mayor intensidad, debido a que la fuerza viva modula en tales partes componentes, ofreciéndose en todos sus estados seriales de desarrollo Naturaleza, Luz, Espiritu y Cualidad.

De manera que el corazón se halla formado por corazones mínimos, el cerebro por mínimos cerebros, y por este orden todos los demás órganos intermedios.

El organismo se halla prodigiosamente dotado de cuantos cables de conducción y comunicación son necesarios para que pueda en él verificarse el trabajo incesante de la conservación de todas sus partes mínimas componentes, para lo cual se nutre a diario con elementos similares muy bien repartidos y distribuidos, a fin de que se cubran todas las plazas que a cada momento dejan vacantes los núcleos orgánicos que se resisten a proseguir su trabajo cooperativo, el cual consiste en desprenderse de la fuerza viva que contiene, ya de la Naturaleza o de la Luz, etc.

Estas son las funciones de pura necesidad de conservación de la máquina. Al hombre se le exige que coadyuve a la ejecución de tales funciones en lo que tienen de material o corporal, sin que intervenga para nada en el trabajo más esencial. Este

trabajo lo encontramos hecho y aun recibimos la merced con la indiferencia más olímpica.

Construída así la máquina, dejando para la Fisiología y la Biología el estudio al detalle de todos sus órganos, la consideramos situada en lugar donde reina la más completa obscuridad, y en esta situación se ilumina y se hace sonora por dentro.

II

LAS SENSACIONES

¿Qué debe ocurrir para que se produzca tan extraordinario fenómeno? Nosotros ya podemos explicarlo por nuestra teoría de la visión.

Un hombre envuelto completamente por la obscuridad y el silencio de la noche puede ver y oír sin embargo.

Puede ver un foco encendido a tal distancia que sólo puede hacerse visible con el auxilio de un antejo de larga vista, y puede oír la voz de quien desde lejos le habla por medio de un hilo telefónico.

Ya conocemos las causas, pero las indicaremos de nuevo, siguiendo nuestro sistema de repetir nuestras explicaciones tantas veces como lo consideremos conveniente.

Por los órganos visuales la máquina recibe la impresión que en ella producen las ondas de irradiación que salen del foco lejano. Estas ondas hacen vibrar al cerebro y los núcleos o mínimos cerebros que lo componen vierten su Luz y se opera el fenómeno de la visión.

Por los órganos auditivos la máquina recibe las repercusiones vibratorias de la voz que se le dirige a distancia.

En este caso se produce una vibración en gru-

pos de núcleos más intensos que aquellos que contienen substancia luminosa. Estos núcleos desprenden al vibrar elementos mínimos radiales de fuerza psíquica, hallándose convenientemente situados en la cámara cerebral, donde hay muchos y muy varios compartimientos, a fin de que puedan comunicarse con los órganos auditivos por cuerdas muy sutiles y vibratorias.

Lo mismo las llampadas de Luz, que modulan hasta hacerse radiales, que estas otras, que ya lo son, se adaptan al irradiarse a la escala de nuestro Espíritu para atesorar la Memoria.

Debe comprenderse que si estos elementos de fuerza psíquica no se conservasen, tampoco podríamos tener Memoria. Si ésta perdura es porque aquellos elementos se conservan, aunque se vayan debilitando en el transcurso del tiempo para vigorizarse y rehabilitarse a cada otro elemento que se les adicione del mismo grado y naturaleza.

Así es también como puede explicarse el hecho de que simultáneamente puedan operarse los dos fenómenos, el de la visión y el de la audición.

Las diferencias de las imágenes, como las del sonido, dependen siempre de la diversidad de las vibraciones.

Pero aquí tenemos que consignar que la máquina, aunque se haga luminosa y sonora interiormente, siempre se halla envuelta por la más completa obscuridad y el silencio más absoluto, lo mismo de día que de noche.

De tan elemental y sencilla que es la comprensión de este hecho, se hace de muy difícil acceso para el Entendimiento.

Preguntamos: Si se hace luminosa y sonora por dentro, y si nunca están en la Naturaleza, ni la Luz, ni el Sonido, ¿cómo no ha de estar por fuera dicha máquina envuelta en sombra y en silencio? La respuesta da la explicación de aquel hecho que tan extraordinario parece.

La propia máquina recibe diversidad de impresiones por los cinco sonidos que posee, hasta sentirse dolorida cuando estas impresiones lastiman poco o mucho a las partes orgánicas componentes.

El contacto con un cuerpo material puede ser suave o brusco y ocasionar placer o dolor. Un pinchazo en la carne nos afecta dolorosamente porque destruye en aquel punto la sucesividad orgánica de las partes mínimas que dan constitución a la referida máquina.

La observación general que hacemos estriba en que todas estas sensaciones se operan por movimientos que proceden del exterior y que nos comunican con el Medio ambiente. Pero estos movimientos impresionan nuestro organismo sólo para hacerle vibrar y modular. Luego salen de este mismo organismo las fuerzas que dan composición a las imágenes, a los sonidos y a las ideas y a los recuerdos, etc.

III

TRANSFORMACIÓN RADIAL DE LAS SENSACIONES

Todas las fuerzas que a nosotros acuden para sensacionarnos externamente suspenden su trabajo después de habernos sensacionado. Esta es la vida externa o sensacional de la Máquina humana.

Como antes dijimos, de esta misma máquina se desprenden seguidamente las fuerzas que dan prosecución a la finalidad que se persigue con aquel trabajo externo. Cada núcleo componente actúa conforme a su modo de ser y la plaza que ocupa en el total organismo y con arreglo a la impresión que en él se ha operado por las corrientes exteriores. Unos desprenden fuerza natural; otros luminosa, etc.

Pero el campo de actuación de estas fuerzas provocadas no se halla todo él dentro de nuestro organismo.

Todas las fuerzas que se irradian, sea cual fuere su estado de los expresados núcleos componentes, tienen que desdoblarse por giro de reversión y convertirse en fuerza psíquica que ya se conoce *en sí* y tiene facultad correlativa de poseer conocimiento en los demás. Este trabajo de reversión pertenece al Medio.

¿Cómo se hace *cargo* un hombre de la sensación que en él se produce? Por la afluencia común de las fuerzas sensacionadas a su modo de ser consciente. Y como su modo de ser consciente se halla

sólo en la fuerza psíquica que se conoce virtualmente *en sí*, no tiene la menor duda que la sensación tiene que hacerse consciente para que pueda ser notada y advertida.

Este giro de reversión que tiene su límite común en la fuerza psíquica no puede operarse, según hemos afirmado, dentro de nuestro organismo. La forma natural esférica tiene que transformarse en círculo y el círculo en radio; y esta evolución geométrica de las fuerzas desprendidas de los susodichos núcleos sólo puede efectuarse circulando aquellas fuerzas por la Escala del Medio, empezando por el ambiente externo para acabar en el fondo interno, morada del Espíritu.

He aquí, pues, observada la necesidad de que el Hombre conviva simultáneamente a base de su soporte material en todos los términos de la Gran Escala haciéndose visible y externo por la materialidad del cuerpo y siendo a la vez invisible por su vida espiritual interna.

De manera que todo el ser humano viene a resultar como un cable de trillones de hilos comunicantes que pone en relación a la Máquina con toda la vida del Universo, lo mismo en función directa que en función inversa.

IV

EL HOMBRE EN SÍNTESIS

Venimos también obligados a explicar por virtud de qué relaciones o vínculos se establece la solidaridad común entre el Hombre externo y el Hombre interno para formar uno solo en síntesis.

Preciso es admitir que nuestro espíritu, compuesto de siete tonos o modalidades típicas por su escala espiritual, se halla fuera de nuestro corporal organismo por la inquebrantable Ley de que cada fenómeno tiene que operarse en un Medio de fuerza semejante; pero hay que reconocer asimismo que la ecuación de esas dos formas de la Vida interna y externa se hallan tan íntimamente unidas que parecen constituir una sola.

Con efecto, si el trabajo del pensamiento se efectúa, no inmediatamente en los núcleos cerebrales, sino fuera de ellos, en la Escala espiritual adaptada al Medio, ¿cómo es que pensando mucho damos fatiga al cerebro? Esto indica que la solidaridad entre el pensamiento y el órgano cerebral no puede ser más estrecha ni profunda.

Hay que convenir necesariamente que nuestro pensamiento refluye sobre aquellos mínimos cerebros que calificamos de núcleos microorgánicos. ¿Mas cómo?

Como nosotros no podemos actuar en sentido retrospectivo al que se señala por la dirección que

lleva la irradiación de todos los elementos orgánicos de nuestra Vida, es innegable que aquella influencia internamente retrospectiva se debe a otras fuerzas de origen opuesto.

Estudiaremos esta nueva y magna cuestión en otro libro. Ahora sólo conviene a nuestro proyecto hacer constar que a merced de nuestra Voluntad podemos mover el Pensamiento y que éste actúa magnéticamente, o sea con dirección opuesta concentrativa sobre los núcleos que dan composición a dicho cerebro, estableciendo así la reciprocidad de las dos funciones: la interna y la externa.

Podemos ofrecer algunos ejemplos de orden experimental que aseveran nuestro aserto.

Concibamos un círculo en nuestra mente. Ya está. Hagámosle girar con el impulso de nuestro querer mental. Ya gira. Ahora tomemos un lápiz y sobre una cuartilla de papel hagamos girar la punta circunferencialmente con más o menos exactitud.

He aquí demostrada la solidaridad de las dos formas de nuestra Vida, la interna y la externa, ya que podemos realizar un trabajo de forma análoga, lo mismo en la Escala de nuestro Espíritu que fuera de ella, en el ambiente externo, cambiando el giro de acción de la Voluntad.

Y no podemos pensar nada tampoco sin articular las formas del pensamiento, o lo que es lo mismo, sin hablar por dentro de un modo que casi es imperceptible, pero que no escapa al análisis de nuestra inspección autointerna.

Y podemos leer un libro sin despegar los labios. Y podemos apreciar una frase musical leyéndola

en un papel de música sin intervención de sonido alguno.

De modo que aunque nuestra escala espiritual se halle adaptada al Medio no pierde, sin embargo, sus relaciones con el organismo del cual proceden las fuerzas que dan composición a dicha Escala.

Así es únicamente cómo puede explicarse que nuestro espíritu reciba ideas que no posee en patrimonio exclusivo y que se derivan del Medio, y lo mismo que de ideas, se impregna de frases musicales nunca oídas y de formas bellas que jamás se contemplaron.

Mas todavía la sensación puede invertirse. En vez de ir al Espíritu puede venir del Espíritu, cambiando entonces de nombre, porque en semejante caso a la sensación la llamamos sentimiento.



CAPITULO XIII

GENERACION Y ORGANIZACION DEL CONOCIMIENTO

I

CAUSAS QUE ALLEGA LA SENSIBILIDAD

Por la descripción que hemos hecho en el capítulo anterior de la Máquina humana adquirimos la certeza de que la genealogía del Conocimiento procede de dos opuestos orígenes. Puede ser generado por el movimiento de la sensibilidad provocado por causas externas o que se deriven del Mundo que nos rodea, o bien por el movimiento que del Medio recóndito se deriva.

Por lo pronto nos ocuparemos del Conocimiento que nos allega la Sensibilidad, dejando para luego el que se produce por las corrientes de fuerza que traen dirección contraria.

La objetividad que hemos atribuído a la Fuerza o Substancia desde su estado más intenso y puro al de Materia, producido por su mayor densidad, nos ha permitido seguirla en todos sus cambios esenciales y formas geométricas.

Cuando se genera una fuerza nos interesa al punto conocer: Primero, a qué Ley obedece su generación; segundo, qué trabajo realiza y en qué términos acaba, después que verifica su trabajo.

No aceptamos excepciones absurdas. Para llevar a cabo nuestro estudio de averiguación nada importa que la Fuerza en análisis se ofrezca en este o aquel estado. Para nosotros tan objetiva es la fuerza natural como la luminosa y la psíquica.

A lo único que nos consideramos obligados es a cambiar de procedimiento y de formas de experimentación.

Sería absurdo que tratásemos de estudiar a la Luz en la Naturaleza y al Espíritu dentro del Medio de substancia luminosa. Afirmamos de nuevo que cada fenómeno se produce en los términos seriales que corresponden, en la Escala del Medio universal, a substancias equivalentes. No puede haber Luz ni Espíritu en la Naturaleza. Y no puede haber ni Espíritu ni Naturaleza en la Luz. Esta Ley es irreductible.

En plena obscuridad tocamos el cuerpo de una estatuilla de mármol, por ejemplo. Al tacto observamos que se trata de un cuerpo material (tres dimensiones de la forma extensiva).

Luego vemos, a la claridad del día, la propia imagen de aquel cuerpo reflejada en la cara de un espejo. Ya hemos pasado del cuerpo a la forma incorpórea de la estatuilla (dos dimensiones de la forma extensiva).

Por último, nos separamos del cuerpo y la imagen, llevando en el pensamiento la idea intangible

de aquella estatua (una dimensión de la forma extensiva).

De la esfera hemos pasado al círculo y del círculo al radio, correspondiéndose estos modos de ser geométricos con las tres modulaciones típicas de la Substancia: el cuerpo, la forma y la idea.

Es una verdad incuestionable que si no hubiera sujetos cognoscibles nuestro conocimiento no podría salir de la conciencia del Yo o de la fuerza que se conoce *en sí*.

Nuestro conocimiento se sale de esta simplicidad porque aquellos sujetos se dan a conocer. Esto es también evidente.

Para que haya conocimiento atesorado o complejo son necesarias esencialmente tres fuerzas: Una que conozca, otra que se dé a conocer y una tercera que establezca la comunicación.

Por ejemplo: nosotros contemplamos un objeto. Ya le conocemos. ¿Por qué? Porque se ha dado a conocer. ¿Y cómo? Llamando a la puerta de nuestra cámara cerebral. Este contacto produce una vibración en el cerebro y de sus partes mínimas se ha desprendido la Luz que copia la imagen del sujeto que a nuestra puerta llama.

Los círculos mínimos luminosos que dan formación a la imagen no sólo se desenvuelven hasta producirla, sino que salen de ellos mismos y de su giro continuado de reversión los elementos radiales de fuerza psíquica que se adaptan a la escala de nuestro espíritu para engrosar o atesorar nuestro conocimiento.

Nuestro Espíritu toma nota de aquella visita, dicho en términos bien gráficos, para que no haya

dudas. La Memoria se funda en la conservación de aquellas reversiones causa de tal conocimiento.

Este es un caso de adaptación a la escala de nuestro espíritu en el término donde éste posee la facultad de conocer a los demás después de conocerse a sí mismo.

Esta adaptación es posible entre fuerzas de la misma naturaleza radial o espiritual. La idea que adquirimos del color rojo, por ejemplo, es menos intensa que la que obtenemos del color azul. Cuestión de grado. Los términos de la escala son innumerables y no hay grado alguno que no tenga su adaptación propicia.

Si el movimiento se produce por uno u otro contacto sensacional, la vibración que se produce en los núcleos componentes de nuestro organismo se traduce en desprendimientos de fuerza natural derivados de dichos núcleos, cuya fuerza se irradia internamente por la Escala del Medio hasta convertirse en elementos radiales de fuerza psíquica, que también acuden a nuestro Espíritu para que se vaya acaudalando el Conocimiento.

Recibe nuestro Espíritu, a merced de aquellos movimientos sensoriales, visitas de diferente grado y origen. Las de la Luz nos *participan*, en su lenguaje de cognoscencia, que las ondas de irradiación de tal o cual sujeto han llamado a la puerta de nuestra cámara cerebral y nos enteran de cuanto saben del modo de ser de tal sujeto, por lo que se refiere a su forma geométrica y a la variedad intensiva de los núcleos microorgánicos que lo constituyen. Como no saben más, nada más pueden decirnos.

Los otros visitantes nos informan de que un cuerpo extraño ha entrado en contacto con nuestro cuerpo, dándonos idea de la configuración y naturaleza de aquel cuerpo, distinguiéndolo por la suavidad del toque o brusquedad del contacto entre los innumerables objetos que pueden relacionarse material y externamente con nuestro cuerpo.

Las ideas que contiene un libro nos son comunicadas igualmente por la lectura de sus páginas.

En este caso las irradiaciones que salen de los núcleos que componen el cuerpo de resistencia de las letras ya son más complejas, consistiendo su variedad en la distinta posición geométrica que cada una de ellas ocupa formando un sistema de direcciones solamente interrumpido por las anotaciones ortográficas.

Aquí los visitantes ya son más expresivos. Nos enteran de las ideas que tales signos de expresión encierran. Luego toman su plaza en la Escala de nuestro Espíritu y se incrustan en la Memoria, repitiendo la lectura cuantas veces sea necesario, hasta que ya puede cerrarse el libro porque sus páginas quedan en la Memoria grabadas.

Podríamos ofrecer innumerables ejemplos, pero basta con los enunciados anteriormente para tomar acta de positiva certeza referida a las causas que dan generación al conocimiento desde el Estado más simple del Yo hasta el tesoro acaudalado que enriquece a la Inteligencia.

II

CAUSAS DE INTERNO ORIGEN

Según anunciamos debidamente, este movimiento sensorial puede invertirse, contraponiéndose los orígenes que dan generación al Conocimiento.

¿Y dónde se halla el eje de esta inversión? En el impulso del querer de la Voluntad, en cuyo término se halla promediada la escala de nuestro Espíritu, y por hecho correlativo promediada también la Gran Escala del Universo.

Las sensaciones externas que el Hombre recibe son ajenas a su querer. No necesitan de su asentimiento para producirse, mas para invertir la acción o sea para exteriorizar las manifestaciones que afectan a la vida del Mundo espiritual o interno, se hace preciso el concurso de aquel resorte de la Voluntad humana.

Al llegar a este punto tenemos que hacer observar que las fuerzas que operan estos movimientos del Espíritu a la Naturaleza ya no se apoyan ni pueden apoyarse directamente en nuestro organismo, porque actúan sobre él a la inversa en relación con el movimiento que hemos estudiado.

Tales energías proceden de origen opuesto, y naturalmente su fuerza de apoyo tiene que radicar en este origen.

Pero el caso es que por el resorte de nuestro

querer podemos exteriorizar aquella vida interna, dándole forma luminosa en la mente, y hasta esculpirla en cuerpos materiales de resistencia.

Y no sólo podemos dar movimiento a nuestra Máquina orgánica con fuerza física que de aquel mundo interno procede, pero también mover y agitar nuestra fuerza consciente abriendo en ella profundos surcos, y hasta remover todo el tesoro de la Memoria haciendo en ella minuciosas pesquisas, escudriñándola hasta en sus más remotos tiempos y recónditos senos.

El Trabajo, que hace progresiva la intensificación de nuestro Espíritu, enriqueciendo el Conocimiento con ideas nuevas, tiene una dirección que es del Espíritu a la Naturaleza, así como el trabajo por el cual se operan las sensaciones se significa al contrario, o sea de la Naturaleza al Espíritu.

Pero en ambos casos se hace necesario el curso de nuestra máquina orgánica.

Removiendo las ideas adquiridas y agitando el cerebro por el impulso de nuestro querer auxiliado por el Motor universal, que sólo reside en la Voluntad suprema, logramos quebrantar la resistencia material de los núcleos microorgánicos, que sirven, como ya sabemos, de mínimos receptáculos donde se contiene el Eter divino en trillones de elementos radiales de máxima reducción.

Por semejante trabajo, los núcleos, a la vez que se hacen menos materiales, se intensifican, y las irradiaciones de la fuerza espiritual que desprenden son también progresivamente más intensas.

Es muy ostensible la diferencia que distingue entre sí al trabajo que opera la vibración de los

núcleos para que desprendan a ráfagas la substancia que contienen, sin que se quebrante el receptáculo material, o digamos, su cuerpo de resistencia y el trabajo más superior que sin hacer vibrar al núcleo opera en descomposición progresiva a fin de que alcance más altos grados de intensificación.

Merced a este desenvolvimiento de los núcleos, la Escala de nuestro Espíritu se eleva en consonancia con el esfuerzo que se realiza para obtener en parte el quebrantamiento material de los expresados núcleos.

La adaptación que debemos al Medio se hace más profundamente interna, y como en el Medio se halla la fuente recóndita de todos los Principios, y como nosotros convivimos con el Medio por nuestro ser interno, nuestro Conocimiento se enriquece saciando su sed inextinguible de sabiduría en aquella fuente de purísimos raudales, tanto más intensa y pura cuanto se halla más cercana a la Ley de Substancia de donde se derivan todos aquellos raudales.

Nosotros tomamos Conocimiento, conforme ya hemos dicho, por las revelaciones que debemos al Mundo que nos rodea exteriormente y por las que recibimos del Gran Espíritu que en el fondo del Universo mora.

Para que el trabajo de operar el desenvolvimiento de los cerebros mínimos, que de tales calificamos a los núcleos cerebrales, se haga productivo, menester es el concurso de los elementos que se deben al trabajo de los órganos sensoriales.

Si se trata de dar intensificación a nuestro Espíritu, para establecer una teoría científica, por

ejemplo, debemos procurar a todo trance que la marcha de aquel trabajo se haga moduladamente por medio del análisis, la observación y el estudio de los elementos de categoría inferior que han de servir de base para más altas exploraciones científicas.

La causa de esta necesidad se encuentra en la Ley de desarrollo serial que preside a la formación de la Escala de nuestro Espíritu.

Hay que seguir todos los trámites que impone la serie, porque de lo contrario o se hace infecundo el Trabajo a causa de no poder vencer la resistencia al cambio que ofrecen aquellos mínimos cerebros, o se produce confusamente, modulándose los términos de la serie, originándose por semejante causa los más lamentables errores.

Esta genealogía del Conocimiento pone diáfana claridad en todas las sombras que la obscurecían, demostrándose de un modo categórico que los progresos que en todos los órdenes realiza nuestro Espíritu no se deben a él exclusivamente, sino a las revelaciones que obtiene como premio al Trabajo que realizamos.

Por esta causa no a todos los hombres puede hacer el Gran Espíritu las mismas revelaciones. No entra en sus facultades infringir las Leyes que ponen método y orden en la marcha de todo el Universo. Hay que trabajar espiritualmente para obtener la intensificación del Espíritu, aunque los resultados no sean siempre los mismos, porque no todos los cerebros se prestan con iguales resistencias a llevar a cabo su progresivo desenvolvimien-

to. Esto ya depende de las imperfecciones orgánicas.

Resumiendo; hallamos que son tres las fuentes de derivación del Conocimiento.

La primera se halla en la conciencia elemental del Yo, salida espontáneamente de la intensificación y desarrollo del flujo vital cuando llega a ese estado de la fuerza que se conoce *en sí*. La segunda se encuentra en el conocimiento que adquirimos de los seres que con nosotros conviven, por las imágenes de que se revisten y que nos son aportadas por los sentidos. Y la tercera, por las revelaciones que debemos al Espíritu superior que nos sirve de medio de adaptación espiritual.

Nuestro conocimiento se forma por sensación, intuición y revelación. Sin esta forma trinomía de composición orgánica no saldríamos de nuestro Yo elemental.

Estas verdades demuestran que los seres se complementan para formar el organismo total y universal y que no es concebible la desasimilación de unos seres respecto de otros. Cada uno de ellos no sólo vive para sí, pero también para todos los demás. Sin esta ecuación constante y viva del todo con la parte no sería posible la existencia de ningún ser.



CAPITULO XIV

FENOMENOS DIVERSOS DEL CONOCIMIENTO

I

LA EXPLICACIÓN COMÚN

Todo, al cabo, viene a tener una común explicación. La fuerza radial de nuestro Espíritu actúa sobre las imágenes organizadas en nuestro cerebro, como actúa el Medio sobre el individuo. Se produce una intensificación en las fuerzas que dan composición a dichas imágenes, y la irradiación hace modular por trabajo recíproco a nuestro Espíritu. Entonces se acentúa el conocimiento que éste posee de la visita que recibiera en otros tiempos, y a este resurgimiento le damos el nombre de recuerdo.

Este mismo fenómeno se opera por acción inversa. En el caso anterior el recuerdo sobreviene inquiriéndolo desde el fondo; pero también se suscita por fuerzas de contrario origen o que penetran en el cerebro desde lo externo a lo interno.

Entonces el recuerdo se provoca sin buscarlo. Todos los hechos semejantes avivan nuestra me-

moria. Relegamos durante muchos años al olvido ciertos actos de nuestra vida, y de improviso la imagen de un objeto determinado los saca de aquel olvido haciendo que lo recordemos.

Las causas productoras son las mismas, aunque la actuación corresponde a opuestos orígenes. En el primer caso nuestra fuerza espiritual es la que acciona de dentro afuera. En el segundo la acción se opera en sentido contrario hasta producir la propia influencia sobre nuestro espíritu.

II.

EL ENSUEÑO

Hay un tercer caso que difiere de los dos expuestos en el párrafo anterior, y que también pone de manifiesto la individual organización de todas las imágenes cuya fuerza productora penetra por nuestros sentidos para instalarse en las regiones del cerebro.

Todo cuanto vemos, cuanto oímos, cuanto leemos, etc., se halla de la propia manera instalado y organizado en nuestra escala espiritual, teniendo cada parte mínima de cuantas forman las imágenes, en conjunto, su correspondiente adaptación a dicha Escala.

El tercer caso a que nos referimos, consiste en la mayor influencia que ejercen estas imágenes en nuestro espíritu cuando reposa nuestro organismo, produciéndose el fenómeno del ensueño.

¿Por qué cae en el sueño nuestro organismo? Porque se interrumpe la circulación del flujo vital. Esto es indudable. La corriente no circula accidentalmente y la irradiación espiritual cesa o decrece, así como llama que se apaga o amortigua por causa de que se acaba o disminuye el combustible.

Aquellas imágenes que constituyen el tesoro de nuestro conocimiento o bien de nuestra memoria, se

hallan adaptadas, como ya sabemos, a nuestro Espíritu, con predominio de éste, porque nosotros constituimos su medio espiritual, y sabido es que el medio domina siempre al individuo.

Pero si la energía de nuestro Espíritu decrece porque se rinde más o menos completamente al sueño, entonces el predominio lo ejercen individualmente dichas imágenes a cualquier influencia que produzca su excitación.

Se revelan a nuestro conocimiento de esa manera vaga y misteriosa con que se produce el ensueño.

Nuestra voluntad no ejerce sobre dichas imágenes la necesaria disciplina, y éstas se combinan desordenadamente, confundándose las épocas y las formas y mezclándose los fenómenos y los hechos sin más ilación que la que se produce por las causas excitables ajenas a la Ley de buena composición y gobierno.

El mejor ejemplo que podemos aducir es este: Nuestro Espíritu y las imágenes que se le adaptan son como dos luchadores, uno tan fuerte que se impone al otro normalmente, pero este predominio cesa cuando se debilita el luchador más vigoroso. Entonces se rompe la ordinaria ponderación y ambos luchadores forcejean con movimientos y vaivenes que oscilan así a favor como en contra de cada uno de ellos.

Por esta causa el ensueño siempre tiene alguna ilación en medio de sus desordenadas producciones, porque la inhibición de nuestro espíritu sólo es total cuando el sueño es profundo y no lo inquietan las provocaciones del recuerdo.

Para que haya ensueño es preciso que haya cierta

inquietud en el Espíritu. Esta inquietud es la fuerza que excita también a las imágenes y se entabla la lucha, pero si el Espíritu reposa entonces no se excitan tampoco aquellas imágenes y el ensueño no se produce.

¿Y dónde se afectúan estos ensueños? En los términos del Medio universal donde esta fuerza irradiada halla adaptación.

Con toda exactitud cuando soñamos en un cielo azul tachonado de estrellas, nos internamos en el Medio luminoso lo mismo que cuando lo contemplamos despiertos.

Esa luz misteriosa de los sueños que no se produce por ningún Sol ni ninguna lámpara, es la Luz positiva o de giro directo que pertenece a dicho Medio luminoso.

Creíamos que todo se hallaba comprendido en el medio atmósfera... Nor por cierto. El fondo que aparentemente se abre sobre la cara de un espejo a nuestra visión, es tan real como la propia atmósfera, sólo que no está allí donde aparentemente se ofrece a nuestros ojos. Se halla en el interior de la atmósfera, como los horizontes que soñamos sin representaciones sofisticadas de ninguna especie. Así ya puede embelesarnos la contemplación de semejantes prodigios como encierra en sus senos profundos el Medio universal.

III

EL OLVIDO

Tan necesario es el Olvido como el Recuerdo para el ordenado ejercicio del Conocimiento.

Este no sería utilizable si todas las imágenes que nos allega la sensibilidad no *cayeran* en el olvido para resurgir sólo cuando conviene a la dirección de nuestro Espíritu.

La Vida en un acúmulo continuo de recuerdos, en una peridiación constante, no sería posible. En esto, como en todo, se nota la sabiduría que preside a la organización de nuestra existencia.

El Olvido se halla en la disciplina de adaptación que guarda el inferior respecto del superior, o, dicho en otros términos, en la sumisión que debe todo individuo al medio convivente.

Tal estado de disciplina se altera por las causas que ya hemos enunciado, y entonces sobreviene el recuerdo que nos pone en posesión de los hechos ya conocidos. Así es como podemos dar buena aplicación a nuestro conocimiento.

Claro es que no todos los sujetos cognoscibles que se instalan y organizan en nuestro cerebro poseen la misma fuerza de adaptación.

Su mayor o menor intensidad depende de la atención que nosotros ponemos en aquel maridaje y según el interés que prestamos a la visita.

Para fijarla bien en nuestra memoria hacemos que la visita se produzca repetidamente, hasta que se esculpa, digámoslo así, en nuestra memoria.

Con tal asiduidad conseguimos recordar, luego de haberlas aprendido, una o más páginas de un libro al pie de la letra, como vulgarmente se dice.

Todo esto cae en el olvido, o bien se indetermina para hacer posible un nuevo aprendizaje. De otro modo no podríamos enriquecer el caudal para servirnos de él cuando conviene a nuestros trabajos de investigación y relación.

Hay imágenes, sin embargo, que predominan sobre el Espíritu, aun hallándose éste en plena vigilia.

Esta rebeldía a caer en el Olvido estriba en que hemos recibido la visita con excesiva atención y sobra de interés, dotándola de una fuerza que supera a la de nuestra voluntad en aquel término de adaptación que corresponde a nuestra escala espiritual.

Este es el caso del Amor o del ensueño constante provocado por aquella mayor fuerza que se apodera de nuestra voluntad y se resiste a caer en el Olvido.

IV

EJERCICIOS DEL CONOCIMIENTO

Con los elementos que nos aportan los sentidos acaudalamos nuestro conocimiento; falta ahora saber cómo lo ejercitamos.

Esto tampoco tiene nada de misterioso. No hay misterios ni enigmas en nuestra Ciencia de investigación. Las fuerzas se relacionan entre sí para establecer hechos semejantes que sólo difieran por el grado de intensidad de dichas fuerzas, la diversidad de sus movimientos y el contraste que ofrecen sus dos opuestos orígenes de derivación.

¿Cómo ejercitan los músicos intérpretes su arte? Sacando del *olvido* al instrumento que poseen. Allí están todas las notas que necesitan para dar sonoridad y expresión a la obra musical. Suenan solamente aquellas notas que son heridas o impresionadas por los dedos, así como sólo resurgen para dar ejercicio al Conocimiento las imágenes que se recuerdan impresionadas también por la fuerza de nuestro Espíritu.

Así como hay músicos intérpretes unos más aventajados que otros, así también hay hombres que saben ejercer su conocimiento con mayor ventaja que otros. Estas diferencias obedecen a causas cuya gran complejidad se sale de nuestro estudio, basa-

do únicamente en la investigación de los Principios.

La mayor o menor inteligencia se funda en el mayor caudal de las ideas adquiridas y en la aptitud que cada uno tiene para ejercitarlas; mas de hecho puede afirmarse que todo ello es obra del mejor giro y movimiento que obtengan las ideas.

Esta facultad de mover las Ideas es patrimonio virtual de nuestro espíritu. Luego entra la facultad de dirigir las; pero tenemos que advertir de nuevo que estas facultades no son motrices y sí sólo impulsivas.

Nuestro espíritu no es motor, y lo recordamos para que no se olvide nunca que sólo hay un motor residente en el Radio Máximo del Universo.

Nuestra voluntad obra como resorte para que se establezca una oscilación momentánea entre las relaciones que ponen en equilibrio normal al Medio y al individuo y se opere el movimiento que las restaura de nuevo.

La idea de que cada ser vivo se hallase dotado de un motor individual es tan absurda que nos parece mentira que se haya podido cobijar en el cerebro de ningún filósofo.

Así es que nuestra voluntad posee dos resortes o impulsos diferentes. Por el primero acciona sobre el Medio y las fuerzas irradiadas en el mismo para que se opere el movimiento de nuestra máquina orgánica, y por el segundo actúa más internamente en el propio Medio a fin de que aquellas fuerzas irradiadas en grados más intensos produzcan el giro de las Ideas.

De este segundo resorte ya no participan los ani-

males inferiores. Su voluntad sólo puede ejercerse por el primer impulso, no porque carezca virtualmente del otro impulso superior, sino porque su fuerza no ha obtenido el suficiente desarrollo hasta adquirir aquel grado de intensificación.

El conocimiento, de composición compleja, sólo puede producirse a merced de la concurrencia de tres Fuerzas de órdenes diversos, como al comienzo dijimos.

Estas substancias son: Fuerza que conozca, Fuerza que se dé a conocer y Fuerza que establezca la comunicación.

La primera de dichas fuerzas está en nosotros. Constituye nuestro modo de ser consciente, puramente individual. La segunda y la tercera se hallan fuera de nosotros.



CAPITULO XV

GENEALOGIA DE LAS CREACIONES ARTISTICAS

I

EL GENIO Y LA SABIDURÍA

Ahora mismo nos hallamos nosotros vertiendo ideas sobre las cuartillas de papel que se ofrecen como plano de resistencia a fin de que podamos organizar sobre la superficie del mismo las letras, sílabas, palabras y oraciones que dan cuerpo material a las expresadas ideas, sin cuyo cuerpo no podrían éstas manifestarse.

El movimiento por el cual se opera nuestro trabajo tiene su origen en el Mundo espiritual interno.

Nuestra misión se reduce exclusivamente a poner en comunicación aquel Mundo interno con estotro que pertenece a las cosas sensibles por las cuales se constituye el ambiente exterior que nos envuelve.

Pero hay en nuestro trabajo una diferencia importante que merece señalarse.

El origen de este movimiento, que es de dentro afuera, puede tener su raíz dentro o fuera de la Escala interna de nuestro Espíritu.

Las ideas que se vierten sobre el papel y se aprisionan por medio de las formas escrituradas, tienen su origen en la Memoria, si son ideas concebidas por otros y adquiridas luego a merced de las formas sensibles que la enriquecen. En semejante caso nuestro trabajo se reduce a poner en acción nuestra Memoria para estampar en el papel algunos de los elementos que la atesoran. El movimiento empieza en nosotros y acaba en nosotros.

Pero si las ideas son originales, su raíz ya es más honda. En este caso hay que operar su alumbramiento en nuestro cerebro en la forma que ya expusimos. Hay que dar desarrollo a nuestros cerebros mínimos para que se prolongue el número de términos de la Escala de nuestro Espíritu, con el fin de que alcance a más alto grado de intensidad el desarrollo serial que la adapta a la Gran Escala del Medio, fuente de las Ideas y de todo ulterior conocimiento.

Aquí ya se trata de un parto, más o menos doloroso, porque mover y remover el cerebro a fin de que se desenvuelvan y progresen sus partes componentes o cerebros mínimos, siempre produce fatigas y dolores al Espíritu.

Pero estas mismas ideas originales que nosotros estamos concibiendo y estampando sobre el papel se transmiten a los cerebros ajenos por medio de la lectura, invirtiéndose la acción del trabajo. Para

nosotros el movimiento es del Medio universal o del Gran Espíritu al Mundo sensible. Para los lectores el movimiento es del Mundo sensible a la Memoria, que pertenece a uno de los términos de nuestra espiritual escala.

En el primer caso hay concepción. En el segundo hay adquisición.

De uno a otro trabajo media la diferencia que va entre el giro de reversión y el de la vibración. Por el giro de inversión de los componentes mínimos cerebrales se concibe. Por el de su vibración se aumenta el caudal de la Memoria, base de la sabiduría, pero no fundamento del genio.

Un hombre puede ser un sabio aunque carezca de genialidad. Otro hombre puede ser un genio aunque no tenga tanta sabiduría. La Inteligencia suprema se halla en la Razón, donde coinciden el genio y la sabiduría.

En el Hombre que a más alto grado eleva su Razón se encuentra el Superhombre, porque en él la sabiduría sirve de pedestal al genio. Tal Espíritu ya se rige por la fuerza de los Principios que calificamos de fuerza de Cualidad.

Para que el Hombre pueda influirse de las sensaciones externas o de la Naturaleza tiene el organismo cinco órganos o sentidos: la vista, el oído, el tacto, el paladar y el olfato.

Para dejarse influir por las fuerzas internas se hallan los términos modulados del Medio universal. Por aquellos términos seriales se extienden aquellas fuerzas internas.

Así es que el Conocimiento humano puede elaborarse tomando una gran variedad de formas típicas

y matices distintos, haciendo del Hombre un sabio o un genio, según sea la dirección que toman sus predisposiciones mentales.

Observando con atención los fenómenos de la Naturaleza, comparándolos y relacionándolos entre sí, puede obtener sorprendentes resultados y llegar a grandes resúmenes; mas siempre sin salir del orden natural.

De la Naturaleza no se desprende ni la más leve idea.

Puede encontrarse una Ley pero de carácter particular, circunscrita a la serie interminable de fenómenos que pertenecen a la Naturaleza, pero no puede salir de semejante investigación ninguna Ley de categoría superior. Esta es la obra del sabio.

Hay que invertir el orden del análisis. Hay que sondear en el fondo de nuestro Espíritu, el lugar recóndito donde se encuentran las Leyes primarias, no para llegar a su conocimiento empírico, sino para obtener su revelación por la influencia de aquellas energías espirituales superiores pertenecientes a la Vida sintética. Esta es la obra del genio.

Por manera que el conocimiento organizado tiene dos fases distintas.

La primera fase comprende a todas las influencias que nos sensacionan. El Conocimiento se enriquece con todos los datos y referencias que allega a nuestro Espíritu la sensibilidad. Este es el conocimiento empírico.

La segunda fase comprende a todas las influencias que inspiran y exaltan nuestro Espíritu por medio de la revelación. Aquí el Conocimiento se

atesora con caudal de Principios originales bañados con la Luz purísima de la Razón.

Pero estos dos órdenes del Conocimiento son conmutativos. Del empirismo se pasa fácilmente al raciocinio y de éste a las formas empíricas. De aquí salen los genios sintéticos de la más elevada categoría.

Necesitamos persistir en nuestros ejemplos. Descuellan algunos músicos de éstos, llamados *virtuosos*, quienes acaudalan de tal modo la fuerza de adaptación al espíritu de las obras musicales, repitiéndolas muchas veces con el instrumento de su devoción, que acaban por mecanizarlas y expresarlas de un modo verdaderamente prodigioso. En el mejor resultado de su práctica constante se funda su mayor virtud.

Luego estos mismos virtuosos las interpretan de memoria, intensificando sus matices hasta un grado que raya en lo exquisito; mas prescindiendo de las variantes que puede obtener el matiz, conforme al momento músico de cada intérprete, las frases no varían. La obra se debe a la resultante de los recuerdos o bien al producto que se saca del tesoro previamente adquirido del conocimiento.

Pero el intérprete se siente autor. Desea obtener frases no conocidas. Quiere ser músico de creación original.

En este caso ya no le basta con el tesoro que ha enriquecido su conocimiento. Ninguna de las frases conocidas ha de aportarle la originalidad que apetece, si bien encuentra en ellas el punto de partida que conduce a nuevos desarrollos.

Aquí ya no hay que apelear al recuerdo ni a las

maravillas de la ejecución. Hay que dirigir al Espíritu por otras sendas. El éxito se funda ahora en la inspiración.

¿Y qué es la inspiración? Un desdoblamiento de nuestro Espíritu realizado a merced de una mayor intensificación de la fuerza psíquica. El taller donde se realiza este trabajo se encuentra en el último tramo de nuestra escala espiritual. Es preciso enriquecerla con términos de mayor elevación y por consiguiente más internos.

La inspiración por sí sola no basta tampoco para obtener la determinación de la nueva imagen que no se encuentra en el arsenal de nuestros recuerdos, habida cuenta de que no hay determinación sin el concurso de las dos fuerzas que se contrastan por actuar desde orígenes opuestos, una en función directa y otra en función inversa.

La inspiración es obra del impulso individual, y la imagen determinada es la resultante de la adaptación que se establece entre el Medio y el individuo.

Por estos hechos acontece que la fuerza de nuestro Espíritu se intensifica para adquirir la determinación que solicita en un medio superior de la misma naturaleza espiritual.

En el orden científico ocurre lo mismo que en el artístico. El Hombre de Ciencia no progresaría en sus trabajos de investigación basándolos únicamente en el análisis sensacional o experimental. La Naturaleza no puede dar Leyes al Espíritu. Los Principios originales se hallan en la Fuerza de Cualidad, rayana a la Ley de Substancia, que calificamos

de Unica porque en ella desaparecen las concreciones y las diferencias de todo linaje.

La observación y el estudio junto con el análisis le sirven para llevar a efecto el trabajo de reversión o intensificación del Espíritu a fin de que éste se interese más profundamente en la Gran Escala del Medio, solicitando una adaptación de grado superior que eleve el juicio hasta obtener el resultado que se anhela por aquel trabajo de desarrollo de la fuerza psíquica.

Ya no se trata del recuerdo de una imagen conocida, sino de una forma de adaptación que nos ofrezca una nueva imagen. Así el conocimiento ya no se enriquece con sujetos cognoscibles allegados por la sensibilidad a merced de un movimiento cuya dirección es de fuera adentro, sino con *revelaciones* de dirección opuesta, cuyo movimiento se exterioriza derivándose del fondo interno del Espíritu.

En la *revelación* y no en el recuerdo se encuentra la base de cuantos progresos realiza el Conocimiento.

Pero ¿dónde se halla esta fuente de tan hondos y purísimos raudales? Fuera y dentro de nosotros. Ninguno puede afirmar que la posee en exclusivo patrimonio. Pertenece a todos los que trabajan para intensificar su espíritu, de modo que podemos asegurar que la misteriosa fuente se halla en un medio espiritual donde encuentran adaptación nuestros espíritus, cada uno en el término correspondiente a su elevación.

Este desentrañamiento de los hondos problemas de la Vida nos ofrece una nueva luz a cuyos res-

plandores advertimos con suma claridad que así como las imágenes que nos aportan los sentidos se adaptan a nuestro Espíritu, ofreciéndose éste como medio, así nosotros, como seres espirituales, nos hallamos adaptados a otro Espíritu superior, quien resulta ser nuestro medio.

Por este nuevo sendero o estudio del conocimiento llegamos a la Verdad por nosotros adquirida y demostrada ampliamente en capítulos anteriores; a saber, que no hay organismo en el desenvolvimiento de la Vida por evolución a la inversa que no sirva de base a la existencia de otro organismo superior, repitiéndose los términos de todas estas series escalonadas hasta llegar al límite que se halla en el organismo total que comprende a todos los demás. Este organismo es el Universo.

II

EL NÚMEN

Nosotros podemos ahora definir con toda propiedad cuántos elementos primarios intervienen en la generación artística de las obras bellas.

El Numen se explica por la mayor o menor facilidad con que los núcleos cerebrales quebrantan sus envolturas materiales, por intensificarse, irradiando la fuerza espiritual que contienen por etapas progresivas, aumentándose de este modo los términos superiores pertenecientes a la Escala de nuestro Espíritu.

Esta intensificación acepta innúmeras direcciones, yendo unas en demanda de Principios científicos, y otras en solicitud de formas bellas...

Así es que el Numen es muy vario. Lo mismo puede afirmarse de un hombre de Ciencia que tiene Numen que de un Artista...

Pero, aunque la causa del Numen, en general, estriba siempre en la predisposición orgánica del cerebro a entrar o no fácilmente en giro de reversión, acontece que para tomar el trabajo cerebral unos rumbos, en relación con otros, se establecen diferencias de mayor o menor predisposición orgánica.

Así es que hay hombres que tienen Numen para la Ciencia y no lo tienen para el Arte, y otros tam-

bién que lo poseen para verificar ambos desarrollos.

Esta variabilidad del Numen en relación con las aptitudes orgánicas, pone de manifiesto la maravillosa urdimbre que da composición al cerebro, ante cuya labor prodigiosa no hay que descubrirse, sino hincarse de rodillas como testimonio de la admiración máxima de nuestro Espíritu.

La Inspiración se funda en el Trabajo mental que empleamos para que el Numen produzca sus efectos, o por mejor decir, para que los núcleos componentes, o mínimos cerebros, entren en giro de reversión. Estar inspirado es lo mismo que decir estar trabajando en aquella forma espiritual. El resultado de este trabajo de inspiración indica luego el grado del Numen que poseemos, o más bien, la predisposición orgánica que posee nuestro cerebro para que resulte más o menos copioso y fecundo aquel trabajo.

III

EL TEMPERAMENTO.

La explicación del Temperamento ya toma otras vías que se refiere a un orden distinto de consideración.

Después de tener Numen hace falta tener Temperamento; esto es, conviene que el trabajo de transmitir a la vida externa las imágenes bellas que se conciben, encuentre también las mejores aptitudes orgánicas de natural desarrollo.

Para crear o concebir los sujetos de Arte la dirección del Movimiento es de afuera adentro. Para revestir de formas bellas, adaptándolas a cuerpos materiales de resistencia, a los propios sujetos, ya es opuesta la dirección de aquel movimiento.

Sólo que en todos los casos resulta que cuando hay predisposición artística en la modulación de los núcleos cerebrales, la hay también en todo el organismo, por una causa muy racional.

Todo el organismo es una serie y su desarrollo más o menos perfecto en conjunto depende de la mayor o menor imperfección de cada uno de los términos seriales.

Si se encuentra una aptitud orgánica determinada en los términos superiores, es porque también la hay en los inferiores. No siendo así la sucesión serial queda interrumpida o entorpecida en dichos términos de inferior categoría.

Esto es lo que ocurre, precisamente, en los individuos que carecen de ciertas aptitudes artísticas. Que éstas no han podido obtener desarrollo porque se han malogrado en su curso dentro de aquellos términos inferiores.

Por tales causas resulta que los artistas de gran inspiración, y por lo mismo, de Numen fecundo, son poseedores también de un temperamento que se halla a la altura de aquel Numen y aquella inspiración.

Esto no es óbice para que el Temperamento sea vario: tan vario como pueda serlo el organismo, y estas variantes se ponen de manifiesto en la manera de dar expresión a las imágenes, o sea en el estilo diferente que en la forma toman unas mismas concepciones artísticas.

IV

LA BELLEZA

La definición de la Belleza no ha podido hacerse fundamentalmente hasta ahora porque no eran conocidos por completo sus verdaderos Principios.

Nosotros mismos hemos tenido que rectificar nuestros juicios al través de nuestras investigaciones, perfeccionándolos al mismo tono progresivo con que fueron desarrollándose nuestros trabajos de investigación.

Y ello nos ha adueñado de un nuevo conocimiento; y es a saber que la Verdad se mueve, o por mejor decir, también progresa.

El error es la verdad compleja abultada con elementos de aproximación que se van descartando o seleccionando a medida que la Verdad se simplifica por su sencillez, desechando el preconcepto vulgar de que el error y el absurdo son comunes. No es así. En el error hay actividad y desenvolvimiento. En el absurdo no. Este se halla siempre petrificado constituyendo la negación de la Verdad.

Por eso nunca nos produjo asombro ver a los maestros de la Estética de mayor prestigio girar inciertamente sobre esos dos polos imaginarios de lo real y lo irreal, como si hubiese cosa alguna que pudiera existir fuera de la Realidad.

Y no nos asombramos porque cierto es que no hay giro que pueda efectuarse como no sea a merced de dos polos opuestos. El error de aquellos maestros no es totalmente opuesto a la Verdad. Se debe a una mala interpretación de la realidad y verismo que corresponde a las cosas. Dentro de la Realidad caben perfectamente los dos polos, positivo y negativo, que son indispensables para que todo sujeto de acción progresiva pueda llevar a cabo su desarrollo.

Y sin más preámbulos vamos a decir el concepto que a nuestro juicio debe darse a la Belleza.

La Belleza está en todas las cosas que mejor se adaptan a su Razón de ser.

Tan sencilla como resulta esta definición puede llegar, evolucionándola, a los más complejos razonamientos por los cuales se obtiene el cabal juicio de su fundamental certeza.

Comencemos por hacer constar que la Belleza puede hallarse en todas las cosas a condición precisa de que éstas cumplan con su más justa Razón.

Pueden ser bellas: la frase musical, las imágenes de los cuadros, las acciones de la bondad, las disertaciones orales, las actitudes de la estatua, etc., mas siempre con belleza relativa, lo cual demuestra que no es única y que, por el contrario, se somete también al desarrollo serial y progresivo.

Substituyendo la Belleza por el Principio que la define, hallamos que en la justa Razón de ser de las cosas hay elementos diferenciales y que esta Razón puede tener mayor o menor grado de perfectibilidad referida a las propias cosas.

Con esto queremos decir que hay sujetos que se

aproximan más a su justa razón de ser que otros, y de aquí se derivan las diferencias que hacen mayor o menor el grado de su Belleza.

Cuando una cosa se separa por completo de su razón de ser, entonces resulta fea y hasta monstruosa. Aquí tenemos ya el polo negativo de la Belleza.

A partir de este polo negativo que se halla con el Caos donde reinan la máxima imperfección con el mayor desconcierto, la Razón de ser de las cosas se va imponiendo al Caos, paralelamente, al desarrollo de la Vida en Ley de perfeccionamiento progresivo.

Por tal desarrollo llega la Razón de ser de las cosas al término promedio de ambos polos, el negativo y el positivo, donde, ni hay negación completa de aquella Razón, ni afirmación positiva.

Este es el promedio también entre la fealdad y la Belleza. En semejante estado las cosas no son feas ni bellas. Son indiferentes para la Estética.

Cuando vemos en un cuadro que una imagen se ofrece con expresión dolorida, para apreciar los grados de su belleza, nuestra observación siempre tiende a determinar si aquella forma de dolor cumple con su Ley de expresión o, lo que es lo mismo, cumple con su Razón de ser.

Se conmuta el análisis con la impresión que la tal imagen nos produce hasta el punto de que si la encontramos bella ya afirmamos *in mente* que cumple con su Razón de ser.

Luego se aprecia el mayor o menor cumplimiento de esta Ley, por el mayor o menor grado de estética emocional que la referida imagen nos produce.

Por el contrario, si en la expresión del dolor hay

perfiles que desentonan o que se salen de su razón de ser, advertimos que aquella imagen se ofrece a nuestros ojos con dolor pretendido y no artístico. La Belleza en tal caso no resulta, aunque no se halle en completa negación de su polo positivo, o por mejor decir, aunque no resulte completamente fea la imagen.

Lo mismo ocurre cuando encontramos belleza en una obra musical.

La modulación de las fuerzas que concurren a la producción de la Belleza, es una de las condiciones primordiales que se requieren para producirla.

Sin modulación suave y armónica, no es posible que haya Belleza. ¿Y esto cómo se explica?

Se explica porque todas las cosas se desarrollan por Evolución a la directa o a la inversa en la Vida del Universo, y esta Ley de sucesividad armónica preside a la Razón de ser que tienen todas las cosas.

El choque es feo, pero modula y se convierte en contraste que ya es hermoso, de donde deducimos que ni entre lo feo y lo hermoso, como entre el error y la Verdad, sólo media un giro.

Después de la modulación de los sonidos, viene el sentido ideal o sentimental que encierra la frase. Si este sentido de la Música se cumple ya se cumple también la Razón de ser que tiene aquella frase musical, y así se revela en la exquisita audición que produce.

Y lo mismo ocurre en las acciones humanas. ¿Cuándo son bellas? Cuando cumplen con su razón de ser, o lo que es lo mismo, cuando son bondado-

sas, justas y elevadas, aunque se revistan de la mayor sencillez o acaso por esto mismo.

¿Y por qué cumplen así con su Razón de ser? Porque la Bondad y la Justicia son los Principios que deben servir de régimen a todas las acciones humanas.

¿Y cuándo resultan feas estas acciones? Cuando se separan de su Razón de ser. Cuando el Hombre es impío, injusto y poco elevado en sus procedimientos.

Aplicando esta misma consideración a la pieza de Arte oratorio, hallamos que la definición que hemos hecho de la Belleza se cumple en todas sus partes.

La oración es bella en primer lugar cuando se halla bien modulada por la forma que es la Razón de ser más elemental que preside a todas las cosas.

Mas luego para que esta Belleza aumente de grado tiene que haber lógica en la argumentación del discurso. No se puede afirmar o negar un hecho sin documentarlo con los datos más rigurosos. Esto es lo que pide la Ley de aquella oratoria o su Razón de ser. Por eso precisamente resulta bello el discurso.

Pero bien, preguntamos ahora, ¿dónde reside esta fuerza que da Razón de ser a las cosas? En la fuerza de Cualidad. En la perfecta Ley de Substancia.

¿Luego si la Razón de ser de las cosas es fuerza, la Belleza tiene también que serlo? Ninguna realidad existe fuera de ese Elemento Universal y Unico al que damos el nombre de Substancia o Fuerza. La Belleza es Fuerza.

En el transcurso de nuestras investigaciones y en diferentes capítulos hemos explicado el modo de ser que corresponde a la Fuerza de Cualidad o fuerza de los Principios cuyo carácter más universalizado se encuentra en la Belleza; pero consideramos conveniente al mayor interés de la Verdad insistir de nuevo en aquellas explicaciones a fin de que obtenga corona de esplendorosa Luz la definición objeto del presente estudio.

Tracemos a pulso con un lápiz sobre una cuartilla de papel un círculo.

Este círculo no obedece a su Ley de formación. Todos los puntos de la circunferencia no equidistan del que debieran constituir su centro. He aquí un círculo imperfecto y feo por añadidura.

Ahora tracémoslo con un compás. En éste ya se halla más cerca de su Ley de formación. Ya es más perfecto. Ya tiene Belleza.

¿Y quién le da esta Belleza? La Fuerza de Cualidad, donde radica su Principio.

Esta Fuerza, como ya sabemos, no es esférica, ni circular, ni radial. Carece de dimensiones geométricas, por cuyo motivo no es natural, ni luminosa, ni espiritual; pero se halla en la Naturaleza, en la Luz y el Espíritu. ¿Cuándo? Cuando el desarrollo de estas fuerzas se opera en consonancia con su Ley de desenvolvimiento, o sea con su Razón de ser.

¿Por qué causa nos produce una impresión de belleza el círculo construído con un compás y una impresión contraria un círculo trazado a pulso? Porque la línea circunferencial en este segundo caso se sale de su Ley de formación.

A medida que la construcción del propio círculo es más perfecta, la impresión de Belleza que nos produce es también mayor.

He aquí, pues, la manera de dar producción a la Fuerza de Cualidad. En el círculo deforme no hay fuerza de cualidad. En el círculo regularmente trazado ya hay más fuerza de Cualidad.

La producción y revelación de las fuerzas tiene que obedecer, como es consiguiente, a formas y procedimientos variables en relación con el modo de ser de cada una de ellas.

Para generar electricidad, por ejemplo, hay que hacer uso de un dínamo, porque la fuerza tiene cuerpo; mas para dar generación a una idea ya es preciso que intervenga la fuerza del Espíritu, que es radial.

¿Y cómo se ha de dar generación a una fuerza como la de Cualidad, que es inextensa? Por medio del Movimiento puro.

De manera que según el movimiento que se establece para producir la combinación de las formas, ya en letras, ya en perfiles, ya en discursos o bien en sonidos y humanas acciones, etc., así se producirá mayor o menor fuerza cualitativa, mayor o menor Belleza.

He aquí explicada la causa por la cual en unas páginas de un libro hay ideas que son bellas y en las páginas de otro, formadas por los mismos signos tipográficos, no la hay.

¿Por qué razón? Por el Movimiento distinto que se ha operado al combinar las letras y las sílabas y las palabras y las oraciones. Aquel movimiento

es de fuerza de Cualidad, si por su orden sucesivo establece Ideas que nos halagan y elevan espiritualmente, tanto más halagadoras cuanto más se acercan a sus Principios.

V

MOVIMIENTO ARTÍSTICO

Contemplamos una estatua bella y nos encanta y seduce. ¿Por qué causa? Nosotros ya podemos dar explicación de este hecho, auxiliados por nuestra teoría de la Luz y por el convencimiento que hemos adquirido del modo de ser del organismo humano en sus dos formas de acción interna y externa.

Podemos contemplar la imagen de la estatua cuando su cuerpo material es atacado por las irradiaciones de los focos en ignición, debido a que dicha estatua, sea cual fuere su materia, nos envía su envoltura de fuerza natural. Esta es la que hace vibrar, como ya sabemos, los núcleos cerebrales, y éstos desprenden la fuerza luminosa que da organización en círculos mínimos de Luz, de diferentes grados de intensidad, a la imagen de que parece hallarse revestido el cuerpo material de la referida estatua.

Sucesivamente estos círculos mínimos de Luz se desenvuelven en elementos radiales que ya son de fuerza consciente o psíquica. Estos elementos se adaptan a la escala de nuestro Espíritu, y de aquí proviene el conocimiento que adquirimos de la existencia de aquel ser estético.

Esto es lo que ocurre en todos los cerebros. La

visión de la imagen se produce en todos ellos de igual manera, aunque pertenezcan a las distintas especies de los animales inferiores al Hombre; pero el encantamiento que acompaña a tal visión artística, cuando hay receptibilidad cerebral para experimentarla, ya corresponde a otro orden de explicaciones.

Si no hay visión artística aquella emoción no se produce, y esto es debido a que la estatua no se ha producido con fuerza de Cualidad. La forma en tal caso carece del movimiento interno y puro que da expresión a dicha fuerza.

Se ha producido a merced del Trabajo del Espíritu que ha dirigido la mano del escultor, acompañado sucesivamente del Trabajo de la fuerza luminosa que ha dado creación a la forma, y de la fuerza natural o física que ha modelado a golpes de cincel el cuerpo de la estatua.

Pero como a la dirección de la mano por la fuerza del Espíritu ha faltado la Inspiración, que sacia su sed de Belleza en los raudales purísimos de aquella fuerza de máxima intensidad a la que damos el nombre de Ley de Substancia o Razón perfecta de ser que tienen todas las cosas, resulta que ni aquellas formas ni aquel cuerpo han sido modulados con movimiento artístico o de fuerza de Cualidad.

Por esta causa la sensación que nos produce la estatua que no tiene Belleza, debido a un movimiento que es opuesto al de su generación o producción, ya no es de orden estético, porque el desenvolvimiento de las fuerzas que se desprenden de los núcleos cerebrales no se chocan más allá de los tér-

minos que se determinan por la fuerza psíquica pertenecientes a nuestra Escala espiritual. No se internan hasta adaptarse hasta sus términos superiores, que ya son de fuerza cualitativa, y, por consiguiente, la sensación que producen no es artística, porque sólo en el Medio de fuerza de Cualidad puede producirse aquel fenómeno del encanto estético.

Como puede observarse, no hay aquí misterios ni ambigüedades de ninguna especie. Todos los fenómenos deben su producción al movimiento de las fuerzas, y aquéllos se operan siempre en consonancia con el modo de ser de las expresadas fuerzas.

En los cerebros de los animales inferiores la acción de la Belleza no produce ningún efecto porque carecen de capacidad orgánica para poderla apreciar. La escala espiritual de estos seres no se halla desarrollada hasta el término de fuerza de cualidad, y no habiendo escala tampoco puede ascenderse por ella.

Pero aun habiendo desarrollo orgánico para experimentar la sensación espiritual de la Belleza, si ésta se compone de formas cuyo movimiento artístico no podemos apreciar, también se malogra aquella sensación.

Por bellas que sean las ideas que contiene un libro, si éste se halla escrito en un idioma que no conocemos, no nos será posible admirar la Belleza del contenido.

En este caso las fuerzas nada nos revelan. ¿Por qué? Porque no penetran hasta aquel término superior de nuestra Escala espiritual que calificamos

de fuerza de Cualidad. No hay responsabilidad orgánica, no porque no se haya desarrollado el cerebro hasta dicho término superior, sino porque se ha desarrollado por senderos franqueados previamente por el estudio del idioma que nos es familiar.

Para que pueda operarse el desenvolvimiento de los núcleos cerebrales hasta dichos términos superiores hay que abrir nuevos senderos con el aprendizaje de aquel idioma que nos es desconocido.

Y en esto también hay Belleza, porque tiene su Razón de ser.

Nuestra estupefacción sería grande al ver que lo mismo se enteraba de las ideas que contiene un libro aquel que posee el idioma que el que no lo posee. Tanto equivaldría a que un animal inferior pudiera significarse como el Hombre de más elevadas aptitudes artísticas.

Estos hechos tienen carácter general y no aceptan excepciones de ningún género.

Las obras musicales son más o menos bellas a nuestra apreciación sensible y espiritual conforme no sólo al movimiento modulado de las frases, pero también al modo con que estas frases son combinadas.

Este movimiento de combinación se halla dirigido por la Fuerza del Espíritu, como ya sabemos. ¿Qué hace falta para que este movimiento nos produzca la impresión de la Belleza? No que se resuelva sin faltar a ninguno de los preceptos de la técnica musical: este es un sendero, como la modulación de las notas es otro sendero; sino que se

resuelve con movimiento artístico, único que da producción a este nuevo género de Belleza.

La Música entonces no sólo hace vibrar nuestros mínimos cerebros para que desprendan su Eter divino y se adapte a la Escala de nuestro Espíritu, generando el conocimiento que adquirimos de aquel modo de ser de la Música, sino que nos subyuga, llevándonos hasta los términos más altos de aquella espiritual Escala.

Y ya todos los fenómenos producidos por el movimiento artístico que corresponde a la fuerza de Cualidad se explican del mismo modo.

Movimiento del Hombre interno al externo para producir la Belleza. Movimiento del Hombre externo al interno para tomar conocimiento de aquella Belleza y experimentar el goce divino que proporciona.



CAPITULO XVI

PRODUCCION DE LAS OBRAS DE ARTE

I

DEFINICIÓN DEL ARTE

Esta definición tiene que adaptarse, como es consiguiente, a la que antes hicimos de la Belleza, diciendo que se halla en las cosas que mejor se ajustan a su Razón de ser.

De esta manera el Arte se funda en el Trabajo que da producción a la Belleza, o lo que es lo mismo, ampliando el concepto, el Trabajo que realiza el Arte produce las cosas en su más justa razón de ser.

Ahora hay que fijarse en que la Belleza no se produce únicamente por el esfuerzo del Hombre. La Naturaleza nos ofrece las más peregrinas producciones bellas, las mujeres y las flores, por ejemplo, a cuyas encantadoras creaciones hay que añadir la hermosura que ofrecen los paisajes, los claros de luna, los dulces balanceos del mar, los trinos de los ruiseñores en la floresta, etc., etc.

Digamos que éstas son obras de Arte natural.

Está bien; pero son obras bellas ajustadas como anillo al dedo a su razón de ser.

Pero en la producción de tales creaciones no interviene para nada la voluntad del Hombre; luego es otro el Creador artista. Y esto hay que aceptarlo o hay que negar también la obra de Arte.

Lo que principalmente queremos aducir con tales consideraciones es que para producir dichas obras el movimiento artístico trae una dirección opuesta al movimiento que tiene la acción de nuestro trabajo.

Este hecho no puede ser más sencillo. La producción de una flor se dirige hacia el Espíritu de lo externo a lo interno. La producción artística de su imagen realizada pictóricamente, desde el Espíritu se dirige a la Naturaleza; pasa de lo interno a lo externo.

Como el giro de desenvolvimiento de la Vida se debe al Trabajo que Dios realiza, claro es que a Dios se deben los encantos que la Naturaleza ofrece.

La tesis de Dios es de máxima perfección, pero su obra es de perfeccionamiento, como tantas veces hemos manifestado.

Y en esta sucesión de perfeccionamiento no todas sus obras pueden ajustarse a su Voluntad, porque en semejante caso se ajustarían aquéllas por completo a su Razón de ser y resultarían perfectas desde su principio, lo cual es absurdo, porque el Trabajo, la Actividad, la Vida, se hallan en el perfeccionamiento progresivo y no en la Perfección.

Por esta causa la Voluntad de Dios se halla también en la Lógica suprema, donde reside la Máxi-

ma Belleza. Dios es el primer lógico del Universo.

Cuando vemos saltar en un sembrado a un animal feo y repugnante, a un sapo, por ejemplo, decimos: ¿Tiene razón de ser esa deforme bestia?

Todo en el Universo tiene Razón de ser; pero como todas las cosas, la Belleza gira sobre uno de los dos polos negativo y positivo.

Si el sapo nos parece repugnante y feo débese a que su Razón de ser se halla más cerca del polo negativo que del positivo.

¿No ha podido Dios formarle de otra manera? No por cierto. El Trabajo del Gran Espíritu se funda en una tesis perfecta; pero esta tesis tiene su antítesis en la Ley de oposición, la cual, como ya sabemos, se halla en la resistencia que ofrece la Materia a los designios del Espíritu.

El sapo resulta feo porque sus partes orgánicas son también imperfectas.

Esto ya lo hemos estudiado. Hay organismos que se forman con residuos inadaptables armónicamente a la Escala del Medio. El del sapo es uno de esos organismos.

El Trabajo de Dios se funda precisamente en ese giro universal de la Vida que saliendo del polo negativo va en demanda del polo positivo, o sea desde la sinrazón a la Razón de ser de las cosas, o bien desde lo más feo de la Vida a lo más hermoso de la Vida.

Y en ese giro la tesis de perfección, como una Luz oculta en el fondo más interno del Universo, derrama a ráfagas algunos de sus resplandores sobre las formas ordinarias de la Vida artística, ape-

nas la Voluntad del Soberano Espiritu puede imponerse sobre su Ley de oposición.

Entonces el Arte de Dios resplandece, dando formas bellas a la Naturaleza y hermosura a las Almas y lógica a los seres de Razón.

Es preciso que se sepa que la Belleza modula en consonancia con el distinto modo de ser de cada fuerza.

La Belleza en las flores, por ejemplo, se halla en la forma que se debe a la fuerza humana. En las Almas la Belleza tiene que ser de bondad. La Lógica es la Belleza de la Razón. Por eso hay flores encantadoras, y belleza en las acciones humanas, y hermosura en los discursos elocuentes.

Las obras de Arte que el Hombre produce se deben al movimiento contrario. Vienen de Dios o de su tesis perfecta, así como aquéllas van a Dios y a su perfecta tesis.

Por tal motivo el Arte que de Dios se deriva en función directa es superior al Arte que de Dios también se deriva en función inversa. Ir a la Perfección no es lo mismo que venir de la Perfección.

Esto que decimos puede observarse experimentalmente.

El sapo es feo y repugnante... Pues bien; un artista pintor lleva la imagen de aquel ser deforme al lienzo y, ¡oh prodigio!, allí en el lienzo, por la magia del Arte, en vez de producirnos repugnancia aquella deforme figura, nos produce la más inefable y pura emoción estética.

Tanto más honda y legítima será esta emoción cuanto mayor sea la aproximación de aquella obra

de Arte a su Razón de ser, o digamos a su Ley de expresión.

¿Y por qué ofende la imagen del sapo a la mirada en un caso y no en otro? Porque la imagen artística se ha producido con fuerza de Cualidad y la otra imagen es obra de la Naturaleza, cuyo es el desarrollo progresivo que a la Fuerza de Cualidad la dirige.

Por eso también resulta más bella la flor artística que la flor natural. El Alma de las flores que ofrece la Naturaleza es sólo de Luz. El Alma de las flores que salen del numen del pintor no tiene dimensiones. Es indefinible, más todavía que espiritual, es inextensa, como que se ajusta mucho a la suprema Razón de ser que tienen las cosas donde radica la Máxima Belleza.

Por estos hechos ya no caben diferencias de concepto entre el lugar que ocupa la Naturaleza y el que ocupa la imagen bella dentro del Arte.

El artista toma sus modelos de la Naturaleza; está bien; pero la Belleza con que aparecen revestidos estos modelos ya no pertenece a la Naturaleza. Se deriva de la fuente purísima de inúmeros raudales que se halla en la Fuerza de Cualidad.

Pero hay que decir asimismo que el artista toma la forma de sus imágenes del Medio luminoso, y también se sirve de la Materia, a fin de que sus creaciones puedan exteriorizarse merced a los cuerpos de resistencia que la Materia ofrece.

Con mayor verdad dicho todavía: Tiene que servirse de toda la Escala de la Vida, desde la Materia a la Fuerza de Cualidad pasando por la Naturaleza, la Luz y el Espíritu, pero con movimiento

que es contrario al que sigue la Vida en su desarrollo. Este es movimiento inverso de menor a mayor intensidad. Aquél es movimiento directo de mayor a menor intensidad.

En este concepto, el Hombre, creador de las obras de Arte, encarna en sí el Espíritu de Dios mismo (como que son Uno sólo) y produce criaturas (seres estéticos), que tienen cuerpo y alma y luz y naturaleza, con una condición superior: que son siempre criaturas bellas.

Esta condición superior se debe a la fuerza que da generación a su belleza y que se encuentra en la fuerza de Cualidad, que las exime de impurezas y fealdades de todo género.

En rigor, por el Trabajo del Arte se invierte el orden serial que sigue el desenvolvimiento ordinario de la Vida; pero en las creaciones del Arte hay vida también con signo más elevado.

Viven todas las creaciones de los artistas, unas en el lienzo, otras en el mármol, otras en el pentagrama, otras en el libro. Todas ellas se mueven y palpitan y giran, apenas se las hace vivir en su medio adecuado.

II

EL ARTISTA MÁXIMO

La Máxima intensidad determinada en la expresión de puro movimiento, constituye el ánimo ultra-interna del Universo.

Pero esta fuerza intensísima por sí sola no explica el orden de creación artística que se observa en toda la prodigiosa urdimbre de la Vida.

La Ley impera, pero no gobierna. Esto dijimos antes y esto repetimos ahora con mayor abundancia de datos. Hace falta un Espíritu que gobierne, que asuma la dirección de todo el Universo, y éste ha de ser un Gran Espíritu, como lo es ciertamente el Espíritu de Dios, único Ser capaz de llevar a cumplido efecto tan inmenso trabajo.

Su Poder es determinante, según también dijimos, afirmación que se ve ahora robustecida, porque, con efecto, tiene que operar la reversión de todas las fuerzas, por donde resulta que aquel Poder determinante se determina en todos los resultados que se operan a merced de aquel recóndito impulso.

¿Bajo qué procedimiento se hace valedera la intervención de Dios en la Creación universal? Este magno problema ya puede resolverse.

La Unidad mínima radial es una llampada, un destello del divino Espíritu. Es la menor expre-

sión en cantidad del Gran Ser, aunque, como ya sabemos, de igual intensidad. La relación inversa se establece con la cantidad de Fuerza sin que se opere variante alguna en el orden intensivo que pertenece a la propia fuerza.

Este destello del Radio divino formado por evolución directa del elemento de pura expresión de la Fuerza es el que actúa desde su fondo interno sobre todas las fuerzas en reversión desde la Materia vivificada al Espíritu. ¿Y cómo? Evolucionando en el Medio, a fin de que su actuación se haga eficaz sobre cada una de aquellas fuerzas según su estado.

El Espíritu de Dios se simplifica en aquel elemento mínimo porque no hay posibilidad de vencer a la fuerza en otra mayor masa o grado de resistencia.

El Poder de Dios se halla limitado por esta causa al funcionamiento de su Plan Creador sobre todas las partes mínimas de resistencia, siendo para ello preciso que la descomposición de las porciones se verifique por causas que ya se salen de la jurisdicción del Poder divino.

Dios actúa en el Medio para hacer la reversión de las fuerzas; mas para llevar a cabo su descomposición menester es la intervención de fuerzas que se apoyan en los mismos soportes que la Materia ofrece.

Por manera que las máquinas u organizaciones de la Vida se constituyen para que en ellas se opere este doble trabajo de descomposición y evolución, razón por la cual se hallan soportados todos los organismos vivientes por fuerzas activas y pa-

sivas, unas que proceden del Polo positivo de máxima intensidad y otras del Polo negativo de máxima densidad, lo mismo exactamente que ocurre en los talleres mecánicos habida cuenta de que la física del taller es la física del Universo.

Esta es la colaboración que exige el Gran Ser a todas sus criaturas con objeto de que coadyuven a su plan de desenvolvimiento de las fuerzas para que su Poder pueda hacerse efectivo, siempre que nuestro trabajo se asocie a dicho plan con objeto de domar aquellas resistencias, reduciéndolas a sus partes mínimas en cada grado y conforme al estado y naturaleza de cada fuerza.

III

LA IDEA MÍNIMA

¿Bajo qué forma se hace efectiva la intervención del Espíritu Máximo en todos los trabajos de la Vida por reversión? Deseamos explicar esto bien claramente para que nuestra explicación se haga asequible a todos los entendimientos.

Por nuestro libro primero sabemos que el núcleo radiante que señalamos con el signo $\frac{\varphi}{1}$ se halla la mínima parte de Materia vivificada, esto es, de materia simple y fuerza viva o natural, así como por medio del signo $\frac{\varphi}{\varphi}$ damos expresión a la mínima parte de la Materia en estado puramente simple.

Sabemos también que en aquel núcleo radiante $\frac{\varphi}{1}$ la fuerza viva se ha intensificado o desdoblado hasta recuperar, por escala mínima, graduada, todos sus estados anteriores de fuerza natural, luminosa y espiritual también en cantidades mínimas o destellos de incalculable pequeñez.

Todos estos elementos mínimos, aunque se hallan casados con la materia sujetos a sus redes materiales, conviven a la vez en todos los términos del Medio universal. De modo que estas escalas mínimas se hallan acopladas a la Gran Escala, como tantas veces hemos tenido necesidad de afirmar y demostrar.

Ocurre con estos elementos orgánicos de máxima reducción lo mismo que con el total organismo humano; el cual también se compone de una escala de fuerzas que convive, término por término, con todos los que dan composición a la Gran Escala, si bien derivándose por sucesión graduada del soporte material que se superpone al Medio en Ley de oposición que hace posible aquella prodigiosa convivencia.

Por manera que el minúsculo elemento $\frac{\phi}{\phi}$ y todos los que de él se derivan por diversas y sucesivas descomposiciones, vive simultáneamente como la propia máquina humana en la Naturaleza, en el Medio luminoso y en el Medio espiritual, así como en todos los demás términos intermedios que correlacionen al orden de sucesividad contigua.

Esta adaptación es interna. Pertenece al giro en sí de que tantas veces nos hemos ocupado.

Por tales hechos acontece que cada elemento radial de fuerza psíquica que contienen los referidos núcleos se halla en relación con el Gran Espíritu y con las fuerzas irradiadas en el Medio de la propia naturaleza espiritual.

Y como cada una de dichas llampadas o destellos tiene su voluntad, aunque en grado mínimo, recibe de aquel Gran Espíritu una parte de su pensamiento creador también en mínimas proporciones.

El plan en conjunto no puede ser abarcado sino por la totalidad de todas aquellas partes mínimas. Así es que individualmente sólo poseen el querer mínimo y la voluntad más simple con una idea que es también la menos compleja de cuantas pueden

concebirse, como que en cada núcleo orgánico se encuentra todo el proceso del futuro desenvolvimiento que luego obtienen los organismos más complejos y superiores.

Dios no actúa con acción individual referida a cada caso. Opera internamente todo él por medio de las Leyes universales asociadas al Gran Espíritu por solidaridad común.

El Poder determinante de Dios actúa sin cesar en cada punto y momento sobre todas las fuerzas en reversión, de modo que apenas una fuerza se descompone hasta el punto de que su resistencia deja de operarse al universal designio, ya acciona sobre ella aquel Poder para determinar su desdoblamiento y consiguiente intensificación.

Por esta causa vemos que la Vida brota por doquiera en forma elemental, allí donde al acaso se congregan las partes mínimas de resistencia y se opera su descomposición por cualquiera de los Principios alterantes, el Sol, el Mar, el Aire, la Tierra y el Fuego.

Mas ¿por qué en unos lugares la Vida se manifiesta de un modo y respecto de otros no puede ser más varia y hasta discordante?

Esto depende de la variedad de aquellos Principios alterantes, que tienen para cada zona, cada cielo y cada tierra un impulso diferente.

Sería absurdo que causas diferentes produjesen efectos comunes.

IV

PLAN DE LA CREACIÓN

Lo más extraordinario y prodigioso, hasta ahora, para nosotros era que, a pesar de semejante diversidad, la obra común de la Vida se realizase como obediendo a un pensamiento unísono, si bien este hecho no haya podido tener hasta ahora ninguna explicación satisfactoria.

El Plan de la Creación, a fin de que pueda ajustarse a la formación de la Vida en reversión organizada por partes mínimas, tiene necesariamente que dividirse también por partes.

Cada llampada del Espíritu Máximo, en su forma radial, lleva una Idea mínima del Pensamiento creador, conforme antes dijimos y repetimos ahora, para robustecer nuestras explicaciones.

Claro es que de la asociación en primer grado de estas ideas mínimas no puede salir inmediatamente el espíritu de un Shakespeare, por ejemplo; salen florecillas, y después, ramificándose y asociándose aquellos elementos, gusanillos, hasta que con mayor caudal de asociaciones se producen seres de mayor categoría hasta el Hombre, que es el más elevado de cuantos habitan la superficie terrena.

El Plan de Dios sólo alcanza su máximo desarro-

llo hasta que los seres, asociándose en otras esferas y otras moradas por grandes síntesis, llegan hasta Dios mismo.

De muchas florecillas y gusanillos salen los hombres; de muchos hombres salen los planetas, y así, así reduciéndose el número de los seres, pluralizados se llega al mismo Dios en singular cuando aquellas series de flores, gusanillos, hombres, mundos, soles y estrellas llegan a la Máxima Unidad, para confundirse en el supremo abrazo con el Gran Espíritu.

Así es que con solo la indicación del querer la máquina se mueve, como si la Voluntad fuese espontáneamente motriz. Nosotros ya sabemos que no es así.

Ocurre un hecho singularísimo. Los seres indican cuáles son sus deseos y ponen su trabajo al servicio de estos deseos, preparando todos los miembros de su organismo para que en ellos se produzca el cambio de organización que mejor se adapte a los deseos impuestos por las necesidades de la Vida.

Los gusanos que se arrastran sienten un día la necesidad de subir a las ramas de los árboles para proveerse allí de los alimentos que antes menudeaban a flor de tierra, y ¡oh prodigio! acaban por hacerse trepadores porque a su manera han movido todos los resortes de la Voluntad en aquel sentido.

Se conmutan los esfuerzos y la labor se hace común, sólo que Dios no puede evitar que la Voluntad humana no se subordine por completo a su plan

creador, y al ponerse en pugna se produce el Mal inevitable.

Hasta que la intensificación de las fuerzas se encumbra a tan elevada síntesis no es posible que el Pensamiento divino pueda prescindir de la intervención del Acaso, que se deriva de la gran fatalidad de origen.

Las formas accidentadas del Acaso son las que desfiguran a nuestros ojos la pauta que sigue la idea armónica del Creador, ofreciendo resultados y fenómenos que se contradicen a nuestra apreciación sensible.

Nosotros hemos prescindido de todo empirismo formal, buscando la Verdad desconocida por los senderos de la Razón, y hemos visto con clarividencia suma el fin que Dios se propone al través de cuantos malogros y accidentes retardan su cumplimiento.

Vemos que Dios necesita la colaboración de todas sus criaturas, para cuyo efecto las dota de Voluntad y de un organismo de ejecución. La Voluntad indica los movimientos que han de operarse para que se haga efectiva aquella cooperación que Dios solicita de cada ser, o mejor dicho, de sí mismo, porque Dios lo es todo, como ya sabemos.

La perturbación producida en el desarrollo del Pensamiento de Dios, modulado en mínimos destellos hasta tomar crecimiento en los seres de elevada categoría, no es empero un obstáculo para que el Plan se lleve al fin a debido cumplimiento.

Así acontece que la Omnipotencia de Dios triunfa, al cabo, de cuantos obstáculos se le oponen, y

en esta victoria de resurrección *en sí* se encuentra la clave de su Omnipotencia.

Como él no puede prescindir del Trabajo y del Tiempo para realizar su obra omnipotente, todos estamos obligados a dar empleo a nuestra actividad en el Tiempo y el Trabajo, como que no somos hijos de Dios ni cosa distinta de Dios, sino que constituímos a Dios mismo en su modo de ser anti-tético.

V

EL TRABAJO SUPREMO

Nos hallamos mucho más intervenidos de lo que creemos por el Máximo Poder determinante. Y no es menester que hagamos empleo de ningún argumento Aquiles para demostrarlo.

Hecha excepción de lo que nos atañe personalmente, todo se realiza dentro y fuera de nosotros sin contar para nada con nuestro consentimiento. Aparecemos y desaparecemos del escenario de la Vida terrena por Leyes superiores a nuestros medios de acción y desenvolvimiento.

El escenario es magnífico, pero nosotros resultamos pobrísimos actores vacilantes y desconcertados por el desconocimiento en que hemos vivido de la participación que a cada cual incumbe en el gran destino de la Vida universal.

Pero ahora ya tenemos la revelación de ese Destino. Resucitamos del fondo de la Materia. Fuerza misma somos de Dios. Condensación de la Fuerza, la cual tiene que envolverse en sí misma para que haya giro en Ley de constante renovación de uno a otro Polo del Universo.

Y salimos de un largo sueño de millones de siglos sin que se desvanezca nunca por completo la oscura pesadilla prolongada. Vivimos a la inversa. Tenemos que desdoblarnos progresivamente y

nuestra tendencia consiste en invertir todos los valores morales y sociales y hasta del orden científico que se ofrecen a nuestra contemplación.

Si analizamos una célula vemos que hay en ella un fondo insondable. El microscopio es impotente para penetrar hasta ese fondo.

Mucho antes se encuentra la idea mínima de Dios en el elemento mínimo radial. Así resulta que nos hallamos intervenidos por cuantas mínimas partes componen nuestro organismo, y no sólo nosotros, pero también todos los seres organizados que pueblan el Universo.

Por las partes mínimas la fuerza radial del Gran Espíritu interviene para formar el organismo, haciendo que por él circule la savia de la Vida.

¿Y adónde va esta savia? Otra vez al Gran Espíritu, porque se trata de un flujo circulatorio cuya fuerza se intensifica gradualmente hasta que se conoce *en sí* cuando llega hasta ese grado de reversión y desdoblamiento.

Así se establece el círculo. El soporte orgánico todo él es obra de Dios. Su Pensamiento, modulado y repartido en trillones de impulsos radiales, pasa desde lo más pequeño a lo más grande. Los perfiles sueltos, los rasgos dispersos de su Plan creador se van atando conforme se elevan de grado los organismos.

Intervenidos así por el Poder divino formando un círculo interno del que no podemos desasirnos, ¿cómo es que su influencia no se revela más eficazmente para inspirarnos la verdadera regla de conducta que debiéramos seguir? ¡Ah! Llegamos al término máximo de la gran cuestión.

Nuestro Espíritu se halla en razón inversa con el Espíritu de Dios. Somos todos una misma cosa, pero en orden invertido. Nosotros resucitamos y él es quien nos resucita. Para ello influye sobre nosotros desde el Medio, valiéndose de las fuerzas irradiadas. Estas, después de desencarnarse y tomar ponderación en la Gran Escala, no quedan allí inactivas, antes bien, tienen que trabajar para poder seguir el curso de su reversión y desdoblamiento.

No olvidemos que nuestro trabajo es de descomposición. Dios no puede inculcar sus ideas a una piedra, sino a un cerebro; pero todo se halla en relación. El cerebro tiene también que tomar desarrollo para que el Gran Espíritu pueda ser bien escuchado y comprendido.

Nosotros observamos y estudiamos. Hacemos gimnasia cerebral. He aquí nuestra fuerza, nuestro trabajo. Así disminuimos la resistencia que nuestra fuerza espiritual ofrece a Dios, y cuando esta resistencia llega a su grado mínimo entonces entra la actuación del soberano Espíritu, y así es como enriquecemos nuestro saber, no por nosotros exclusivamente, sino por las revelaciones que recibimos conforme vamos también enriqueciendo nuestro organismo en el trabajo espiritual.

Mas no se llega a la cumbre de un salto. La reversión de nuestra fuerza tiene que intensificarse por grados cuando no se estanca y atrofia por falta de actividad y trabajo.

VI

LEY DE PERFECCIONAMIENTO

No háy ser alguno cuya determinación pueda producirse sin los siguientes factores: 1.º La Ley de Substancia (Principio inmanente). 2.º El Movimiento (Fuerza de la Ley). 3.º El Poder determinante universal (Dios, o sea el Medio). 4.º El impulso individual (Querer de la Voluntad). 5.º La Fuerza cósmica (Las fuerzas irradiadas en el Medio). 6.º Un cuerpo de resistencia (El organismo). 7.º Un sistema de cables de comunicación (Los nervios).

Queremos realizar un acto cualquiera, volitivo. La Ley impera. El movimiento sale de nuestro impulso inicial. Este impulso débese a la fuerza virtual de nuestro espíritu, quien se halla radialmente comprendido por el Radio Máximo (Dios), ambos en contraste. Dios actúa a la directa. Nuestra actuación es inversa.

Se establece por nuestro impulso un cambio en la ecuación normal entre las dos funciones, y para que se ponderen de nuevo actúa el Medio en aquel término que corresponde a la Voluntad del Gran Espíritu y se produce una corriente ponderativa

en las fuerzas irradiadas del Medio calificadas por nosotros de fuerzas cósmicas.

Dichas corrientes necesitan un cuerpo de resistencia para poder manifestarse. Este es nuestro organismo. Y unos cables de comunicación para poder circular. Tales son nuestros nervios. Se realiza el acto volitivo, determinándose la corriente interna que se deriva del Medio en un movimiento externo. Para la corriente y vuelven a su ponderación normal la Voluntad de Dios y la nuestra, repitiéndose el propio fenómeno tantas veces como se interrumpen por nuestro querer aquellas relaciones de contraste.

Por estos hechos venimos en conocimiento del poder espiritual que nosotros ejercemos en el Universo y de la influencia que toda criatura tiene con el Creador; pero también debemos saber y comprender que en la vida universal nuestro trabajo de iniciación de los actos volitivos no es un patrimonio exclusivo. La iniciativa esencial se debe a Dios y no a nosotros. Para demostrarlo basta sólo con que reflexionemos un poco considerando los actos capitalísimos que se realizan, fuera y dentro de nosotros, sin que intervenga para nada nuestro asentimiento.

De todas suertes ya podemos fijar nuestros juicios y deducir de un modo terminante que el Espíritu de Dios y el nuestro, así como las voluntades de ambos, sólo se determinan en la cantidad de la fuerza espiritual y en el contraste de las dos funciones debidamente ponderadas; pero de ningún modo en la cualidad o manera de ser de la Substancia.

No necesita esta aseveración de grandes testimonios, porque de hecho ya sabemos que por Ley directa de la Evolución la Materia viene del Espíritu y que éste sale de la Materia por la función inversa.

Se trata, pues, de una substancia común, o bien de una resurrección del propio espíritu de Dios dividido en partes.

Por este nuevo sendero se confirma una vez más lo que ya tenemos averiguado, y es que se trata de un Ser Unico que es el Espíritu del Universo, y de cuyo Espíritu forman parte integral todos los seres vivos grandes y pequeños.

Lo que hay es que nosotros no podemos acostumbrarnos a la idea de que somos uno mismo por las determinaciones diversas que nos separan, sin tener en cuenta que esta diversidad sólo tiene carácter externo porque internamente todos nos hallamos vinculados en el Gran Espíritu.

Dios no podría actuar merced a una sola función. La Ley de la actuación directa en relación con la inversa debe cumplirse, y Dios es el primer mandatario de la Ley. De modo que así es como vive Dios en nuestras vidas pluralizadas dentro de su función inversa. Por esta causa, ¿cómo había de oponerse al libre ejercicio de nuestro querer si este impulso se halla contenido en una de las dos formas ponderadas de su total Voluntad? Por eso todo ser es libre para querer, realizando dentro de lo posible su voluntad.

VII

CONTRASTES

Es imposible penetrar en las hondas raíces de la vida orgánica sin que el Espíritu se sienta poseído de la más recóndita admiración.

El organismo humano, en conjunto, se compone de algunos trillones de células; pero lo más prodigioso es que cada una de estas células es un ser mínimo, pero tan individual como nosotros mismos.

Todo se reparte en grado minúsculo en este ciclo de la vida por Evolución a la inversa.

No hay célula que no posea internamente su elemento radial, su Yo mínimo. ¿Y dónde se vinculan estos mínimos elementos radiales? En el Radio Máximo, donde se adaptan y ponderan todas las fuerzas de la misma naturaleza espiritual en mínima o máxima cantidad.

Ahora vemos con clarividencia suma que el trabajo que realizan estas células es en un todo semejante al de los cuerpos celestes. Con el giro elemental de los núcleos microorgánicos que las componen intensifican a las fuerzas cósmicas, esto es, a las fuerzas irradiadas en el Medio. Estas fuerzas, a su vez, las circundan accionando en forma de

corrientes centrípetas para darles cohesión, penetrando en aquellos torbellinos, de donde salen intensificadas centrífugamente para ser de nuevo trabajadas por otras células de mayor intensidad y energía.

Bien definida está cada célula diciendo que se compone de un sistema de núcleos microorgánicos.

La fuerza viva de estos núcleos forma una escala de menor a mayor intensidad que penetra internamente hasta coincidir con el Gran Radio espiritual del Universo. Luego, al llegar a la composición de las células, éstas trabajan para intensificar las corrientes del flujo vital, asociándose orgánicamente a fin de constituir en conjunto otra gran célula, como así podríamos calificar a nuestro organismo en total.

Este organismo empieza y acaba en el Radio Máximo. Reduciéndose y simplificándose se divide en células. Las células se dividen en núcleos microorgánicos y éstos, más hondamente, se convierten en elementos radiales, mientras que el flujo vital se intensifica hasta desdoblarse también en fuerza radial del Espíritu.

He aquí establecidos los dos términos del prodigioso contraste que hace de las más diversas criaturas un Dios o Creador Unico.

Por el flujo de la Vida trabajado por nuestra máquina orgánica la fuerza en reversión llega hasta el estado de Conciencia y Voluntad, términos de nuestra escala espiritual. Aquí domina el impulso volitivo, del que somos árbitros. Nuestro *querer* es como palanca de Arquímedes que hace oscilar al Universo.

Pero ¿y la Voluntad de Dios? ¿Cómo se manifiesta para no ponerse en pugna con nuestra Voluntad? He aquí el otro contraste prodigioso. El Radio Máximo se pondera con nuestro Espíritu determinado por la intensificación del flujo vital y con cada uno de los elementos radiales de las células. La iniciativa de la Voluntad suprema se determina en estas partes mínimas, sin que nosotros podamos advertirlo porque nuestra voluntad se debe a una fuerza que actúa en dirección opuesta, aunque dentro de un mismo círculo.

El Poder de Dios se manifiesta desde lo interno a lo externo, así como nuestra Voluntad actúa desde lo externo a lo interno. Todo nuestro ser se elabora merced a la concurrencia de esas partes mínimas que vienen de Dios y que trabajan para que nosotros vayamos a Dios.

Por tal causa Dios puede organizar la Vida sin nuestro asentimiento y sin que su Voluntad se ponga en pugna con la nuestra.

VIII

LA ESTATUA

El Moisés de Miguel Angel es un Dios del arte escultural. Para realizar su pensamiento, aquel inspirado artista empezó por golpear al bloque de mármol de un modo violento, haciendo saltar a trozos disformes las partes de mayor bulto y resistencia que se oponían a la ejecución de la imagen proyectada.

La piedra, modulando a golpes, ofreció las primeras formas rudimentarias. Todavía no eran bellas, semejándose más bien a las de un monstruo.

Siguiendo en su trabajo el escultor, fué aminorando la violencia de sus golpes, poniendo más cuidado en el cincel y estableciéndose dos direcciones paralelas. Por una de ellas la labor suavizaba sus fatigas y asperezas, y por otra la imagen pronunciaba progresivamente sus hermosos perfiles, hasta que al fin de ambas series resplandeció la estatua como si al mármol lo hubiesen dotado de un corazón luminoso.

Este ejemplo nos sirve admirablemente para explicar el modo de ser de la Evolución a la inversa. Se empieza por lo más imperfecto para acabar en lo más perfecto, produciendo el trabajo de la

Vida progresivamente mejores resultados con menos esfuerzos y fatigas.

Ahora invirtamos el orden de formación de la estatua. Fraccionemos al Moisés de Miguel Angel en partes mínimas, disgregando y pulverizando al mármol.

No es esto sólo. Fraccionemos también en partes mínimas al Genio que inflamó con tal inspiración el numen del glorioso artista.

Hagamos que cada uno de estos elementos mínimos del genio se asocia a cada una de aquellas partes mínimas del mármol.

Consideremos además que el genio es espontáneamente motriz, por lo cual resulta que cada partícula de la estatua fraccionada recibe el impulso que coresponde a cada elemento genial.

Separadamente, ofreciéndose a nuestra contemplación, cada uno de aquellos elementos por tal dualismo producidos, ni aun asociándose por grupos, no nos damos cuenta ni de la forma ni de la belleza de la futura imagen, pero que cada parte mínima *entra en movimiento*, obedeciendo al impulso que contiene, y no tarda en aparecer la estatua, como antes era, resplandeciente de soberana hermosura.

Este es el ejemplo que mejor explica la naturaleza del impulso creador que atribuimos al Pensamiento del Ser Máximo.

La divina Luz tiene un destello en cada parte ingenua de la fuerza, siendo este destello tanto más intenso y puro cuanto menos cantidad de materia se contiene en cada partícula.

Mas la obra de Dios tiene, como ya se supone,

más grandeza que la realizada por Miguel Angel, aunque una y otra se igualen por los grados de exponenciales de la intensidad.

Dios tiene que dar formación y vida a todo el Universo y producir las estatuas vivas por agregaciones de partes mínimas que se asocian componiendo células merced al impulso directriz que cada parte mínima contiene y que es también la idea mínima del Pensamiento total del Creador.

El prodigio de este trabajo, por lo que se refiere a todos los seres en general y al Hombre en particular, no consiste en dar desarrollo al óvulo fecundado para que se produzca la estatua humana por el trabajo de la procreación.

Lo más prodigioso consiste en realizar la misma obra por la Ley de la Evolución desde la forma más primitiva.

En el Hombre se contiene toda materia, toda vegetación y toda animalidad; así es que hay que empezar por lo más rudimentario, haciendo que module la materia para que salga de ella la vegetación.

De las modulaciones de la vegetación tienen que salir los animales inferiores y del progreso de éstos depende la formación del ser racional. Así es como se forma el Hombre.

Pero bien; supongamos, volviendo al ejemplo de la estatua de Miguel Angel, que a pesar del impulso directriz que contiene cada partícula de mármol, al pretender el genio resurgir en sí mismo, para formar el conjunto que da composición a la total imagen, se interponen dificultades de asocia-

ción de aquellos impulsos que comprenden a muchos y muy variados accidentes.

¿Qué sucede en tal caso? Que al asociarse las partes imperfectamente, la imperfección trascenderá al todo o sea a la estatua, en el caso de Miguel Angel, y a la formación del Hombre en el caso que a Dios se refiere.

Por esta causa el Hombre primitivo resultó monstruoso, sin que hubiese variante alguna en las ideas mínimas de su composición, porque el Pensamiento de Dios es inmutable.

Y no solamente se produjeron diferencias de composición en el Hombre, sino en todos los demás organismos inferiores, con la extraña disparidad de que dan muestra los ejemplares que han perdurado por estacionamiento al través del giro de la Evolución de las especies.

¿Por qué hay perfeccionamiento peregrino en todas las manifestaciones de la vida terrena? Porque el taller donde se ha efectuado y se sigue efectuando el trabajo de Dios ofrece también progresivamente menos resistencia al impulso creador.

La corteza terrestre, antes agrietada de continuo por repetidas convulsiones, ofrece ahora mayor firmeza y estabilidad. Los accidentes geológicos suavizaron sus violencias. Las fuerzas se hacen más intensas y la intervención de Dios resulta cada vez más ostensible.

Sucede aquí lo mismo que en la construcción de la estatua a golpes de cincel. Primero los contornos de la imagen indefinibles y borrosos, luego los perfiles que hacen presentir las futuras bellísimas

formas de la imagen, y por último la total estatua con su total belleza.

Más todavía. El interno impulso que en partes microorgánicas acaba, conjuntivamente, por dar formación al Hombre, no difiere, en la esencia, del impulso que da dirección a la mano del artista.

La diferencia estriba, sólo, en que Dios se sirve de mínimos destellos al objeto de unir uno tras otro moduladamente todos los términos que componen la escala del humano organismo, empezando desde lo más pequeño, y para dar movimiento al cincel se sirve del alma del escultor, con la centella divina que hace descender desde lo más grande por los nervios o cables de comunicación que le ofrece aquel mismo organismo cuya es también su obra.

No hay variantes en el Pensamiento de origen, ni a la directa ni a la inversa. En ambas obras el genio de Dios se revela por grados conforme va cediendo la resistencia de la Materia donde reside la Ley de oposición al Espíritu.

No puede ser más profunda la enseñanza que se deriva de estos hechos. Con función directa o con función inversa, todo en el fondo es la misma cosa. Todo es Dios.

FIN DEL TOMO TERCERO



INDICE

LIBRO OCTAVO

TEORIA ELECTRONICA

CAPITULO I

ELECTRICIDAD Y MAGNETISMO

	<i>Págs.</i>
	<hr/>
I.—Acción concentrativa.	5
II.—Fenómenos magnéticos.	8
III.—Experiencias.	13
IV.—Producción de la fuerza eléctrica por la dinamo.	15
V.—Cuerpo del fluido eléctrico.	21

CAPITULO II

Fundamentos de la Teoría electrónica.	23
---	----

CAPITULO III

LOS FENÓMENOS HIPNÓTICOS

	<i>Págs.</i>
I.—Nuevas deducciones.	33
II.—Perturbaciones orgánicas.	34
III.—Principios de carácter general.	37
IV.—El Hipnotismo.	41

LIBRO NOVENO

TEORÍA DE LA VISIÓN

CAPITULO IV

NATURALEZA DE LA LUZ

I.—Movilización del Entendimiento.	45
II.—Correspondencia de cada cosa con su semejante.	49
III.—Errores conceptuales.	55

	<i>Págs.</i>
IV.—Las irradiaciones del Astro solar.	57
V.—Los focos en ignición.	61
VI.—Los órganos visuales.	66
VII.—Las vibraciones en el cerebro.	70

CAPÍTULO V

LA LUZ DE COLOR EN LAS IMÁGENES

I.—Causas diferenciales.	75
----------------------------------	----

CAPÍTULO VI

El Reflejo.	83
---------------------	----

CAPÍTULO VII

LA REFRACCIÓN

I.—Oblicuidades del prisma.	91
II.—Fenómenos sorprendentes.	95
III.—Análisis espectral.	96
IV.—Producción del Arco Iris.	100
V.—Espejismos.	107

CAPITULO VIII

COMPOSICIÓN ORGÁNICA DE LAS IMÁGENES

	<i>Págs.</i>
I.—Formación por círculos mínimos de Luz.	111
II.—La Verdad luminosa.	113

CAPITULO IX

LEY DE LA PERSPECTIVA

I.—Fundamentos.	121
II.—Variantes por el radio de acción.	123
III.—Cambios de perspectiva.	127

CAPITULO X

LAS COLAS DE LOS COMETAS

I.—Enseñanza de las ondas vibratorias.	131
II.—Reflejo del Sol en las caras poliédricas de los Cometas.	136
III.—Producción de la imagen.	138

LIBRO DECIMO

TEORÍA DEL CONOCIMIENTO Y DE LAS CREACIONES
ARTÍSTICAS

CAPITULO XI

LA ESCALA MODULADA DEL ESPÍRITU

	<i>Págs.</i>
I.—Sensibilidad.	143
II.—Conciencia.	144
III.—Memoria.	146
IV.—Voluntad.	148
V.—Instinto.	152
VI.—Inteligencia.	154
VII.—Razón.	157
VIII.—Manifestaciones del Espíritu conforme al grado del desarrollo orgánico.	158

CAPITULO XII

EL HOMBRE INTERNO Y EXTERNO

I.—Composición de la Máquina humana.	161
II.—Las sensaciones.	164
III.—Transformación radial de las sensaciones.	167
IV.—El Hombre en síntesis.	169

CAPÍTULO XIII

GENERACIÓN Y ORGANIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

	<i>Págs.</i>
I.—Causas que allega la sensibilidad.	173
II.—Causas de interno origen.	178

CAPÍTULO XIV

FENÓMENOS DIVERSOS DEL CONOCIMIENTO

I.—La explicación común.	183
II.—El ensueño.	185
III.—El olvido.	188
IV.—Ejercicios del Conocimiento.	190

CAPÍTULO XV

GENEALOGÍA DE LAS CREACIONES ARTÍSTICAS

I.—El genio y la sabiduría.	193
II.—El Numen.	201
III.—El temperamento.	203
IV.—La Belleza.	205
V.—Movimiento artístico.	213

CAPÍTULO XVI

PRODUCCION DE LAS OBRAS DE ARTE

	<i>Págs.</i>
I.—Definición del Arte.	219
II.—El Artista Máximo.	225
III.—La idea mínima.	228
IV.—Plan de la Creación.	231
V.—El Trabajo Supremo.	235
VI.—Ley de perfeccionamiento.	238
VII.—Contrastes.	241
VIII.—La Estatua.	244



Curso Metódico de Química y Mineralogía

PARA USO DE LAS ESCUELAS INDUSTRIALES

POR

C. I. ISTRATI

Profesor de Química Orgánica en la Universidad de Bucarest y Miembro de la Academia Rumana

Y

G. G. LOGINESCU

Profesor de Química Inorgánica en la Universidad de Bucarest

Traducida de la 5.^a edición alemana

Un tomo de 400 páginas, con 234 grabados, 15 pesetas, y ricamente encuadernado en tela, 20 pesetas.

TRATADO DE QUIMICA INDUSTRIAL

FOR

H. OST

Profesor de Química Tecnológica de la Escuela Politécnica de Industrias de Hannover

Traducida de la 8.^a edición alemana

FOR

FELIPE VILLAVERDE

REVISADA Y AUMENTADA

FOR

EUGENIO FERRER DALMAU

Ingeniero químico, profesor de Química Industrial en la Escuela Superior de Artes e Industrias de Tarrasa (Barcelona)

Dos grandes tomos en 4.^o de más de 500 páginas cada uno, con numerosos grabados.—Precio de la obra, completa, en rústica, 40 pesetas. En tela, ricamente encuadernada con planchas, 50 pesetas.

